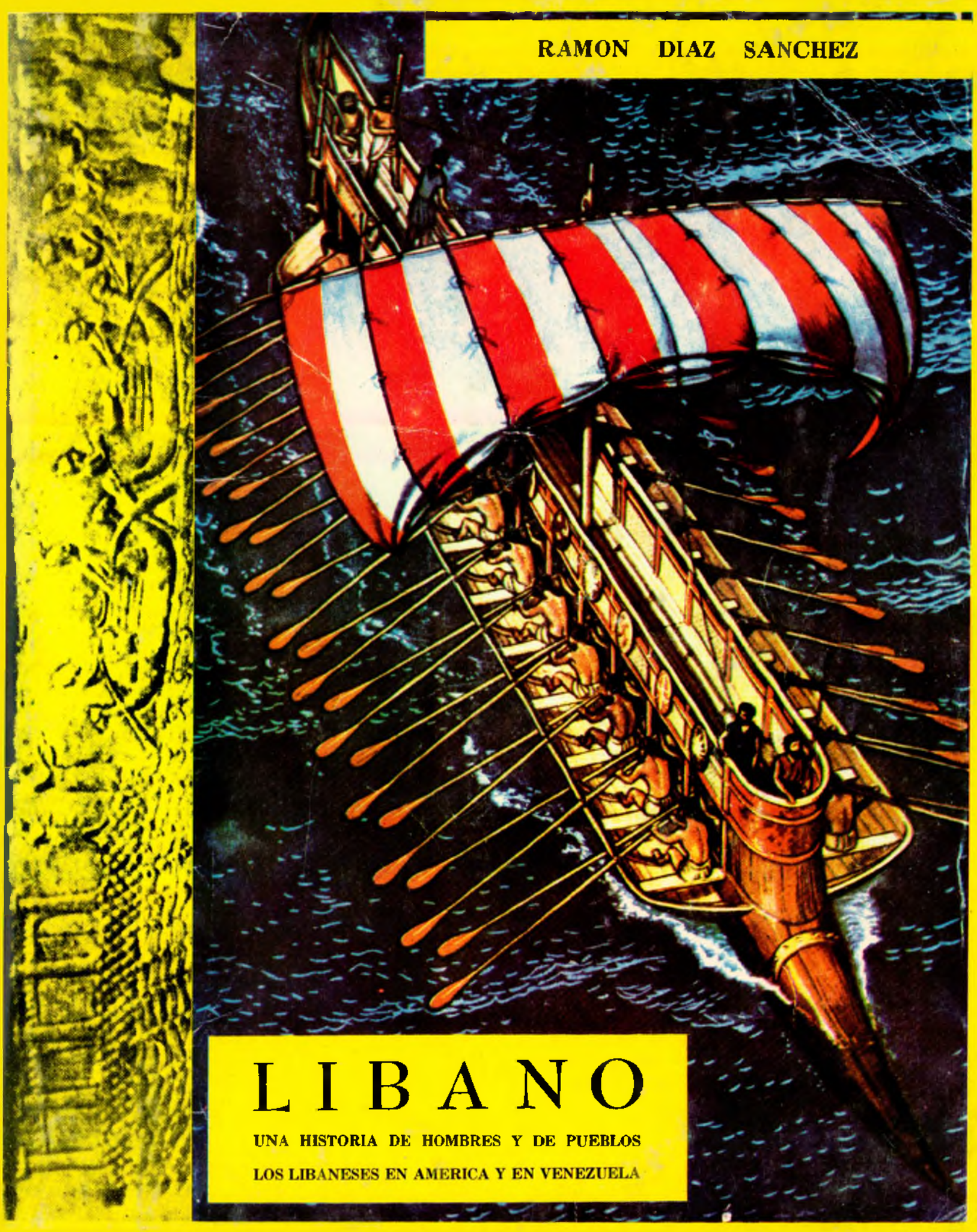
RAMON DIAZ SANCHEZ



LIBANO

UNA HISTORIA DE HOMBRES Y DE PUEBLOS

LOS LIBANESES EN AMERICA Y EN VENEZUELA

EUROPA
GALIA
ESPAÑA
ITALIA
TRACIA
Cáucaso
MAR NEGRO
Bósforo
Samotracia
Tasos
Lemnos
ASIA MENOR
GRECIA
M. EGEO
Tebas
CARIA
CILICIA
Paros
Melos
Citeras
Rodas
Chipre
Pafos
Amatonto
Sidón
Tiro
FENICIA
Creta
TARSIS (ANDALUCÍA)
Gades (Cádiz)
Estr. de Gibraltar
Baleares
Cerdeña
MAR MEDITERRÁNEO
Panormo (Palermo)
Sicilia
Útica
Cartago
Hadrumeto
Malta
Colonias Fenicias
ÁFRICA
Menfis
EGIPTO
10
0
10
20
30
40

RAMON DIAZ SANCHEZ

LIBANO

UNA HISTORIA DE HOMBRES Y DE PUEBLOS

LOS LIBANESES EN AMERICA Y EN VENEZUELA

CARACAS, MCMLXIX

LÍBANO

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

VERSIÓN DIGITAL

PRIMERA Y SEGUNDA PARTE

ES PROPIEDAD

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
CONFORME A **LA LEY**

PRESENTACION

COMO producto de los dos viajes que ha hecho al Líbano, en 1956 y 1965, Don Ramón Díaz Sánchez nos ofrece hoy este libro en el que recoge impresiones de la más variada naturaleza, desde aquellas que solo es posible obtener en la lectura de viejas historias y en la contemplación de memorables monumentos de pasadas edades, hasta las más directas y tiernas, quizá más antiguas que las demás, pero que solo pueden llegar al corazón de las gentes por el contacto inmediato de los afectos y por las palabras palpitantes de humanidad.

En el último de estos viajes el señor Díaz Sánchez y yo coincidimos en la patria de mis mayores y mis personales conocimientos pudieron ser útiles al estimado escritor para hacer más penetrante y auténtico su conocimiento de la psicología libanesa; también sirvió nuestro encuentro para consolidar las bases de una amistad iniciada hace ya largos años y proyectada hacia los horizontes de una universalidad cultural que es en nosotros punto de convergencia para la concepción de los valores de la cultura y para la captación de los sentimientos esenciales del hombre.

Por estas razones, que bastan para explicar este libro y la coincidencia de nuestros nombres en el frontispicio de la presente edición, quise ser yo quien tomase la responsabilidad editorial en la que he encontrado la ayuda entusiasta de un grupo de libaneses contentos de poder contribuir a una publicación que va a facilitar el conocimiento de los nexos que unen, desde hace ya casi un siglo a Venezuela y al Líbano.

N. D. DAO

Al entrar en prensa esta primera edición de "LIBANO", el mundo de la cultura se ha visto enlutado por el fallecimiento de Don Ramón Díaz Sánchez.

Esta postrera contribución de Díaz Sánchez al enriquecimiento de los valores culturales se proyecta hacia lo universal, cual si su autor, al fundirse en el Todo, quisiera mantenerse en eterno contacto con una obra que es expresión de la supervivencia espiritual del eximio escritor.

PROLOGO AEREO
SOBRE EL MEDITERRANEO

PARA los hombres y las mujeres de mi generación, aunque ya las tendencias de la literatura en nuestro país comenzaban a ser más realistas y utilitarias, las imágenes de David y de Salomón, de los Faraones y de Harum al-Rashid, eran no solo atractivas sino apasionantes, fascinadoras. Las vidas de los profetas, las descripciones de Babilonia y Caldea, las conquistas de Alejandro y de los romanos, los cuentos de "Las Mil y una Noches" y aún los relatos de la Alhambra del norteamericano Washington Irving, creaban en nuestra imaginación un espejismo de misterio y de magia en el cual se movía todo un universo de inter-relaciones ocultas. Ese encanto que fluía no solo de los hechos en sí, fantásticos y arbitrarios, sino de los nombres de aquellos seres y de las cosas que los rodeaban, estaba ligado a la parte oriental de nuestro planeta la que a pesar de ser la más vieja, desde el punto de vista del hombre y de su cultura, era la menos conocida por los pueblos occidentales. (Aunque no la más desdeñada ya que su antigüedad constituía de por sí un inmenso prestigio y algo así como un sello sagrado de inobjetable autenticidad).

A manera de confesión personal debo hacer aquí mención de como desde los días de mi niñez, mi interés fue atraído por ciertas gentes de procedencia oriental que llegaban entonces a Venezuela, unas para establecer su residencia definitiva (caso de los sirios y libaneses) y otras para desvanecerse seguidamente, tal como unas misteriosas y pintorescas bandas de nómades, de cabellos ensortijados y ojos ardientes, que solían irrumpir en nuestras ciudades con sus trajes de colorines, sus danzas exóticas, sus horóscopos sibilinos y sus osos amaestrados. A los primeros se les aplicaba indiscriminadamente el calificativo de "turcos" (protuberante concepto político que ignoraba las más profundas implicaciones históricas y geográficas) y a los segundos el de "gitanos". Aquellos cráneos braquicefalos, frecuentemente achatados; aquellos perfiles de pájaro y aquellas pieles bronceadas en medio de las cuales solían estallar rubicundos contrastes de ojos azules y cabelleras azafranadas, nada decían a nuestros indígenas acerca de un complicado proceso étnico desarrollado a lo largo de ocho milenios de invasiones y predominios y de intercambios raciales y culturales. La incultura de nuestras gentes solo les permitía advertir lo que aquellos recienllegados mostraban a su interés inmediato: unos baúles atiborrados de telas multicoloras, de perfu-

mes y baratijas, y una bizarra manera de pronunciar las palabras articuladas en un español de emergencia: "Barchanta, gombra al baisano, todo bonito y barato". Yo —lo confieso no sin una lejana nostalgia— los miraba con ojos distintos, los examinaba con una intensa curiosidad en la que ya se mezclaba a la magia de las leyendas una confusa ansiedad de reminiscencias historicistas. Con frecuencia oía a gentes pedantes llamarles fenicios y esto me hacía meditar en torno al significado de este vocablo que en aquellos días tenía para mi un sentido esotérico y monstruosamente peyorativo. ¿Qué encerraba, qué nos prometía o que nos arrebataba el contacto con los fenicios? ¿Fueron ellos más codiciosos o más interesados en la riqueza que los griegos y los romanos antiguos y que los ingleses, los franceses y los norteamericanos actuales? ¿Sus aportes a la civilización pueden estimarse inferiores que los de cualquier otro pueblo antiguo o moderno? La tendencia a troquelar valores convencionales para definir a los pueblos y las naciones, ha hecho de unos, paradigmas de generosidad y de genio creador, mientras que a otros, los ha convertido en símbolos negativos; pero este radicalismo es injusto y la inteligencia debe reaccionar contra él mediante el estudio y el razonamiento. Por las noches, ya cerrados sus pequeños comercios, veía yo a esos inmigrantes sentados ante sus puertas, fumando en sus "nargilés" y dialogando en un idioma astringente pero al mismo tiempo melodioso y nostálgico, y me complacía comprobar que aquel era el idioma de los califas y los derviches, la lengua de Zobeida y de al-Manzur. ¿Qué comían, qué bebían esos seres? Más adelante, andando los años, hice amistad con algunos de ellos y conocí a sus hijos nacidos en nuestro país. A medida que se ensanchaban mis horizontes intelectuales se aclaraba el enigma intrigante. Del vasto Oriente, preñado de preguntas por contestar, seguían llegando consejas pero ahora venían también hombres y mujeres con nuevas ideas y teorías. Los antiguos prejuicios iban cambiando y el inmenso tapiz de la historia se iba poblando de figuras más coherentes.

De improviso, en la primavera de 1956, me vi metido en un gran avión cuyas alas me condujeron más allá del Mediterráneo. Era mi primera experiencia del mundo oriental. Recorrí Egipto, los Santos Lugares, parte del Líbano litoral, algunas elocuentes ciudades de Siria y de Grecia y una gran urbe del Asia Menor cuyo pasado tridimensional —Bizancio, Constantinopla, Estambul— contiene la clave de muchos de los problemas de ayer y de hoy; y me pareció que el velo se descorría. Escondidas en el interior de los templos y de las pirámides y proyectadas en los alucinantes desiertos entretejidos de caravanas, percibí las huellas de muchos pueblos y los nombres de muchos héroes. Pero aún entonces no era yo sino un simple turista y la visión de los grandes ríos aumentó mi sed en vez de calmarla. Diez años después he vuelto y he comprendido.

Si la historia no contase con el socorro de la aventurera imaginación, sería ciertamente una cosa inútil. Atrás ha quedado Roma con su faunesca sensualidad mientras adelante se perfila una brumosa interrogación. En San Pedro he visto la utilería del Segundo Concilio Vaticano y el sitio de la Pietá que se había ido de vacaciones a la Feria de Nueva York. Con igual inquietud y con la misma ansiedad que en el Monte Sacro, en la Plaza de España he evocado a Simón Bolívar y sus ideales de libertad. ¿Qué significó España para la Europa de los siglos XVI al XVIII de nuestra Era? Una ráfaga de la historia igual que lo fueron los reinos de Portugal, de Inglaterra y de Francia y lo mismo que lo serán las democracias de Rusia, de China y de los Estados Unidos. Setenta y cinco millones de años atrás el Mediterráneo era un inmenso mar al que un geólogo de nuestro tiempo bautizó a posteriori con el nombre de Mar de Thetys. Esto, entre otras cosas, tiene de importante el avión: su nuevo poder de síntesis; una magia distinta que nos facilita fundir la geografía con el tiempo. Ante semejante comprobación se pregunta uno dónde estaba la Historia en aquellos lejanos momentos cuando, unidas a las del Atlántico, las aguas del Thetys cubrían inmensas zonas del sur de Europa y del norte de Africa, hacían de la península ibérica una simple isla y, penetrando hasta el Medio Oriente, mantenían sumergidos, es decir nonatos, los complejos predestinados de Siria y de Babilonia, del Mar Caspio y de parte de la península arábiga; y se queda uno perplejo.

Mientras tanto, en la pantalla azul del Mediterráneo se desarrolla el film de la historia. Hay un momento en que una voz nos informa por los micrófonos que no tardaremos en ver Atenas y esto nos indica que ya han aparecido los hombres sobre el planeta. Forman hordas dispersas, hirsutas, inquietas; muchedumbres que miran al cielo y le dirigen preguntas. Casi todos son combatientes pero como también hay poetas, comienzan a aparecer las metáforas y a forjarse los mitos. Estos son los que crean las imágenes, los precursores de la palabra y del arte, los grabadores de signos sobre las rocas. Es necesario conservar a estos seres y elevarlos a jerarquías superiores para que iluminen los pasos de los demás.

¡El Mediterráneo! Cuando el Universo tenía su raíz en Oriente, este mar era un fértil jardín cuyas ramas se extendían sobre Asia, Africa y Europa y se inclinaban ya hacia el Atlántico que era todavía un Océano Tenebroso. Para aquella época los fenicios, igual que los griegos y los egipcios, ejercían la función de los sembradores. Los astros guiaban a los marinos y las velas purpúreas festoneaban los horizontes. Yo imagino la luna de los fenicios semejante a ésta que vemos ahora a través de la ventanilla de nuestro avión, y me pongo a inventar imágenes del pasado. Cananeos, amorreos, griegos,

romanos, bizantinos, mongoles, francos, venecianos, pisanos, franceses e ingleses han visto lunas parecidas a esta pero yo no me atrevería a atestiguar que todas ellas hubiesen tenido el mismo significado. Los marinos fenicios la vieron roja e inmensa como la conjunción de Merkart y Astarté; redonda y propicia como la riqueza y como el amor. En ella y en las otras luminarias del cielo vibraban la buena o la mala fortuna de la aventura descubridora. En ellas estaba el camino buscado cada vez más distante del puerto de la partida.

En buques construidos con cedros del Líbano viajaron aquellos hombres llevando sus ambiciones, sus mitos y sus complejas filosofías. Se cuenta que el nombre de Europa fue el mismo de una princesa sidonia a la que, de ser cierta la tradición, habría que recordar como a la más lejana madrina del Continente en el que se iban a forjar luego las ciencias y el humanismo modernos. ¿Qué eran aquellos sidonios, aquellos tirios y aquellos giblitas además de marinos? Eran comerciantes. La historia de los helenos —ha dicho Herodoto— comienza en un mercado fenicio sobre la plaza de Argólida. Sus príncipes, al mismo tiempo que colonizadores y nautas, eran mercaderes, y sus navíos iban a todas partes repletos de los productos de su país entre los que sobresalían las ricas estofas purpúreas, las manufacturas de vidrio, el vino, el aceite de oliva, el atún, la cerámica y los ungüentos y resinas balsámicos. Realizada en un período de relativa tranquilidad en medio de frecuentes perturbaciones del antiguo mundo oriental, esta epopeya tiene una trascendencia inconmensurable en el desenvolvimiento de las civilizaciones humanas. "Como colonizadores —escribe Felipe Hitti, historiador libanés— ellos se hacían aceptables a los extranjeros diseminando elementos no solo materiales sino intelectuales y espirituales de la cultura semítica". Si a los otros pueblos les impulsaba un espíritu de conquista y de destrucción, a los fenicios les animaba un impulso de paz y de nueva creación: el espíritu del comercio. Para facilitar sus empresas no inventaron el carro de guerra, no domaron el caballo salvaje ni fabricaron las primeras armas de hierro; en cambio de todo eso crearon el Alfabeto. Bastaría este solo hecho para que, como ha señalado Momsem en su Historia de Roma, se recordase a aquel pueblo al lado del helénico y del romano. Gracias a él se universaliza la historia y se torna sonora la voz escrita. Sus veintidós signos mágicos hacen posible la transmisión de las ideas y las emociones de unos países a otros. Cadmo, un fenicio, es quien los lleva a Grecia y con ello hace posible que la maravillosa literatura de los helenos se extienda a los dominios de Roma mientras que otros andariegos semitas los van a ofrecer a los persas, a los armenios, a los hindúes, a los hebreos y a los árabes quienes así podrán escribir las páginas de la Biblia y las del Corán. Cuatro mil años dura ese generoso comercio antes de que aparezca la América. ¡Cómo cambian las perspectivas del mundo du-

rante ese largo proceso! Reelaborado en el Occidente el legado de Oriente va a ser devuelto a sus tierras de origen enriquecido por el poder de las ciencias y de las técnicas. De la pura substancia mágica destilada en las retortas de las primeras filosofías, se han extraído metales nuevos, combinaciones pragmáticas alternativamente idealistas, positivistas, materialistas.

¿Qué es lo que diferencia a las actuales máquinas voladoras de aquellas portentosas alfombras en las que se desplazaban los magos del mundo árabe? ¿Cuál el parentesco existente entre aquellos genios brotados de la tierra y del mar y el petróleo que fluye hoy de los desiertos asiáticos? Estas son algunas de las preguntas que me llevan de nuevo al Líbano, a ese pequeño país liberal, de refugiados y de emigrantes, al que la Geografía ha puesto de intermediario entre el Oriente y el Occidente. A él vuelvo esta vez en busca de respuestas concretas para transmitirlas a nuestro naciente humanismo venezolano.

La proximidad geográfica, el cotidiano y directo contacto humano, la identidad de los elementos de las culturas son, evidentemente, las razones que explican por qué los pueblos de la parte latina de América conocen mejor las ideas y las psicologías europeas y norteamericana que aquellas de Oriente, de las que se consideran antípodas. Sin embargo, debe haber algo más profundo que esto. Algo más para cuyo conocimiento es necesario romper una tradición de prejuicios en la que participan antiguas consejas, recelos racistas y una latente agresividad religiosa que de ninguna manera se justifican a la altura en que giran hoy los conocimientos científicos y la concepción integral del hombre en su evolución hacia el Espíritu y la Conciencia. ¿Por qué, si el mundo se reduce físicamente, han de perpetuarse tales abismos? Estas son cuestiones fundamentales a las que los americanos de nuestro tiempo debemos enfrentarnos de un modo valeroso y consciente.

Si como expresión de un espíritu nuevo la América de cultura latina está llamada a sintetizar una diversidad de nociones que se han polarizado en dos focos de civilización atagónicos, nosotros venezolanos modernos, no podemos quedar al margen de este concierto. Integrante geográfica de esa novísima fuente de ideas universales, Venezuela debe tomar conciencia de su papel y ponerse a jugar un juego distinto, un juego proyectado a un futuro que ya nos está haciendo apremiantes señales. Concebido así el porvenir de este Continente y de este país, innecesario parece decir que no solo nuestras minorías más selectas sino nuestras masas movidas aún por intereses cuantitativos y no siempre legítimos, deben familiarizarse con la historia y el pensamiento orientales igual que están ya familiarizados con la historia y las ideas occi-

dentales. Pero para esto, repito, no bastan las conocidas enseñanzas teóricas; no bastan las viejas prédicas religiosas con sus definiciones dogmáticas ni las inefables parábolas recortadas sobre esquemas teológicos. Para que una nueva enseñanza alcance un positivo nivel humanístico —de revitalizado humanismo— es menester que se afirme en la realidad funcional de la Historia y en el subsuelo del pensamiento. Es este el terreno en el cual tendrá que moverse el hombre futuro y en el que se fundará el equilibrio de la civilización venidera.

La característica que hace del libanés uno de los pueblos más adecuados para un estudio de esta naturaleza es, precisamente, la de su inclinación hacia el Occidente. Obedientes a un imperativo geográfico, los libaneses, al igual que nosotros, han tenido que asimilar la cultura europea y aún, en cierta manera, la mentalidad norteamericana, lo que ha creado a su alrededor un clima de matices equívocos dentro del cual las gentes incultas sólo alcanzan a distinguir el interés del dinero. Pero esto no es sino una parte de la verdad. Para conocer hasta qué punto es certera o desacertada una apreciación de esta índole hay que penetrar en la historia de la pequeña nación e indagar lo que realmente existe debajo de su corteza. La verdad es que son las propias gentes del Líbano las que más se interesan en tales indagaciones. Plantados con franca sinceridad frente al protuberante fenómeno, los intelectuales de ese país no se detienen ante los análisis más severos. "En ninguna parte se estiman con mayor seguridad y precisión que aquí las cosas materiales" —ha escrito Michel Chiha, ensayista y poeta altamente apreciado, quien añade a renglón seguido—: "El libanés sabe comprar y sabe vender pero, salvo excepciones, dista de comprender la importancia del trabajo terminado, del cuidado atento aportado al detalle, de aquello que añade la calidad al gusto y que, en tan larga medida, constituye el valor de las cosas, que nos une a ellas". Al destacar este rasgo del carácter libanés, Chiha no ha querido hacer solo un señalamiento de cariz negativo sino pedir para su país lo mismo que nosotros pedimos para el nuestro: una nueva formación cultural orientada por el espíritu y encuadrada dentro de un nuevo sentido ético.

Yo he querido convertirme en una especie de explorador de ese Líbano incógnito que es necesario que conozcamos. Para un historiador es tarea grata y honrosa esta de descorrer ante su pueblo ciertas cortinas que le han ocultado partes de la realidad de su propia cultura y de su propia vida social, política y económica. En este estudio, junto con el pasado maravilloso del Oriente —que es el pasado del hombre— se examinan los avatares de la emigración libanesa moderna hacia los países del Nuevo Mundo y hacia Ve-

nezuela concretamente. Veremos aquí, pues, cómo ha evolucionado esa emigración desde los días de los pioneros (fines del siglo XIX y comienzos del XX) hasta los momentos actuales.

Para la preparación de este libro he contado con dos elementos igualmente valiosos: el contacto directo con el paisaje y con las gentes del Líbano y la consulta de una literatura rica en información y en apreciaciones cualitativas. Lo primero me ha sido posible gracias al apoyo que he hallado en mi amigo el señor N. D. Dao, libanés de origen, venezolano por elección, cuya fina cultura le ha permitido calar en toda su trascendencia el valor de un trabajo como el presente y cuya contribución se ha caracterizado por un absoluto desinterés material. Lo segundo mediante algunas obras de historiadores, ensayistas y literatos del Líbano como Philip K. Hitti ("Lebanon in History"), Jawad Boulos ("Les Peuples et les Civilisations du Proche Orient"), Nagib Dahdáh ("Evolución Histórica del Líbano"), Michel Chebli ("La Epoca de los Emires. Siglos XVII al XIX"), Mons. Pierre Dib ("L'Eglise Maronite"), Elie Safa ("L'Emigration Libanaise"), Michel Chiha ("Visage et Presence du Liban"), Gibrán Jalil Gibrán ("Obras Selectas), Farjallah Haik ("La Croix et le Croisant", "La Crique"), René Habachi ("Liban 61"), Charles Corm ("La Montagne Inspirée") y otros. También he conversado con políticos, funcionarios, periodistas y sacerdotes, y consultado estadísticas. Con tales elementos he elaborado el plan de este trabajo en el cual he procurado mostrarme rigurosamente objetivo. He aquí cómo he estructurado las cinco partes que lo completan:

I.— Visión de un viejo—nuevo país. *Contiene mi visión personal del paisaje (hombre y naturaleza), descripción de ciudades y pueblos, apreciación del medio geográfico (costa, montaña y valles intermedios), observación de las actividades humanas y contactos con gentes de distintas clases y profesiones, en la calle y en el hogar.*

II.— Hitos de la Nación Libanesa. *Se examinan lugares y personajes de particular significación en la vida del Líbano actual.*

III.— Las memorables piedras. *Contiene, además de la descripción de las antiguas ciudades, un recuento, necesariamente muy resumido, del proceso operado a lo largo de cinco milenios y a través del cual se integraron los pueblos, se fundieron los elementos étnicos y culturales de aquella área geográfica y se definieron las distintas naciones que actualmente la ocupan.*

IV.— La arabización y sus complejidades. *En esta parte se aborda una de las más importantes etapas de la historia oriental, la de la formación de las nacionalidades árabes o arabizadas, entre las cuales se cuenta el Líbano. Abarca hasta la intervención europea en el siglo pasado y hasta la independencia de la nación libanesa en la cuarta década del actual.*

V.— La Emigración. *Se estudia, finalmente, en este lugar, el fenómeno de la diáspora libanesa en su proyección hacia el Nuevo Mundo y en particular hacia Venezuela. Se examina la participación de ese elemento social en la economía y en la cultura venezolanas.*

Antes de poner fin a este Prólogo debo manifestar mi agradecimiento por las atenciones que recibí de los señores Antonio Raidi, José Labaki, Farid Mattar y otros libaneses residentes en Caracas; del Embajador del Líbano en Venezuela, Excelentísimo Señor Farid Habib; del Primer Secretario de la Embajada, doctor Michel Salami; de los doctores Jorge Munir Daher y Michel Raidi, pertenecientes a nuestra embajada en el Líbano; del escritor Michel Asmar, Director del Cénacle Libanais; del señor Camilo Daccasch, prestigioso industrial de Colombia hoy residente en Beirut; del señor Rashid Skeff y su gentilísima esposa; del doctor André Chikaneh, notable cardiólogo; de Don José Assaf, del doctor Manuel Yunes, de Don Miguel Lilue (q. e. p. d.) y de los distinguidos servidores del Estado libanés que me proporcionaron valiosas informaciones de carácter preferentemente estadístico.

PRIMERA PARTE

UN VIEJO—NUEVO PAIS

I — EL ARRIBO

MIRO mi reloj y constato; las 6 post-meridiem. A través del altoparlante, cuya resonancia llena la cabina atiborrada de pasajeros, nos acaricia la voz de la aeromoza, una voz aterciopelada y dulce, mediterránea: "Estamos sobrevolando Beirut, capital de la república libanesa; alrededor de medio millón de habitantes. Dentro de pocos minutos aterrizaremos en el aeródromo de Khaldé, uno de los mayores y más atractivos del Próximo Oriente. Miren a la derecha: es el puerto. Está prácticamente lleno de buques; buques de todo el mundo, de todas las banderas. Es el puerto más importante del Mediterráneo Oriental".

Todavía brilla el sol y la ciudad se nos ofrece en su bruñida bandeja costeña llena de reflejos. A orillas del mar azul los edificios blancos, erguidos, se aglomeran como un gigantesco pastel de bodas. Abajo, al borde de las avenidas, las luces eléctricas comienzan a florecer. El avión gira, baja, toca tierra y se desliza como una garza en el río de la pista. Nuestros amigos están allí, entre la multitud: Nasri D. Dao, Jorge Munir Dager, Encargado de Negocios de Venezuela, Michel Raidi y una chica que nos tiende la mano cordial. Todos ellos nos hablan de América, de nuestro viaje, pero nosotros traemos todavía en el espíritu las visiones cercanas de Italia y las del Mediterráneo; de las maravillosas islas cargadas de historia y de mitos, de la gran luna roja que nos ha servido de brújula. Recordamos a Grecia e Italia, ricas en tesoros acumulados en tiempos en que fueron grandes señoras del mundo y de sus riquezas. Hoy esos tesoros son ruinas inertes aunque todavía proporcionan cuantiosos ingresos. Desaparecido el viejo romano de la historia viviente, su lugar es ocupado hoy por un pueblo en el que se advierten signos de decadencia y de escepticismo. ¿Qué hay de común entre el romano de hoy y el del pasado? ¿Qué entre el griego de nuestros días y el de la época de Pericles? El libanés, empero, conserva el espíritu de sus antepasados fenicios. Conserva todo lo que hizo la pujanza de aquél: su equilibrio, su ímpetu y su espíritu calculador.

Hénos aquí en la legendaria Fenicia. Momentos después nos hallamos metidos en un automóvil y comenzamos a subir la Montaña hacia el Monte Líbano.

Despojado de todo prejuicio y de toda imaginación capaz de falsear la pura objetividad de mis percepciones, mientras el automóvil cruza los arrabales de la ciudad yo recuerdo algunas definiciones del Líbano que he leído en autores libaneses acreditados por su imparcialidad y su franqueza. Michel Chiha, fino y culto ensayista, ha hecho notar cómo la compenetración de la montaña y el mar ha formado el espíritu de esta nueva república. Los libaneses, señala Chiha, son una raza de montañeses navegantes. La Montaña es la fortaleza que cubre al mar y que lo ha defendido en todos los tiempos. Ella ha sido el reducto de las libertades, el refugio de los luchadores, propios y extraños, que pelearon aquí por la independencia. Además la Montaña posée su propia belleza. Sus colores forman contrastes de una vivacidad seductora. Ríen, nos envuelven. Vienen de todas partes deslizándose en la cromática diafanidad del aire en esta hora del ocaso inminente. Verdes brillantes de los pinares, de los manzanares y los viñedos; grises azules de la lejanía, cándida blancura de las poblaciones escalonadas en las vertientes, casas de piedras labradas, de color crema, con huertos fragantes, con cascadas y riachuelos que cantan, tales son los elementos de esta dulce sinfonía del paisaje. Una paz bíblica se expande en torno a estas flores, a estas frutas y a estas aguas frescas. En el viaje anterior que hicimos a estas regiones, en 1956, solo pudimos conocer parte de la ciudad capital la que un guía apresurado y no muy bien instruído, quiso mostrarnos. Ahora va a ser distinto. El infatigable interés de nuestros amigos nos conducirá a todas las costas y a todas las cimas del extraordinario país.

Rápidamente comienza a caer la noche y un polvo azul se difunde por los contornos del cielo estrellado. ¡Qué inmensa y cuán próxima al mismo tiempo nos parece esta noche llena de palpitaciones históricas! Se oyen músicas orientales y occidentales. Desfilan las luces de los hoteles y de los comercios. Cruzados los barrios bajos de la ciudad comenzamos a percibir la diferencia de la temperatura (en Beirut hace un calor agobiante) y la de la arquitectura de la montaña. Casi violentamente percibimos el dulce aliento del aire y la visión de las poblaciones se nos ofrece en medio del maduro verdor de pinares y de naranjales, tendidos en un panorama ondulante de cimas y de collados. Es un inmenso estuche de terciopelo que la noche obscurece y en el que brilla una joyería miliunanochesca. Próximas o lejanas estas luminarias rutilan como collares, como diademas. Ahora, ya cerrada la noche, no sabríamos decir donde termina el cielo y comienza la tierra; cuáles son los astros y cuáles las lámparas de las casas.

En las cercanías de Beirut estos pequeños satélites urbanos forman numerosos luceros multiplicados, unidos en una infinita urdimbre: Al Judaydah, Brummana, Baabdat, Ras el Metn, Bayt Ed-Din —fabulosa estancia esta última, de viejos príncipes libaneses y hoy residencia de los ptesidentes de la República—. Nosotros vamos a Brummana en uno de cuyos hoteles, el *Printania Palace*, nos alojaremos.

Agudamente sugestiva la dualidad que nos va a acompañar en nuestros movimientos, en cada uno de nuestros pasos en este país, la sentiremos siempre en nosotros como una realidad revelada de nuestra existencia. En el hotel *Printania* lo mismo que en la ciudad y los campos, hallaremos muchas personas, mujeres y hombres de diversas edades, trajeados a la europea y comportándose como occidentales; esto no obstante, en todas ellas habrá un inconfundible acento oriental. Hablarán casi todos idiomas europeos —francés e inglés preferentemente— pero el árabe será el predominante. Los caballeros suelen portar unos rosarios de variados tamaños y estilos cuyas cuentas pasan y repasan entre sus dedos con movimientos persistentes cual si sus serpentinas hiladas poseyesen la virtud de absorber y canalizar sus emociones humanas. Hay algo hipnótico en estos instrumentos, algo que me recuerda el *juego de abalorios* de Herman Hesse. Entiendo que el rosario representa un catalizador de la fe religiosa pero aquí los hombres lo usan en todas las ocasiones y sea cual fuere el tema de sus paliques. ¿Oran interiormente mientras dialogan acerca de sus negocios, de sus comercios y de sus bancos? Sería prodigioso.

A nosotros nos reciben los familiares del señor Dao en su habitación del hotel y nos obsequian con frutas frescas: unas uvas glaucas, cristalinas, grandes como pepinos, y unas manzanas verdes y rojas, jugosas y dulces. Sonríen al hablar con una oculta intención ritual.

A la mañana siguiente el sol nos trae una nueva revelación.

Paisaje libanés. Con el cántaro al hombro, sonriente y llena de colorido, la montañesa va al pozo por agua.

II — FORMA, COLOR, OLOR Y SABOR DEL LIBANO

UNA de mis primeras lecturas al llegar a este país, es la del libro *"Les Peuples et les Civilisations du Proche Orient"* de Jawad Boulos, del cual han aparecido hasta este momento los cuatro primeros volúmenes. En él leo: "La ciencia moderna nos enseña que todos los acontecimientos de la historia resultan de la acción de la naturaleza sobre los hombres y de los hombres sobre la naturaleza". La geografía científica —añade— calificada de geografía humana, "conduce incontestablemente a la síntesis histórica"; y el habitat de los grupos sociales es un factor esencial y un "soporte de la historia".

En países recientes y de historia nueva, como los de la América latina, es todavía prematuro hablar de esta clase de síntesis, mas en pueblos regidos por una conciencia de cinco mil años ella constituye el motor de la vida. Es lo que ocurre en este lugar donde todo habla al hombre de su más remoto pasado.

El Líbano es una partícula de ese inmenso y alucinante mundo medio-oriental en donde se registran las primeras actividades del *homo sapiens* y en el que tienen su asiento las primeras civilizaciones humanas. La explicación de su enigma se halla en la geografía. País microscópico, de su seno han brotado corrientes magníficas de creación. Un huevo de colibrí que produjo albatros. De ese pequeño lugar del Mediterráneo salieron los fundadores de Cartago en la costa de Africa, de Cádiz y Barcelona en la península Ibérica, de Utica en Grecia. Ubicado entre los 33 y los 39 grados de latitud norte y con una extensión de 10.170 kilómetros cuadrados, el Líbano es una pequeña nación, no mayor que nuestro Estado Táchira, que respira su historia cada día, cada hora y cada minuto. Bordeado al Norte y al Este por Siria, al Oeste por el Mar Mediterráneo y al Sur por la antigua Palestina, hoy Estado de Israel, su territorio forma un rectángulo irregular orientado del Nordeste al Sudoeste.

La palabra Líbano es de origen fenicio y significa blanco. Alude a los elevados picos de estas montañas cubiertas de nieve durante la mayor parte del año. En árabe se dice *Lubnan*. Cuatro regiones bien definidas

dividen la singular geografía en otras tantas bandas paralelas a la costa del mar. La primera, situada al Oeste, es la cornisa del litoral que se desarrolla en una fachada marítima de 250 kilómetros. Esta cornisa es estrecha y se alarga por el Norte hacia el puerto de Trípoli y por el Sur hasta Gubla, (antigua Tiro). Entre estos extremos se encuentran, de Norte a Sur, los pequeños puertos de Batroun, Jebail (Biblos de los antiguos), Jounieh, Beirut y Saida (antigua Sidón).

La segunda región está formada por la cadena montañosa del Monte Líbano, de una fertilidad extraordinaria y poblada de un hormiguero de pueblos laboriosos, fecundos y orgullosos de sus anales. La tercera es la que forma la depresión de la Bekaa, elevada a unos 900 metros sobre el nivel del mar y extendida hasta unos 120 kilómetros, también de Nordeste a Sudoeste, entre el Monte Líbano y el Anti-Líbano. Su anchura es de 8 a 12 kilómetros y en ella se encuentran los grandes centros agrícolas de Zahlé, Chataura y Baalbek. La cuarta región está integrada por las montañas del Anti-Líbano al Norte y del Hermón al Sur.

El Líbano posée, a causa de su conformación topográfica, numerosos ríos algunos de los cuales ostentan hermosos nombres de evocación mitológica, tales el Eléuteros, el Adonis y el Licus. El Litani (Leontés) inicia su curso en la Bekaa, no lejos de Baalbek, y atravesando el país va a desembocar en el Mediterráneo cerca de Tiro. El Assy (antiguo Orontes) penetra en Siria por la parte del Norte. *Nahr* es una palabra árabe que significa río. Entre los más notables de hoy se cuenta el *Nahr* el Kelb, Río del Perro. Por el Sur, el Hasbani (el bíblico Jordán) se inicia en el Monte Hermón y va hasta Jordania en donde se hace famoso por haber prestado sus aguas para el bautizo de Cristo. Estas aguas contribuyen a la admirable fertilidad de una tierra en la que se producen unas tres mil quinientas especies botánicas y en la que el aire está embalsamado perennemente por el perfume de las dalias, los crisantemos, los asfodelos, las anémonas, los manzanos y los limoneros, cosas de las cuales se hablaba ya poéticamente en el *Cantar de los Cantares:*

"....el invierno ha pasado,
la lluvia cesa y se marcha;
las flores abren sobre la tierra;
el tiempo de los pájaros cantores ha llegado
y la voz de la tórtola se oye en la montaña;
la higuera se cubre de verdes higos
y los viñedos cargados de tiernas uvas
exhalan un gran olor.
Levántate, mi amor, mi dulzura, y vamos...."

Golfo de Junieh, a 20 kilómetros de Beirut.

Todas estas bellezas, todos estos aromas hacían del Líbano un país particularmente famoso entre los antiguos pueblos de Oriente. Era tierra de poesía, de sortilegios, de embrujos líricos. *"Thy garment is like the smell of Lebanon"* y *"his smell as Lebanon"* son frases bíblicas que el historiador Hitti traslada al moderno inglés para hacer el elogio de la patria de sus ancestros. Estos encantos, tan dulces y voluptuosos, son, junto con el misterio de una historia de seis mil años, los que han despertado la admiración de los más grandes poetas y viajeros de Europa, entre los que se cuentan Volney, Gerardo de Nerval, Alfonso de Lamartine, Henry Bordeaux, Mauricio Barrés, Julián Huxley, el Rey Federico de Prusia, Ernesto Renán y mil más que afluyen a esa región en busca de estímulos para la fantasía y de respuestas para las grandes preguntas de la cultura. "El Líbano —dice Michel Chiha— es el país del sueño y la realidad juntos".

Numerosas zonas de vegetación aparecen unas al lado de otras y en la planicie costanera, en las bajas vertientes, luce la característica flora litoralense. Allí se empinan el datilero, la mora, la viña, la higuera, el olivo, el banano, el naranjo. El que los ingleses llaman *stone pine* (*sanawbar barri*) es un árbol fino, de copa esférica, que produce al Líbano excelente madera para combustible y para la construcción de unas viviendas de planas techumbres cubiertas de tierra que sobrevivieron hasta hace unos años. Originalmente el banano, planta indo-malaya, fue llevado al mundo árabe de la India y de Persia. Algunos comentaristas lo identifican con el *Arbol del Paraiso* del que habla el Corán. Su nombre arábigo es *mawz,* corrupción del sánscrito *moca.* Los árabes lo transportaron a través de Africa desde donde pasó al Nuevo Mundo en los navíos portugueses. La viña fue introducida en Grecia por los fenicios y de allí pasó a Italia. El perfume de los vinos del Líbano mereció los elogios de los profetas hebreos. La oliva acompaña a la uva en su viaje de Este a Oeste. Los habitantes de estas sólidas rocas han desplegado una industriosidad y una parsimonia que vanamente se buscarán en otros lugares. A fuerza de arte y de trabajo constantes han obligado a un suelo pétreo a convertirse en fértil. Casi todas las montañas haan sido tratadas mediante un riguroso procedimiento y presentan igual proyección en escala, a manera de anfiteatros en los que cada grada es una fila de viñas o de moreras. Si el observador curioso se transportase a esas cumbres que limitan su vista, la inmensidad del espacio será otro motivo de admiración para él. Ante sus ojos, se extenderá un horizonte sin fronteras en el que su alma creerá abrazar el mundo (1).

Después de la segunda guerra mundial la horticultura fue ampliamente estimulada en el Líbano. Arboles frutales, especialmente nuevas variedades de manzanos y perales, se introdujeron de Estados Unidos, y con ellos nuevos métodos de cultivo. La Bekaa, llanura fértil situada entre los dos sistemas cordilleranos, constituye una zona independiente en la que crecen plantas que proveen a los habitantes sus alimentos fundamentales: el trigo, la cebada y el mijo. Aun hoy, como en los días de Ezequiel, este último grano es mezclado con trigo para la preparación del pan que consume la población. El maíz (*dhurah safra*) vino de América. Lentejas, frijoles y otras leguminosas se han utilizado de antiguo, lo mismo que cebollas y calabazas. Más tarde fueron incorporados el tomate, las patatas y el tabaco que es otro regalo del Nuevo Mundo. Entre las plantas medicinales y aro-

(1) **VOLNEY**: "Viaje a Oriente". —

máticas que el libanés consume constantemente, se cuentan el hinojo, la malva (*khatmiyah*), la menta, la amapola (*khishash*) y el cardamomo que comunica al café un aroma particular.

La morfología geológica del Líbano es peculiar. Está determinada por estratas generalmente inclinadas, verticales a veces y a veces horizontales. Rotas por fallas que se originan en interiores presiones, estas montañas han servido de refugio a comunidades enteras perseguidas por sus creencias y por querellas políticas y raciales. Cristianos cismáticos, mahometanos inconformistas, expatriados de razas diversas hallaron en estas montañas alojamiento y seguridad contribuyendo a su vez al desenvolvimiento de una historia agitada y llena de proyecciones espirituales. Aquí han florecido los maronitas, los druzos y los shiitas (*matawilah*) hasta la época actual en que la República libanesa alcanza el más alto nivel del equilibrio político en medio de un mundo convulsionado por los rencores y la violencia.

Esta comprobación del equilibrio y la sabiduría de los libaneses a través de la historia, me reconduce como en un leit-motiv a las apreciaciones de Boulos sobre la influencia geográfica. ¿No es acaso en esa peculiar geografía de costas, montañas y equilibradas planicies donde reside la secreta sabiduría de este pueblo, proverbial desde los tiempos de los fenicios?

En las montañas del Líbano hay nieve durante las seis octavas partes del año, mientras que en la costa y en la llanura hace un calor sofocante. El marcado ritmo del invierno y del verano es determinado aquí por el incremento del aire marítimo que viene del Oeste en la una estación y el aire continental que llega del Sur y del Sudeste en la otra. En verano la aguja se mueve hacia el Ecuador. Inicialmente muy seco, el viento meridional mantiene su carácter tropical lo mismo que en Africa y en la Península Arábiga. Un cielo claro y sin nubes intensifica el calor en la costa. Cuando se hace muy intenso, este viento opresivo (parecido a las *calderetas* de Venezuela) recibe el nombre de *Shuluq*. En Egipto, donde es frecuente que arrastre arena, se le llama *Khamsin*.

Igualmente cálido es el viento del Este. Originado en el Océano Indico, experimenta una apreciable modificación al cruzar las grandes extensiones territoriales y llegar al Líbano. Con frecuencia este es el más opresivo de todos los vientos que soplan sobre este país y al que se denomina

samum (simún) que quiere decir venenoso. En el Líbano, donde se le nombra *sharqiyah* (oriental) rara vez dura más de tres días como las calderetas de nuestras costas venezolanas. Semejante a este terrible *sharqiyah* es el siroco que llega a través de Italia volando sobre el Mediterráneo con sus potentes alas de fuego, a veces violentas y clamorosas. Estas son las tempestades de arena que se mencionan en los anales de Oriente y que constituyen una pesadilla para los aviadores. Durante estas terribles ventiscas la vida en las poblaciones del Líbano se convierte en una infernal pesadilla.

Después de la puesta del sol los vientos cambian de dirección. Esta es la causa de que en Beirut el calor veraniego que sube alrededor de las nueve de la mañana, baja con el crepúsculo. Los paseantes usan sus ropas de invierno durante los primeros días del verano para protegerse de las corrientes septentrionales. Elevadas a 1.500 pies sobre el nivel del Mediterráneo las estribaciones y colinas que rodean a Beirut convierten las admirables montañas en una Suiza oriental que atrae a los numerosos veraneantes de Siria, de Palestina, Egipto, Irak, Kuwait y la Arabia Saudita. Un poeta dijo de ellas:

> ". . . . muestran el invierno en su cabeza,
> la primavera en sus hombros,
> el otoño en su seno
> mientras el verano permanece dormitando a sus pies" (1).

Uno de los lugares más cálidos del Líbano es su ciudad capital. En julio que es regularmente el mes más caluroso, en Beirut el termómetro sube a 85° Farenheit mientras que en El Cairo alcanza a 97°. La diferencia entre el calor del día y el de la noche en la metrópoli libanesa, es rara vez mayor de 11°. Esta temperatura se agrava por la humedad que sube a un 70 por ciento durante los meses de estío, pese a las lluvias. Todos los libaneses de alguna posibilidad económica se trasladan entonces a las montañas en las que poséen hermosas y cómodas viviendas rodeadas de floridos

---

(1) "He bears winter upon his head,
Spring upon his shoulders,
Autumm in his bosom,
While summer lies sumbering at his feet".

(Philip K. Hitti: "Lebanon in History". — 1957, p. 27).

jardines, holgados pinares y fértiles huertas de manzanos, peras y otros frutales. Beirut, convertida en un horno, es entonces menos confortable que Damasco cuyo calor sube en esta estación a 97°, pero cuya humedad no pasa de 40 por ciento. En enero el termómetro sube en Beirut a 56° contra 54° en El Cairo y 47° en Jerusalén.

Zahlé

III — BEIRUT

EN las horas de la mañana, mirada desde las eminencias de la montaña, la ciudad se nos muestra dorada; al mediodía es cristalina y por la tarde presenta tonalidades violetas como una transparente amatista. Por esta época, durante el día, el sol convierte la urbe en un amasijo de luz, de cristal irizado flotante sobre el azul del Mediterráneo. Por la noche las luces eléctricas estallan como una granada; ellas forman la sangre multicolor de una civilización automática. Nos dejamos arrastrar por el río de la multitud y nuestros sueños se amalgaman con la gran quimera de todos, en pos de una felicidad que se desintegra en el roce con las iluminadas vitrinas de los comercios, con las carteleras de los cinemas, con el espectáculo de los cabarets, de los salones de belleza, de los restoranes y de los magazines de modas. Beirut, que a comienzos del siglo contaba con menos de 50.000 habitantes, para 1957 tenía 120.000 y en la actualidad alberga casi medio millón. También aquí, en el Cercano Oriente, se padece el inquietante problema de la explosión demográfica, interrogante por excelencia de nuestra época. Todo este esplendor y toda esta expansión económica están formados por el comercio. En los barrios centrales, igual que en Nueva York o París, los anuncios luminosos, estáticos o animados, nos tienden sus tentáculos fascinantes y se apoderan de nuestra imaginación con más eficacia suasoria que los antiguos cuentos de magia. Joyerías, tiendas de telas quiméricas, de trajes hechos, de calzados, de comestibles, de drogas, de perfumes exóticos, de cigarrillos.

Uno de los ramos de mayor profusión y movilidad en el Beirut comercial es el de las joyas. Por doquiera nos salen al paso las vitrinas colmadas de brillantes, de rubíes, de esmeraldas, de turquesas, y se observa a los hombres que manejan estas quimeras en un juego maravilloso en el que participan los dedos y las palabras. Otro es el de los cambistas, de los que hay miles alrededor de la gran Plaza de los Cañones. Sus pequeños *comptoirs* prácticamente empapelados con billetes de banco de todos los países del mundo, son los consultorios de los modernos especialistas de la riqueza.

Siempre el dinero fue el guía por excelencia de las inquietudes humanas pero nunca como en los tiempos que corren. En Oriente, donde todo tiene un cierto sabor de magia, el dinero es la magia suprema. Esos

arúspices callejeros, acólitos o sacristanes de las grandes catedrales bancarias, ofrecen sus billetes y sus monedas con gravedad religiosa, rodeados de impresionantes guirnaldas verdes, azules, rojas, con sus cifras ecuménicas y electrizantes —100 dólares, 50 libras, 1.000 francos, 50.000 liras— y las efigies de una variedad infinita de monstruos sagrados, los jefes de Estado de Occidente y Oriente.

Pero los comercios más típicos están seguramente en los zocos, de los que hay varios en esta ciudad. En ellos están los negocios más pintorescos, más cosmopolitas, grandes y chicos, y se aglomeran las multitudes más densas y heterogéneas, en las que alternan el legítimo beirutés y los representativos de todos los otros países del mundo árabe —sirios, egipcios, jordanos, turcos, iraqueses, sauditas— con los miles de turistas del Occidente que desembarcan todos los días en el puerto y en el aeródromo de Khaldé. Es aquí, en estos lugares de urbana aglomeración, en donde se pueden admi-

Beirut. Un aspecto de la ciudad capital del Líbano, vista desde el mar.

rar los extraños y coloridos trajes de las distintas regiones y oir las bizarras entonaciones de la lengua de los califas y los derviches; donde se pueden saborear los manjares y los licores de este inagotable laboratorio de esencias y adquirir las suntuosas alfombras persas, las repujadas pieles de camello de Egipto y los puñales de acero damasquinado con embutidas filigranas de oro y esmaltes. Quizá el más animado de estos laberínticos entresijos de la ciudad es el llamado *Souk Sursok* que se extiende al Este de la Plaza de la Estrella y dentro del cual existen dos notables iglesias: la de San Elías, perteneciente a los griegos católicos o melkitas, y la Catedral de San Jorge, de los griegos ortodoxos. Ambas ofrecen un extraordinario interés al occidental que viene a estas latitudes en busca de expresiones de la cultura y, sobre todo, de matices espirituales y de resonancias estéticas, pero la más interesante es sin duda la de San Jorge por la originalidad de su estilo y por el cláustro exterior que existe en su primer piso y en el cual hay una galería abierta que antaño estuvo reservada a las mujeres según una vieja costumbre oriental. En esta iglesia se pueden admirar las más sugestivas pinturas y los grandes frescos modernos que llenan sus muros, así como su magnífico Iconostacio poblado de íconos bizantinos. Para llegar a la Capilla de la Virgen María hemos atravesado cuatro estancias repletas de imágenes religiosas, de Crucifijos, de Sanjorges y Sanelías, y hemos tenido que repartir nuestras piastras entre un enjambre de beduinas descalzas que con ojos ardientes nos muestran sus pequeños hijos famélicos. Hemos tenido también que dar paso a los solemnes paseantes árabes cubiertos con sus blancos albornoces, y que abrirnos camino a fuerza de codos por entre una muralla de sacerdotes ortodoxos de barbas desgreñadas y negros velos pendientes de sus no muy limpios *aluses*. Mujeres alucinadas nos ofrecen pequeñas medallas mientras fieles creyentes soban con ansia los vidrios de una hornacina en la que se guarda una talla policromada de la Madre de Cristo.

Bien considerados la situación y el desarrollo moderno de la cosmopolita Beirut, puede decirse que el eje de la ciudad es la *Plaza de los Mártires*. Desde luego es la más amplia e impresionante. Hasta cierta época se la llamó Plaza de los Cañones por los elementos ornamentales que contenía consistentes en viejas piezas de artillería. Luego se le dió el nombre actual en conmemoración de un acontecimiento de elevado sentido patriótico dentro del nuevo y vigoroso nacionalismo de los libaneses. El sábado 21 de agosto de 1915 fueron ahorcados en este lugar, por orden del gobierno otomano, Saleh Haidar Mahmud y Mohamed Mahmassani, Abdel-Karim Khalil, Mahmud Adjam, Naief Tello, y Abdel-Kader Kharsa, a quienes siguieron un año después (el 6 de mayo de 1916) Said Aki, Abdel-Ghani

Areyssi, Aref Chehab, Salim Djezaeri, Georges Haddad, Omar Hamad, Seifeddin Khatib, Abdel-Wahab Inglizi, Pietro Paoli y Ahmed Tabbara a quienes se señalaba como agentes de las potencias imperialistas occidentales. Todos eran intelectuales que comulgaban en el credo revolucionario de origen francés y pertenecían a ocho sociedades secretas diseminadas en distintas regiones —*Los Hermanos Arabes,* el *Club Literario Kahtaniya, El Juramento, La Revolución Arabe*— cuyo propósito era desligar a Arabia del Imperio Otomano "sin saber siquiera lo que habría de hacerse después", según opinión del historiador Djemal-Bajá. El doctor Eyoub Tabet, miembro distinguido de la agrupación *Renacimiento Libanés* y participante en un congreso reunido por esta hermandad en Paris, en 1913, declaraba a raíz de aquellas ejecuciones: "En fin vamos a constituir la pequeña República Libanesa de nuestros sueños". ¿Y cúal era la forma que asumían esos sueños entonces? Una forma ya bien definida, una "forma concreta", muy típica del espíritu libanés. "Mientras las sociedades libanesas —explica Nagib Dahdáh en su libro "Evolución Histórica del Líbano" (1)— tenían una meta positiva, concreta, como lo era el engrandecimiento del territorio libanés y la independencia completa del Líbano, las sociedades árabes estaban todavía en el período demoledor (querían derrocar el Imperio Otomano) y no parecían tener un plan constructivo y preciso... Lawrence escribió que los árabes "luchaban por deshacerse de un imperio y no para estructurar otro".

Es de notorio interés esta cita porque en ella queda bien definido el carácter práctico del espíritu libanés y la cualidad que lo diferencia de los otros pueblos del mundo árabe. Cada año, el 6 de mayo, la República libanesa rinde homenaje a aquel conjunto de mártires que se sacrificaron hace media centuria por un puñado de ideales "concretos" y Beirut es el espejo en el que se reflejan las virtudes de la República y de sus gentes.

A partir de su centro cordial —la Plaza de los Mártires—, en medio de un aparente desorden —el desorden de un individualismo profundamente social— se desarrollan las grandes arterias urbanas y nos salen al paso los edificios de la administración y de la cultura, los monumentos de la historia remota y de la reciente: el *Gran Serrallo,* viejo cuartel turco asiento hoy de la Presidencia de la República, del Concejo de Ministros y de algunos despachos ministeriales, desde cuya explanada se puede admirar la más hermosa y evocadora visión de la ciudad y su contornada; la fastuosa *Djamih el*

(1) Ediciones Oasis, S. A., México, 1964, pág. 228.

Saraya o mezquita del Serrallo, obra del comienzo del siglo XVI atribuida a los emires Assaf; el elegante edificio de la Municipalidad; el magnífico puerto, vía de acceso para todo el litoral levantino, con capacidad para abrigar más de treinta navíos; los más grandes y lujosos hoteles, entre ellos el modernísimo *Fenicia;* el *carrefour Bab Edriss,* corazón de la zona europea en la que se encuentran los más grandes establecimientos de la actividad comercial, entre ellos el mercado francés (en el zoco Djemil); la hermosa mezquita *Djamih el Kabir* donde comienza la antigua ciudad; la Gran Mezquita (*Djamih el Omari*); la vieja iglesia de San Juan Bautista de los Caballeros del Hospital; la Plaza de la Estrella; la Biblioteca Nacional; el *Souk Bazargan;* el edificio del Parlamento, sitio donde se presume estuvo ubicado el foro occidental de la Beryte romana; el zoco de los Orfebres; la Catedral de San Jorge (del rito maronita); e irradiando los pasos hacia la periferia a lo largo de las pululantes arterias, el Museo Nacional, los barrios exteriores, la Gruta de las Palomas, las tres Universidades, el Palacio de la Unesco, el Acueducto romano de Zoubaida y Djedeidé. En homenaje a Francia, cuyos nexos políticos y culturales con el país libanés son excepcionalmente profundos, no pocas de las avenidas y calles de la ciudad capital ostentan nombres franceses: la Avenida Paris, la Rue Georges Picot, la Rue Weigand, la Rue Pasteur, la Rue Gouraud, la Rue Maurice Barrés, la Rue de Lyon, la Rue Madame Curie, la Rue Verdun, la Rue Bordeaux.

En un penetrante estudio acerca de "Los Valores Sociales de La Biblia", Ab. N. Pollak (1) analiza las complejidades del cuerpo social en las antiguas comunidades de Oriente y señala datos de la mayor importancia acerca de la ciudad de Canaán. Se ocupa de la legislación de Hamurabi y de la mosaica y destaca la influencia moral de los múltiples dioses de las colectividades que les rendían culto. Algunos profetas, dice, llegaron a propugnar el regreso al campo, a la vida pastoril y agrícola como medio para contrarrestar la influencia corruptora de las ciudades. Sin embargo la ciudad se desarrolló como un monstruo necesario e inevitable. El gobernante, el administrador, el inventor, el científico, el artista, el intelectual, el alfarero y el tejedor son por esencia seres urbanos, esto es, ciudadanos. Si se les obligara a abandonar la ciudad la sociedad degeneraría, quedaría a la deriva y al fin desaparecería como expresión de progreso. Los israelitas en Canaán trataron de eliminar el Estado, cuya más madura expresión histori-

(1) Revista "Jerusalen", No. 15, Noviembre-Diciembre 1956, pág. 49.

ca es la ciudad, pero este empeño hubo de fracasar porque el Estado es indispensable. Tuvieron, pues, que rectificar como ha habido que rectificar después el plan socialista y monoclasista de Marx.

"La ciudad antigua —escribe un historiador libanés—, tanto en la época de los fenicios como en la de los romanos, era mucho más amplia que la actual. Igual que Tiro, Sidón y Gebal, Berite conoció una prosperidad extraordinaria. Es un error suponer que los edificios de varios pisos, verticales jaulas humanas, son expresión de los tiempos modernos. Las grandes urbes antiguas también los tuvieron y entre ellas Beirut y Cartago, activas concentraciones urbanas de origen semítico".

En Beirut es posible encontrar aún, conviviendo con su penetrante desarrollo moderno, rasgos típicos de la antigua ciudad semítica con sus problemas político-religiosos y su inconfundible matización clasista, pero es al mismo tiempo posible observar la voluntad colectiva que, dirigida por el razonamiento y el cálculo, orienta estos factores sociales en un sentido de armonización nueva, esto es, en una dirección voluntaria de aprovechamiento sincrónico entre lo material y lo espiritual. No podría yo precisar en este momento cuantas otras ciudades del mundo, grandes o chicas, poséen semejante característica; lo que es evidente es que Beirut encarna la voluntad del pais libanés como las antiguas ciudades-estado. En torno a ella gira la vida entera de esta república tan vieja y tan nueva, de esta comunidad de montañas y costas que si microscópica en su extensión en la geografía, es macroscópica en sus proyecciones morales, en su capacidad para transformar en fuerza económica y en prestigio los débiles elementos de su constitución física.

Aunque no tan antigua como Biblos, Tiro o Sidón, en el conjunto de las famosas ciudades fenicias, Beirut es una de las más ilustres. Su nombre se menciona ya en las inscripciones cuneiformes halladas en Tell El Amarna (1) a orillas del Nilo, y las cuales se calcula que fueron escritas alre-

(1) En Tell El Amarna, en Egipto, a orillas del Nilo, una mujer encontró unas tablillas grabadas alrededor de 1370 A. C. en las que se ha hallado la clave de trascendentales acontecimientos históricos. Tell El Amarna fue capital de Amenofis IV (Akenaton). Se habla allí de la pintura verde que las egipcias usaban para los ojos, hecha de piedra de cobre, 5.000 años antes de Cristo.

dedor de 1370 años antes de Cristo. "Fuente de Vida, madre primitiva de ciudades, Beirut, orgullo de príncipes, primera nacida y hermana de los siglos, tan vieja como el mundo; sede de Hermes, ciudad de las leyes, santuario de alegría, estrella de la tierra libanesa". Así la vió Nonnos de Panopolis 410 años antes de Cristo y así la describe en su "Dionisiaca". Junto con Gebel (Tiro), fue uno de los principales centros culturales y comerciales de los giblitas. Destruida en 140 A. C. a consecuencia de las luchas que mantuvieron Trifón y Antioco VII por rivalidades sucesorales, y reedificada después por sus moradores, durante la dominación romana fue tomada por Agripa quien estableció en ella dos de sus legiones y la embelleció con muchos monumentos. Desde ese momento la ciudad recibió el nombre de la hija del Emperador: *Colonia Julia Augusta Berytus,* y fue investida con los derechos de las ciudades romanas. Herodes el Grande y sus sucesores la enriquecieron aún con hermosos templos, teatros y baños. Por esta época, bajo los esplendores romanos, el nombre de Beirut está unido al de hermosas y poderosas mujeres. Cleopatra pasa temporadas en ella en espera de Marco Antonio, y la reina Berenice, enamorada de Tito, prefiere permanecer a su vera antes que volver a Jerusalén después de ver fracasado su sueño de compartir con su amante la corona del gran imperio. "Si se quisiera establecer la lista de los grandes nombres antiguos originarios de Berite o de las demás ciudades fenicias —señala un autor libanés— se necesitarían varios volúmenes. El genial Pitágoras, el célebre Homero, la poetisa Safo, Píndaro, Aristófanes y tantos otros pueden ser reivindicados por la cultura fenicia". Igual seducción se advierte en los tiempos modernos. Grandes espíritus occidentales —escritores, poetas, artistas— han experimentado la seducción legendaria del Líbano y admiran su esplendoroso pasado fenicio.

Desde mediados del siglo III de la era Cristiana, Berite fue sede de una Escuela de Derecho cuya fama se difundió por toda la Siria y cuyos estudios rivalizaron con los de Atenas, Alejandría y Cesarea. Este fue el gran legado de Roma, matriz del Derecho. En Beirut se formaron y profesaron los renombrados tratadistas Gayo (anatolio), Papiniano (sirio) y Ulpiano (fenicio) cuyos textos forman aún los cimientos del derecho romano que se estudia en las universidades occidentales. El derecho de gentes es creación de esta escuela. Justiniano llamó a Beirut "madre y nodriza de las leyes". Desde todas las regiones del mundo de aquellos tiempos los estudiantes acudían a la ciudad libanesa para recibir su primera enseñanza: de Armenia, de las costas del Mar Negro, de Europa, de Galicia, de Egipto, de Mesopotamia, de Grecia, del Cáucaso. Hasta las postrimerías del

siglo VI A. C. las cátedras se dictaron en griego y latín pero este último idioma prevaleció en todas las disciplinas. El pueblo hablaba el siriaco. Para fines del siglo IV, Beirut era aún una de las ciudades más importantes de la Fenicia. El Cristianismo penetró allí tempranamente y para esa época era sede de un Obispado. A comienzos del VI sus habitantes hacían un copioso comercio con la seda que producían sus numerosos telares. Desdichadamente la adversidad iba a abrir un paréntesis en este desbordante proceso. En 551 Beirut fue totalmente destruida por terribles temblores de tierra y por inundaciones marinas que devastaron el litoral de la Siria e hicieron perecer a 250.000 seres humanos, y la Escuela de Derecho fue transferida a Sidón. Las manufacturas de seda languidecieron y se trasladaron a Grecia. En 633 la urbe fue tomada sin dificultad por los árabes.

En la historia de las Cruzadas, tan importante para el Próximo Oriente en la etapa de la Edad Media, Beirut desempeña un papel de relativa trascendencia como sede de un Obispado latino. Los historiadores de este período la designan con los nombres de *Baurim* y *Barut*. Dos sitios padeció entonces que merecen ser citados: el de 1110 que la hizo caer en poder de Baudouin I, y el de 1187, emprendido por Saladino y que la volvió a la dominación musulmana.

Bajo el gobierno de Juan I de Ibelin (1205-1236), el "viejo sire de Beirut", la ciudad conoció un gran esplendor y prestigio a través del Oriente latino, pero los Cruzados no pudieron mantener su conquista y, en julio de 1291, la histórica urbe recae —esta vez de manera definitiva— en poder de los mamelucos. Sin embargo, el siglo XV va a presenciar un pacífico renacimiento de su vigor en lo cual participan los comerciantes. La ciudad se convierte en lugar de encuentro de todas las poblaciones ribereñas del Mediterráneo. En 1516, después de la derrota de los mamelucos por el Sultán Selim I, Beirut pasa al yugo otomano y se convierte en sede de un *sandjak* (gobernador). Sin embargo, interesados principalmente en percibir los impuestos, los sultanes van a dejar una semi-autonomía a los emires locales y de esto se aprovechará uno de ellos —el Emir Fakhr ed Din (1585-1635)— para crearse un reino poco menos que independiente y para hacer de Beirut su residencia predilecta. Deseoso de mejorar la situación económica de su pueblo, este notable hombre de estado entra en relaciones con las potencias europeas, en particular con los venecianos, y gracias a esta política la ciudad recupera su antiguo esplendor. Mas los turcos, a los que inquietan los éxitos del Emir, le hacen la guerra, derrotan su armada, y, convertido en su prisionero, le conducen a Estambul en donde lo hacen estrangular. Dos siglos van a pasar antes de que aparezca un nuevo patrio-

ta capaz de enfrentarse al poderío otomano. Este será el Emir Melhem, miembro de una familia aliada, quien en la centuria décimo octava impulsa a su turno el comercio y procura hacer de Beirut un puerto importante. Otra gran personalidad ha de destacarse después en el mismo empeño, la del Emir Bechir II (1788-1840) quien consolidando la seguridad de su patria devuelve a Beirut su prosperidad. Es una hermosa y noble figura la de este Bechir y a ella volveremos al correr de estas páginas.

Las masacres del Líbano y de Damasco en 1860 (acontecimiento que determina la emigración masiva de los libaneses) hacen afluir a la capital gran número de maronitas montañeses que se establecen en ella.

El 8 de octubre de 1918, ocho días después de la ocupación de Damasco por las fuerzas aliadas, el ejército inglés, en el que se incluía un destacamento francés, hizo su entrada en Beirut. El 25 de abril de 1920 la Sociedad de Naciones confiaba a Francia el mandato sobre la Siria y el Líbano, y la bella ciudad se convertía en capital del Gran Líbano y en sede del Alto Comisionado francés. En 1941 Beirut pasa al campo de los aliados y, gracias a su puerto, es el más importante centro de aprovisionamiento. En 1946, después de la evacuación del país por las tropas francesas, ella ocupa destacada categoría entre las metrópolis del mundo árabe y se distingue por su papel de mediadora entre las distintas potencias que participan en los conflictos del Próximo Oriente.

Relegada a un secundario papel de capital de provincia bajo la dominación turca, Beirut había podido escapar al fenómeno de una gran concentración urbana a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Convertida en 1920 en capital de un estado soberano y en una plaza de comercio importante, su atracción se hace sentir sobre los campesinos de la montaña y un inevitable movimiento demográfico, contrariado por largo tiempo, determina el acrecimiento de la población ciudadana. Un cierto número de inmigrantes constreñidos a abandonar sus países durante la guerra árabe-judía (noviembre de 1947 a febrero de 1949) vienen entonces a establecerse en Beirut. Su población es ya heterogénea: el elemento árabe predomina pero es parcelado por apreciables minorías de armenios, druzos, curdos y algunos sudaneses. Su cosmopolitismo se ve entonces acrecido por el hecho de ser una importantísima escala aérea y marítima en las rutas que unen a Europa y al Extremo Oriente.

Antes de internarnos en la espléndida red de calzadas que cruzan las montañas en todos sentidos, y antes de recorrer el nítido litoral para conocer las antiguas y fabulosas ciudades fenicias, puntos de partida de tantas hazañas de la civilización del Mediterráneo, hemos querido visitar algunos lugares próximos a Beirut y nos hemos dirigido a Jeita, a 18 kilómetros de la capital, y luego a Maameltain en cuyas cercanías se eleva el impresionante Casino creado para competir con el de Montecarlo. En el primero de estos paseos nos acompaña Don Miguel Lilue, un caballero libano-caraqueño, con más de cuarenta años de residencia en nuestro país; en el segundo N. D. Dao y algunos miembros de su familia.

Para llegar a Jeita y penetrar en sus feéricas cuevas hay que desviarse de la marina a la altura de Zouq Mikael, a unos tres kilómetros hacia el interior. Acondicionadas para el turismo, estas cuevas son además expresión del amor de un pueblo por los dones de su naturaleza. Pocas veces he visto tratar con tanto afecto, con tanta reverencia, incluso con tanta ternura, una formación geológica semejante, pero imagino que una similar devoción debieron inspirar ciertos lugares sagrados —florestas, fuentes, cavernas— en los que se incubaron poéticos mitos.

Desde cierto punto de vista la cueva de Jeita nos recordó la *Gruta Azul* en las cercanías de Nápoles. Esta semejanza es sin embargo muy relativa. La de Jeita no es una gruta marina y sólo es azul en algunas zonas en las que la refracción de la luz adquiere una dulce tonalidad combinada con los otros colores del iris. Jeita es una fuente tan abundante que en verano basta por sí sola para conservar el caudal del *Nahr el Kelb* (Río del Perro).

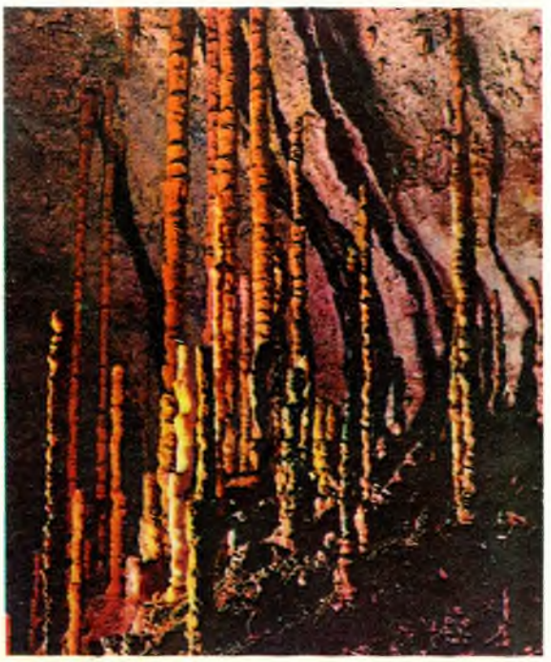
Clara, transparente, fría, el agua tiene un raro significado en este delicioso lugar del Mediterráneo. La bóveda de la caverna es alta y en algunos puntos simula cúpulas. Lo más sugestivo de ella es la opulenta visión de las estalactitas y las estalagmitas, mundo coloreado con todos los matices imaginables, animado por todos los sentimientos, por todos los movimientos, por todos los pensamientos que el arte de la naturaleza puede inspirar al hombre. Hay pasajes o recintos en los que las mágicas formaciones aparentan florestas de cristalinos ramajes que van desde el blanco más puro y brillante hasta las más sutiles vibraciones del rojo, del verde, del gualda, del azul, del violeta. Sobre estas arborescencias centellean millones de luceros, diamantes, rubíes y esmeraldas. Y en medio de todo esto se produce la metáfora de la vida animal en una inmensa fauna que hubiese quedado paralizada por un soplo divino. Retablos magníficos, suspendidos a dis-

Cortinaje

Gruta de Jeita.
Torre de Pisa.

Gruta de Jeita.
Los pilares de Maxwell.

Gruta de Jeita. El Cántaro.



El Nicho de las Columnetas.

El Candelabro de Rustum Pasha

La Botella de Bliss.

Una formación de estalactitas.

tintas alturas, configuran procesiones barrocas en las que desfilan Madonas con sus niños en brazos, apóstoles, pastores, seres encapuchados que se asoman al borde de su Universo para observar a los seres humanos, pasajeros fugaces de esta pequeña Estigia. Sabiamente distribuidas y proyectadas en forma indirecta, las luces eléctricas hacen más intensa la vida de las aguas y los cristales. Un silencio sonoro, lleno de resonancias visuales más que auditivas, comunica a la gruta una grandeza de catedral. Unidas a lo largo de los milenios, las estalactitas y las estalagmitas forman columnas de variados estilos, formas y dimensiones, unas elevadas y gruesas como los fustes de un templo gótico, finas y repujadas otras como cetros de antiguos reyes. Algunas son anchas, plegadas, igual que capas y festones colgantes. Hombrecillos, gnomos, amazonas, pegasos, minúsculas bestias de una fauna de sueño, están allí aglomerados, estáticos pero sin embargo vivientes, como en espera de una prodigiosa transformación. De las bóvedas penden flores enormes de piedra, lirios alabastrinos, rosas que semejan inmensos rubíes, hojas y tallos de jade.

El recorrido dura poco más de una hora pero su emoción es interminable. Manejados por pertigueros que se mueven con reverencia, los barquichuelos evolucionan con lentitud por los iridiscentes pasadizos de roca.

El moderno y suntuoso Casino de Beirut ocupa un enorme edificio en las cercanías de Maameltain. Su edificación y su organización son de por sí elementos reveladores de las más penetrantes transformaciones. Colocado definitivamente en el meridiano del Occidente, el Líbano paramenta sus gustos clásicos con ornamentaciones occidentales en las que los modelos franceses y norteamericanos reemplazan los antiguos patrones de Egipto, de Babilonia, de Grecia, de Roma, de Bagdad, de la Europa de los Cruzados y de la presionante Estambul otomana. "Los libaneses —revela un articulista— tienen una pronunciada afición por el juego. La cifra de negocios del Casino del Líbano es una de las más tangibles manifestaciones de ello. Es superior a la del Casino de Monte Carlo. La afluencia a los campos de carreras es comparable a la de Longchamps". Pero el Casino de Maameltain está hecho no sólo para satisfacer la afición de los libaneses sino para ofrecer un camino más a la del turista que afluye aquí todo el año con los bolsillos llenos de dólares. Conducidos por el señor Dao y por un numeroso grupo de amigos suyos, nosotros nos instalamos en el gran comedor

en forma de anfiteatro frente al cual está el escenario del *show*. En el momento de nuestro arribo no hay una mesa desocupada. Las toaletas multicoloras de las mujeres y sus ricos aderezos de pedrería comunican a este lugar una brillantez que nos recuerda a Jeita. Los salones de juego (las ruletas, las mesas de póker y baccarat, los mil artificios que la imaginación ha creado para invocar la fortuna) ocupan las alas del ciclopeo edificio y están igualmente atiborrados de hombres y de mujeres. Hasta poco antes de nuestra llegada actuó en este lugar un notable cuerpo de ballet ruso. Esta noche se estrena una lujosa revista internacional organizada por un empresario francés. El espectáculo es ligero pero versátil, brillante. Lo componen *sketchs* norteamericanos, alemanes, españoles, franceses y, desde luego, orientales. Todo está movido por maquinarias. Las mujeres semi-desnudas, con los senos al aire, surgen de todas partes y danzan, desfilan, cantan. Bajan del aire por medio de mecanismos; nadan en grandes piscinas formadas por combinaciones de espejos. A una de ellas que lo hace dentro de una enorme ampolla de material plástico, las luces la transforman en una sirena. Un grupo de lindas árabes representan escenas de *las mil y una noches*. Otras bailan danzas siamesas y ejecutan números caprichosos. Se trata de divertir a un público internacional y de poca cultura pero que tiene mucho dinero. El libanés, me dice un amigo en voz baja, en plan de comercio regatea tenazmente una piastra, pero cuando se trata de divertirse o de manifestar su hospitalidad suele mostrarse espléndido.

IV — LA HOSPITALIDAD LIBANESA

DOS de mis primeras visitas al llegar a Beirut fueron para el cardiólogo y el oculista. Mi circulación no andaba del todo bien y un agudo dolor en la región ocular derecha me atormentaba frecuentemente. Todo quedó entonces solucionado a satisfacción y, provisto de un par de gafas anastigmáticas, pude dedicarme a observar el país y a sus gentes en todas sus dimensiones.

Con el cardiólogo —el doctor André Chikaneh— iba a unirnos una cordial amistad. Llevaba para él cartas de dos amigas venezolanas y éstas me introdujeron en el corazón de uno de los hombres más finos que he conocido en mis viajes. Educado en Francia, Chikaneh es un típico representante del Líbano nuevo: un espíritu cultivado, consciente de la jerarquía de los valores, tanto los materiales como los morales y los estéticos, y perfectamente enterado de los problemas de su país en sus proyecciones políticas y sociales. Le anima además un gozoso interés en atraer la atención de los extranjeros hacia la compleja evolución de su pueblo en sus proyecciones intelectuales. Fue de sus labios de los que recibí las primeras informaciones valorativas sobre el fenómeno sociológico al que me iba a enfrentar y para cuya ampliación tendría que ocurrir, necesariamente, a todas las fuentes críticas que me fuese posible obtener.

Uno de los aspectos más intrigantes —e incluso desconcertantes — del carácter del libanés, es el de su hospitalidad legendaria. Esta característica, proverbial en el Medio Oriente, es así mismo la cualidad que subraya el más abultado de los contrastes de ese carácter. He señalado antes cómo el libanés, que en plan comercial regatea tercamente una piastra, cuando se trata de manifestar su hospitalidad se muestra generoso y espléndido. Y a este propósito voy a contar la anécdota de un norteamericano que pasó todo un día en Beirut discutiendo con un joyero acerca del precio de un aderezo, sin que lograran ponerse de acuerdo, y que ya avanzada la tarde fue invitado por el comerciante a su casa para continuar en ella la discusión. Ya en la paz del hogar, su invitante le hizo sentarse a su mesa, le obsequió con finos licores y le agasajó regiamente. En todo esto gastó el doble del valor de la joya pero no accedió a hacer la rebaja que el otro pedía.

El variado "mezzé" libanés.

Para nosotros la hospitalidad libanesa tuvo manifestaciones inolvidables. Ella nos permitió penetrar en la intimidad de algunos hogares y apreciar de manera directa el ritmo moral de la vida en familia, el riguroso celo sobre las formas, el recato de las mujeres, la autoridad de los padres y el acatamiento de los menores. Dos de esos hogares fueron el de la familia Raidi y el de Rashid Skeff, veraneantes entonces en la montaña. En el primero, al que fuimos invitados para el almuerzo, pudimos percibir el acento tradicional del vivir libanés con toda su pureza folklórica. Sobre la gran mesa cubierta por el blanco mantel se ofrecieron a nuestro apetito los múltiples platos (casi cuarenta) que constituyen el variado *mezzé* que es algo así como el prólogo de la comida de fondo. En el caso de nuestro convite, aquel despliegue de comestibles tuvo un sentido particular de autenticidad pues se trataba de ilustrar a un extranjero que llegaba al país deseoso de conocer sus costumbres. Allí pudimos saborear el *tabbuleh*, suerte de ensalada hecha de trigo machacado, perejil, cebolla, tomate y otras verduras mezcladas con aceite de oliva; el *kibbe*, plato por excelencia cuyos ingredientes de base son la carne de cordero y el trigo llamado *Salmuni* que

le comunica un sabor especial (1); el *Mohchi Warack Harib,* enrollado de hojas de parra con carne molida y arroz; el *Mehchi Qusa,* calabacín relleno con carne, arroz y tomate y sazonado con ajo y pimienta; el *laben,* leche cortada semejante al *pichero* de algunas regiones de Venezuela; el *kishik,* complicada mezcla del trigo y el *laben* fermentados (2); *la muyaddara,* a base de lentejas y arroz con cebollas refritas en aceite de oliva; el *sambusik* y el *lahmbiajine,* suertes de canapés compuestos de carne y verduras; el *hommos,* ensalada o puré de garbanzos; el *ful* hecho de habas; el *mtabal batenjane,* compuesto de berenjenas; el *mulukhié,* el *mughrabié.* versión libanesa del *cuscus* hecho de carne de pollo, de cordero o de vaca con mantequilla y cebolla; el *chiche kébab,* de carne picada; el *lahm méchui.* carne de cordero cortada en trocitos, asada en carbón vegetal y servida entre dos láminas de pan muy fino, el *markuh* o pan-servilleta de la montaña que es ancho, delgado y flexible como un pergamino; el hígado cocido, el cordero relleno, los riñones asados, el lechón montañés servido en un cerro de arroz —el *chawarma—;* las lonjas de carne de cordero cubiertas con hojas de menta; el palomo en salsa de vino; los pollos asados en carbón vegetal y acompañados de *alioli;* los *kama.* variedad de una trufa negra muy rara en los paises occidentales; el *samak tajén,* pescado frito en aceite de oliva, sazonado con limón y colocado en presas sobre una pirámide de arroz aromatizado con azafrán. De esta impresionante variedad gastronómica teníamos ya conocimiento por haberla enfrentado en algún restaurant de Beirut, mas en las moradas que visitamos su presentación tenía un significado particular, un sentido entrañable por la intimidad del ambiente hogareño, por la presencia de las señoras y por la solicitud un tanto solemne que comunicaba al ágape un sabor especial. Rociado con el típico *arak,* un curioso licor nacional con sabor a anís pero hecho de uvas, el *mezzé* se eleva a la cima de su prestigio y adquiere un amable tono ritual. A la hora de los postres, nuevas revelaciones nos fueron hechas con la deslumbrante repostería del país. Pasteles de nombres poéticos como el *kol wa chkor* —"coma y alabe"—; el *znud essit,* —brazo de señora—; el *debis* hecho de uvas; el *maakrun,* pasta mezclada con azúcar y mantequilla; el *zelabie,* de harina de trigo fermentada y frita en aceite y mezclada con miel; el *katuef,*

(1) La carne para el kibbe se muele en el Llorn o mortero labrado en un trozo de mármol o de piedra corriente.

(2) Esta mezcla se espesa y se pone al sol hasta que llegue a secar y una vez seca se muele hasta convertirla en polvo. De este modo se la conserva durante largo tiempo. Su elaboración se hace generalmente a fines del verano para consumirla durante el invierno, añadiéndole agua y un refrito de carne y ajos.

similar al anterior; los variados *baklawa* y el *awaymat* bañado en jarabe; el *bayram* y los *maamul* que aparentan minúsculas montañas nevadas de azúcar en polvo.

"Al akl kadar el mahhabba", reza un antiguo proverbio del Líbano: "La comida está al nivel del afecto". Pero no es solo el alimento del cuerpo lo que aquí se nos brinda. Es también el del alma, el de la fantasía que procura aligerar y embellecer el camino de la conciencia. Una vez terminado el banquete, ante la mirada sonriente de los señores que han encendido sus pipas y cigarrillos, dos discretas señoras se nos acercan y nos leen la suerte en el poso del negro café. ¿Qué van a decirnos estas bellas y lánguidas adivinas acerca de nuestra fortuna? Nada que no sea favorable. La cafeomancia es un arte que cultivaron los antiguos egipcios, que perfeccionaron los árabes -y que ha pasado a los países occi dentales entre las fórmulas mágicas de los bohemios y los gitanos. ¿Habría acaso un mejor digestivo para después de un copioso almuerzo que la predicción de acontecimientos felices?

Por lo que hace a Rashid Skeff sus gentilezas pueden calificarse de extraordinarias. No sólo nos llevó a su vivienda más de una vez sino que nos ofreció un delicioso almuerzo campestre, en lo más alto de la montaña; luego nos condujo a un monasterio ortodoxo en el que presenciamos el bautizo de un niño y nos invitó a un elegante *garden-party* nocturno organizado por él en un hotel de turismo y en el cual pudimos relacionarnos con personajes interesantes.

Rashid Skeff vino a Venezuela a la edad de diez y ocho años y aquí vivió cerca de cuarenta. Residenciado en Guarico, Estado Lara, trabajó en el clásico comercio de *mercancías*. En su almacén, asociado con miembros de la familia Saldivia, vendía desde un par de zapatos hasta un automóvil y al mismo tiempo comerciaba en café. Así formó su fortuna. Hoy reside en Beirut y la mayor parte de su dinero está invertido en comercios, en propiedades y en operaciones bancarias. Mientras tanto dos sobrinos suyos han venido a reemplazarle en sus negocios venezolanos. El es un hombre vigoroso y activo, amable y alegre. Está casado con una

bella y recatada mujer que le ha dado tres hijos y que todavía podrá darle más. Pertenece a la Directiva del Club de Leones, a la de la *Amistad Líbano-Venezolana* y a la de la *Unión Mundial de los Libaneses*. La satisfacción con que muestra a sus amigos sus tierras en las lomas próximas a Beirut está perfectamente justificada porque en ellas se ve retratada no solo la fertilidad de este suelo, sino la metódica actividad de su dueño. ¿Qué representan para Rashid Skeff estos florecientes viñedos y estos cultivos de manzanas, de higos y de otras frutas que rodean su vivienda de la montaña? Un entretenimiento, un *hobby* que regocija su espíritu de creyente y que se paga a sí mismo.

El *pique-nique* o almuerzo campestre organizado por Rashid en un deleitoso collado del Monte Líbano, se efectuó en uno de los más dulces domingos del mes de septiembre. Bajo los verdes pinos y en las cercanías de un rústico arroyo, preparóse la mesa mientras las mujeres —señoras y criadas— se entregaban a la faena de preparar las viandas, todas de abolengo árabe con excepción de los pollos asados que son internacionales. En medio de la transparente paz del paisaje rodeado de las voluptuosas ondulaciones de las colinas, yo contemplaba aquel cadencioso grupo de seres e imaginaba una de esas escenas bíblicas en las que el acto de la comida tiene un sentido simbólico. Al mismo tiempo reflexionaba sobre la afinidad que estas gentes tan distantes geográfica e históricamente de nuestra América, parecen tener con nosotros.

Ya a punto de servirse la mesa nuevos personajes hacen su aparición. Son unos jóvenes libaneses recién llegados de Maracaibo que desean dialogar con nosotros. En sus miradas, en sus palabras, en sus sonrisas se les advierte el gozo de hallarse de nuevo en su tierra nativa. Están en ella ahora, de vacaciones, pero ya llegará el momento —¿cuántos años después?— en que volverán para siempre. Rashid les observa también y les habla en su idioma, y quizás rememora con disimulada nostalgia los tiempos de su propia partida. Esto me plantea un interrogante que no había enfrentado hasta este momento. ¿Es este amor a la patria natal común a todos los hombres? ¿Lo sienten igual los ingleses, los franceses, los italianos, los rusos, los venezolanos? A partir de este instante la inesperada pregunta se convertirá para mi en motivo de constante meditación, en una meditación que forma parte esencial de este libro.

Concluido el almuerzo, en el que volvemos a degustar la numerosa variedad del *mezzé* y la suave transfiguración del *arak*, ya avanzada la tarde nuestro invitante nos proporciona una nueva satisfacción. A través de los zigzagueantes y boscosos caminos arropados por una tenue neblina, nos conduce a un monasterio ortodoxo contiguo a otro maronita y ubicado en lo alto de aquellas cumbres. El lugar es de una inexpresable belleza bucólica. Enhiestos pinos lo pueblan y en medio de éstos, vetustos, silenciosos y graves, se alzan los dos edificios de piedra con sus amplios y umbrosos patios, sus cláustros, sus escaleras, sus miradores. Rashid, que pertenece al credo ortodoxo, quiere ofrecernos la oportunidad de asistir a una ceremonia de este exótico rito y poco después, conducidos por un monje de largas guedejas e hirsutas barbas, nos encontramos en la nave de la capilla donde se celebra el bautizo de un catecúmeno no mayor, a mi parecer, de cuatro años. A todos los presentes nos dan una vela, incluso al niño. Hay un anciano tocado con un *tarbush* rojo, un numeroso grupo de mujeres, algunas de las cuales lucen trajes de la región, y dos o tres hombres más vestidos a la europea. Los oficiantes, monjes de la congregación, no son más de cuatro y visten sus hábitos negros, bastante pobres, y sus *aluses* del mismo color. Su aspecto es severo, ascético, aunque sus cuerpos achaparrados se mueven con sorprendente elasticidad. Entre la negrura de sus largas melenas y de sus barbas enmarañadas los ojos brillan intensamente y los labios se crispan debajo de las afiladas narices. Mi atención se detiene particularmente en sus manos que son nervudas y fuertes. Aislados en la oquedad de su monasterio estos místicos seres tienen algo de anacoretas, de habitantes de un mundo de sombras y de extrañas visiones. En este momento entonan sus antífonas mientras que revestido con una vieja dalmática roja y sobredorada el superior preside la ceremonia desde el angosto estrado del altar abierto en mitad del iconostacio. En el centro de la capilla, colocada en las patas de un taburete invertido, hay una jofaina llena de agua bendita en la que sumergen al niño desnudo de pies a cabeza. Todo esto se hace en medio de cánticos y de complicadas evoluciones litúrgicas. Luego, terminadas las abluciones, el niño es nuevamente vestido y peinado y puesto en manos de los mayores. A continuación se organiza un corro formado por los padrinos y los demás circunstantes —inclusive los niños— y unos en pos de otros dan vueltas en torno a la fuente con sus velas encendidas a la altura de la cabeza. Mientras tanto los sacerdotes continuan entonando sus cánticos. Esta ceremonia dura alrededor de treinta minutos y una vez concluída los presentes se colocan al pie del estrado, frente al altar, (sin traspasar el iconostacio) para recibir allí reunidos la bendición. El bautizo ha llegado a su fin. Todos se persignan entonces a la usanza ortodoxa, esto es, juntando los dedos pulgar e índice y haciendo la

señal de la cruz sobre el pecho, y antes de marcharse se estrechan las manos.

Rashid que es amigo de los religiosos de este convento y pariente de un Obispo melquita, nos presenta a aquellos y obtiene que nos exhiban algunos ornamentos y objetos sagrados del culto. Mientras tanto él traduce las explicaciones que se nos hacen. El iconostacio es un amplio retablo de obscura madera cubierta de imágenes santas en cuyo centro hay una puerta que da acceso al altar. También hay otras dos laterales. Al recinto que existe detrás se puede penetrar por las laterales, nunca por la central, pero nosotros nos abstenemos de hacerlo por obvias razones. Las pinturas y tallas que ostenta el iconostacio son bizantinas y representan a Jesús y a su Santa Madre, a los Apóstoles y a otros personajes de la Escritura rodeados de profusas ornamentaciones en bajo-relieve. Entre estos personajes se destaca la imagen de San Elías, patrón del convento. Revestido de cortés gravedad, uno de los religiosos nos muestra un grueso volumen de pesadas cubiertas metálicas, con imágenes en relieve, y nos explica que su texto está en ruso y que cuenta ochenta años en el convento. Después de esto se nos conduce a un recinto ubicado en el piso alto en el que se entra a través de una puertecilla baja y estrecha, abierta en forma de túnel en el espesor del muro de piedra. Hemos penetrado en un mundo extraño y yo experimento una intensa emoción. Aunque la historia del cristianismo oriental no me es desconocida y aunque sus imágenes me son casi familiares a través de pinturas e ilustraciones, lo que miran en este momento mis ojos y palpan mis manos se me antoja impregnado de un misterioso influjo y de un confuso significado. En este pequeño recinto, en el que se conservan preciosas reliquias, se nos muestra una angosta urna de vidrio dentro de la cual yace la momia de un viejo Obispo fallecido hace ciento setenta y cinco años y conservado con todos sus paramentos; con su cráneo, sus manos y sus pies cubiertos aún por una reseca piel apergaminada. Lamento no recordar el nombre y virtudes de este prelado pero los religiosos que nos atienden afirman que su cadáver se momificó por si solo y que es milagroso; que ha hecho curaciones y otros prodigios.

La verdad es que estos monjes son muy amables. Satisfecha nuestra curiosidad, el superior nos invita a acompañarlo a su despacho, que es muy austero, y allí nos obsequia con café preparado a la turca, galletitas rellenas y cigarrillos.

Densas nieblas grisáceas flotan al otro lado de las ventanas y una luz aterciopelada anuncia el crepúsculo. Desde la terraza de este convento se

dominan las crestas lejanas, nevadas, y las lomas más próximas cuyos verdes perfiles comienzan a ennegrecerse. Es un espectáculo impresionante. Dulce, lenta, melancólica resuena una esquila. Nosotros regresamos a nuestro hotel con la mente llena de interrogantes.

La recepción o *party* de Skeff en el parque de un hotel de Brummana nos iba a poner en contacto con personajes de otra categoría y a permitirnos hallar nuevamente gentes que ya conocíamos desde nuestro país. Este fue, por ejemplo, el caso del señor José Assaf al que tuvimos oportunidad de tratar treinta años atrás en Cabimas. Casí resulta inútil decir que el caso de Assaf y el de Skeff son similares. Más tarde había de encontrarme también, en Beirut, con Camilo Richani con quien hice igualmente conocimiento en la región petrolera del Zulia en mis tiempos de magistrado municipal.

Sobre el pulido piso, bajo los árboles y entre los arbustos floridos se habían distribuido las mesas en torno a las cuales se congregaban hombres de empresa, banqueros y funcionarios junto con bellas damas trajeadas a la última moda europea. Una intensa iluminación desfloraba la noche estival y penetrantes aromas envolvían el ambiente. Lo que más poderosamente llamó mi atención fue la presencia de algunos prelados de los distintos cultos cristianos existentes en el país, (un maronita, un melquita, un jacobita) los que tocados còn sus ricas y coloridas vestes recibían el respetuoso homenaje de los presentes. La verdad es que nunca habia visto tantas y tan preciosas joyas exornando la gracia de las mujeres y la solemnidad de los pastores espirituales. Aderezos de brillantes y otras piedras preciosas rivalizaban con las cruces y los anillos episcopales deslumbrantes por su riqueza y suntuosidad.

La noche es hermosa. Comienza a hacer frío pero el champagne pone calor en nuestras arterias. Es elocuente, poético y filosófico, el champagne bajo las estrellas, en medio de tantas finas mujeres y en presencia de unos prelados rivales que fraternizan. Los costosos tocados, los insinuantes perfumes, las barbas rizadas, las cruces de oro consteladas de pedrerías llenan el ánimo de optimismo. El señor Assaf me habla con gentileza y me recuerda aquellos lejanos días de Cabimas llenos de juventud y confianza.

Entonces, igual que Skeff, él era comerciante en mercancías secas. Ahora es banquero, presidente de la Asociación de Libaneses Amigos de Venezuela. Con bondadosa espontaneidad que yo le agradezco se ofrece para organizar un acto especial, en un hotel de Beirut, a fin de que yo hable a sus compatriotas acerca de Venezuela. E inmediatamente se pone a hacer las invitaciones.

Esta abierta hospitalidad es común a todos los libaneses en su país. De ella recibí muchos testimonios. Son gentes atentas y serviciales que gozan al advertir la alegría reflejada en el rostro del extranjero.

V — RELIGION Y POLITICA

EL libanés es esencialmente un ser religioso. Lo son el intelectual, el comerciante, el banquero, el político, el artista, el hombre y la mujer del pueblo. Pero todos ellos son igualmente respetuosos de la libertad religiosa que es la raíz de la libertad de conciencia y del liberalismo político. Por esto en este país se da el caso, verdaderamente notable, de que siendo el de las religiones y cultos el más espinoso de los problemas sociales, sea su solución el más importante triunfo de la política del Estado. Chiha, a quien he citado como uno de los más penetrantes intérpretes del alma del Líbano, en sus obras y conferencias invoca frecuentemente el nombre de Dios. Crée, sin embargo en el hombre al que, con Bergson, considera un dios en potencia. *"Je crois simplement* —declara en *"Le Monde d'Aujourd' hui"*—, *je crois fermement et j'espére que vous croyez tous, que l'ame de chacun de nous est la création immédiate de Dieu. Plus que dans tout le reste de la création visible, la gloire de Dieu éclate en elle. Elle fait de l'homme ce qu'il est; un dieu en puissance; elle fait de lui l'image méme de Dieu. C'est elle qui explique et justifie ce que Bergson dit magnifiquement de la terre: une machine a fabriquer des dieux".* (1).

Ciertamente las más grandes civilizaciones antiguas, las orientales, han sido creaciones de valor religioso. Ello tiene su explicación en las circunstancias históticas y geográficas. Geografía de desiertos ardientes y alucinantes, el paisaje exalta la imaginación del hombre y suscita en él la idea de lo sobrenatural, de lo divino y de lo milagroso. Los oasis son paraisos. Los humanos hablan a Dios, a su dios, cuyo atributo fundamental es el prodigio y cuyo lenguaje es la magia; y se sienten transfigurados. Buscan la alianza de Dios y claman por sus poderes. En Oriente no hubiesen podido, como en Europa, surgir la ciencia y la técnica experimentales, mecanicistas, que son productos del razonamiento realista.

Para llegar al admirable equilibrio de hoy en las relaciones político-religiosas, el Líbano, descendiente directo de la antigua Fenicia, ha tenido que padecer seis mil años de vicisitudes terribles a lo largo de los cuales la

(1) Conferencia en el Cenáculo Libanés el 6 de noviembre de 1950, pág. 82-83.

geografía y la historia han elaborado una síntesis cuya expresión es la República actual estructurada sobre un heterogéneo cimiento étnico y sobre una explosiva red de creencias, de confesiones, de ritos. Desvanecido el gran espejismo de los mitos antiguos, es este uno de los primeros pueblos del Próximo Oriente que tiene noticia del advenimiento de Cristo y que hace contacto con él desde los mismos momentos en que inicia su predicación en las costas. En efecto, según San Mateo y San Marcos, el Salvador visitó las ciudades de Tiro y Sidón y dejó en ellas sembradas las semillas de su Evangelio. "Partido de aquí Jesús —dice el primero (Cap. XV. vers. 21 y sigts.)— retiróse hacia el país de Tiro y Sidón. Cuando he aquí que una mujer cananea, venida del territorio, empezó a dar voces diciendo: "Señor, Hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio". — Jesús no le respondió palabra. Y sus discípulos, acercándose, intercedían diciéndole: "Concédele lo que pide, a fin de que se vaya porque viene gritando tras nosotros". — A lo que Jesús respondiendo dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. — No obstante, ella se llegó y le adoró diciendo: "Señor, socórreme". — El cual le dio por respuesta: "No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros". — Más ella dijo: "Es verdad, Señor; pero los perritos comen *a lo menos* de las migajas que caen de la mesa de sus amos". — Entonces Jesús respondiendo le dice: "¡Oh mujer! grande es tu fe; hágase conforme tú lo deseas". Y en la hora misma su hija quedó curada". En cuanto a San Marcos (Cap. VII, vers. 24 y sigts.) refiere el mismo hecho de esta manera: "Partiendo de aquí, se dirigió hacia los confines de Tiro y Sidón, y habiendo entrado en una casa, deseaba que nadie supiese que estaba allí; más no pudo encubrirse; —porque luego que lo supo una mujer, cuya hija estaba poseida del espíritu inmundo, entró dentro, y se arrojó a sus piés. — Era esta mujer gentil, y sirofenicia de nación; y le suplicaba que lanzase de su hija al demonio. — Díjole Jesús: "Aguarda que primero se sacien los hijos; que no parece bien hecho el tomar el pan de los hijos para echarlo a los perros". — A lo que replicó ella, y le dijo: "Es verdad, Señor; pero a lo menos los cachorrillos comen debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos". — Díjole entonces Jesús: "Por eso que has dicho, vete, que ya el demonio salió de tu hija". — Y habiendo vuelto a su casa, halló a la muchacha reposando sobre la cama, y libre ya del demonio".

Fenicia fue pues de los primeros paises donde hubo comunidades cristianas. La de Tiro fue organizada por Pablo a su regreso de Grecia, con hombres, mujeres y niños en cuya compañía pasó una semana. Esto ocurrió cuando el apóstol hizo su postrera visita a Jerusalén, en el año 56 (Actas 21: 7). Para ese momento en San Juan de Acre existía ya un

grupo cristiano que también recibió al viajero, y en Sidón florecía otra comunidad que había sido fundada por el propio Pablo cuando dirigía sus pasos a Roma. Tiro, primera colonia cristiana en territorio del Líbano propiamente dicho, aparece a fines del siglo II como asiento de un Obispado. El historiador Hitti, quien trata extensamente de esta materia, afirma que en la cuarta centuria Beirut recibió la visita de apóstoles que volvían de Jerusalén hacia Antioquía y que ya la hoy capital libanesa poseía un Obispo; afirma igualmente que estudiantes fogosos patrocinaban sus estudios de derecho con el nombre de Cristo y que muchos de ellos sufrieron martirio bajo los emperadores Dioclesiano y Maximiano.

El conglomerado de pueblos a los que se da el nombre de maronitas recibe esta denominación de Marón (gran señor, en siriaco), un monje asceta que vivió a fines del siglo IV y murió alrededor del año 410 en las cercanías de Antioquía. Se dice que fue el fundador del ascetismo en aquella área geográfica, contemporáneo de otro insigne padre, San Juan Crisóstomo, de quien era íntimo amigo. Por razones no bien conocidas —probablemente querellas con la Iglesia griega cuyos centros eran Antioquía y Bizancio— los discípulos de Marón emigraron poco después de su muerte a Apamea (hoy Qalat el Madiq) a orillas del rio Orontes, donde erigieron un monasterio a la memoria de su maestro y de donde partieron luego hacia el Líbano llevando sus santas reliquias. Larga lucha iban a librar desde entonces con los Jacobitas, los que usaban también la liturgia siriaca y se hallaban en pleno incremento. El monasterio de San Marón quedó destruido a lo largo de aquellas luchas pero más tarde fue reconstruido por Justiniano, emperador de Bizancio, en el siglo VI. El emperador Heraclio, quien apadrinó la doctrina monotelista (una sola naturaleza en Cristo) lo visitó a comienzos del VII después de su victoria sobre los persas.

Hubo otro Marón —Juan Marón— que a fines del siglo VII aparece como el héroe y fundador de la nueva nación, la que tuvo su cuna en las vertientes de la Qadisha y bajo las copas de los cedros sagrados. Su patriarcado fue el primero que tuvo proyección nacional en la región libanesa. Fue Obispo de Batrun, en el Norte del Líbano. Después se asentó en Kafarhayn. Durante su régimen la comunidad maronita desenvolvió su autonomía tendiendo una mano al Islam y la otra a Bizancio. Cuando en 694 las tropas de Justiniano II destruyeron el monasterio de Orontes y atacaron a los maronitas del Líbano, éstos, conducidos por Juan Marón, se trasladaron a Amyún en donde fijaron su residencia. Desde entonces estos hijos de Cristo han desarrollado sus rasgos característicos como habitantes de la

montaña. Durante siglos, a partir del décimo quinto, Qannubin, en la sólida roca de la Qadisha, ha proporcionado un asiento al supremo pastor maronita quien todavía estila titularse Patriarca de Antioquía y del resto de Oriente.

A largas querellas entre las sectas cristianas de Oriente iban a dar lugar las distintas interpretaciones teológicas que se produjeron en los primeros tiempos del Cristianismo acerca de la naturaleza del Salvador (Monotelismo, Monofisismo y otras). Los maronitas serían acusados de herejes por su inclinación al monotelismo. Y la acusación sería tan tenaz que todavía en los tiempos de las Cruzadas, Guillermo de Tiro escribía lo siguiente: "La heregía de Marón y sus seguidores consistió en afirmar que en Nuestro Señor Jesucristo existió y existe desde el principio una sola voluntad y una sola energía". Posteriormente escritores libaneses han refutado al historiador medieval afirmando que éste había confundido a San Marón con otro personaje del mismo nombre que fue un monotelista de Edessa y que murió alrededor del año 580, mas en el fondo algo subsiste aún de aquellas sospechas.

En efecto, del apasionado fervor de las viejas pugnas habían de surgir las diversas doctrinas, corrientes y cultos que pululan aún en el Oriente cristiano: la de los Nestorianos (de Nestorio, Patriarca de Constantinopla) que propugnan el principio de que la persona divina y la humana del Salvador se unen en perfecta armonía en la acción, pero no en el individuo (1); la de los Jacobitas (de Jacobo Baradeus, Obispo de Edessa) que hoy prefieren la designación de ortodoxos o de antiguos sirios (2); la de los *Melkitas* (*Malakiyun*), rama de la Iglesia Siriaca que fue una comunión con fuerte impacto de la teología griega emanada del Concilio de Calcedonia; y otras. Los *melkitas* o griegos ortodoxos (*Rum Arthudhuks*) florecen hoy en El Kurat y El Metn y utilizan la liturgia de San Basilio revisada por San Juan Crisóstomo. Y hecho curioso: en época más reciente la designación de *Melkita* (*Rum Malaki*) ha servido también para denominar a aquellos que por haberse excluido del culto ortodoxo y afiliado a la

(1) Esta doctrina fue anatemizada en el Concilio de Efeso.

(2) Para comienzos del siglo VI el Monofisismo había penetrado en una amplia zona del Norte de Siria gracias a la actividad de Severo., Patriarca de Antioquía y graduado en la Academia de Beirut. Después de su primer nombre, la Iglesia Maronita fue llamada Jacobita aunque sus miembros prefieren, como queda dicho, la designación de Ortodoxos o de Sirios antiguos. (Hitti, p. 254).

Iglesia Romana (1724) son igualmente llamados Griegos Católicos (*Rum Kathulik*). El griego es todavía la lengua de su liturgía que es virtualmente la misma que usan los ortodoxos excepto en lo que concierne al Papa Romano. Su Patriarca mantiene una doble residencia en Egipto y en el país libanés en donde su centro más importante es Zalah, población de algo más de 30.000 habitantes. Para 1952 el censo de este país estimaba a los griegos ortodoxos en unos 130.858 y a los griegos católicos en 81.764 (1).

Frente a esta variada matización de la grey cristiana se erige, en el Líbano, la no menos matizada fe de los musulmanes. *Shiitas, mardaitas, sunnitas, musayris* y otras no menos complejas, son las denominaciones que estas sectas reciben y que suelen cambiar según las regiones que ocupen y conforme a otras circunstancias más complicadas. Entre ellas, una de las más importantes es la de los drusos cuyo nombre les viene de un misionero de origen persa, Muhammad Ibn-Ismail Al-Darazi, que fue confidente del sexto califa fatimita de El Cairo, Al-Hakim (996-1021). Tal es el variado esquema de los pueblos y las creencias en estas regiones. Desde su centro de origen en las montañas meridionales del Líbano, el drusismo se abre camino hacia el Norte y se extiende por las planicies y por las costas marítimas. Diferentes en algunos aspectos de las otras comunidades islámicas, los drusos practican la monogamia y celebran sus ceremonias vespertinas del jueves en recatados locales (*khalwahs*) erigidos en las cumbres de las colinas cercanas a sus poblados. Pero todas estas comunidades son muy activas no solo en su aspecto confesional sino en el campo social y en el de la política. Jacques Nantet, quien en su "Historia del Líbano" (2) ha hecho un estudio muy minucioso acerca de estas comunidades en su proporción demográfica, y en las proyecciones de su creciente influencia social, política y económica, ha llegado a conclusiones del mayor interés sobre el equilibrio interno de la nación libanesa y en torno a sus perspectivas para el futuro. "Hay en el Líbano —precisa este autor refiriéndose al año de 1955— el 28% de maronitas; el 9% de griegos ortodoxos; el 6% de melkitas; otro tanto de armenios (de los que el 80% son gregorianos y el 20% católicos) y los otros ritos cristianos que representan el 26% de la población total; 12.010 protestantes; 5.831 sirios católicos; 4.284 jacobitas; 3.892 latinos y 1.317 caldeos. Frente a los cristianos —prosigue— el Líbano cuenta con un 20% de sunnitas y la misma proporción de mé-

(1) Hitti, ibidem, p. 255.

(2) Traducción del francés por José Rial Vázquez y José Antonio Rial; edición patrocinada por el Sr. N. D. Dao.

tualis; 6% de drusos y 4% de elementos diversos que van desde los alauitas —de 3.440 a 4.000— a los sunnitas kurdos —de 1.000 a 2.000— y a los judíos: 5.920. El Líbano se encuentra de nuevo —concluye—, en 1955, dividido en dos grandes partes poco más o menos iguales: la de los católicos, ortodoxos y protestantes y la de los musulmanes y sus asimilados".

Pero lo más importante en la observación de Nantet estriba en que la natalidad entre los musulmanes es mayor que entre los cristianos y en que estos últimos se tornan cada día más atentos a la vida política y al desarrollo de la cultura. Por otra parte son los cristianos los que abastecen la emigración. Los musulmanes, que casi no emigran, "son gentes de ciudades y del litoral, de los que los principales bastiones están siempre en Trípoli —donde se elevan al 78% de los habitantes y controlan prácticamente la población— y subsidiariamente en Beirut (43%), Rachaya (28%) y Zahlé (24%)". "Se asiste por otra parte —añade Nantet— a una rápida emancipación de los musulmanes. Aquí se remarca, particularmente, la súbita transformación de la condición de las mujeres, después que adquieren el derecho al voto. La poligamia subsiste únicamente al fondo de los campos, en las más pobres familias sunnitas, donde las mujeres siguen enclaustradas. El velo, si respetado todavía en la primera mitad de este siglo, hoy no es llevado más que por un 3% de las musulmanas del Líbano.

General Fuad Chehab.

Mas si admirable es el equilibrio del Líbano en cuanto al complejo y movedizo escenario de su conformación religiosa, no lo es menos en cuanto a su estructura política. Prueba de esto es el armonioso y unánime acuerdo a que allí se ha llegado en la distribución de los Altos Poderes políticos en relación con las confesiones y según la importancia de éstas en su significación demográfica, cultural y económica. Aunque la Constitución Nacional no trate expresamente de ello, todas las fuerzas políticas están perfectamente acordadas para que el Presidente de la República sea un cristiano (preferentemente un maronita) y para que en la composición del Gobierno y del Parlamento estén equitativamente representadas todas las sectas de filiación musulmana. Pero esto no es todo: también las fuerzas armadas se rigen por este criterio. Para 1958, según Nantet, el ejército constaba de 9.000 hombres bien entrenados y disciplinados, de los cuales el 60% eran cristianos. El alto mando era enteramente cristiano así como el 75% de todos los grados. Su jefe de entonces, el General Chehab, iba a ser ese mismo año elegido Presidente en medio de una terrible crisis de proyección internacional desencadenada por la constitución de la República Arabe Unida.

De las alucinantes vicisitudes que el país libanés ha sufrido a lo largo de seis milenios, me ocuparé en la tercera parte de este trabajo consagrado a un resumen histórico. Por lo pronto señalaré que al correr de esa fantástica historia, el Líbano ha sido regido en la sucesión de los tiempos por monarcas y magistrados fenicios, por virreyes egipcios, por gobernadores asirios y babilonios, por sátrapas persas, por legados bizantinos y romanos, por señores francos, por walies árabes, por mutazarrifes otomanos, por emires supremos nativos, por gobernadores autónomos (bajo el dominio turco) y por altos comisarios franceses. En la actualidad, desde 1926 que es cuando se constituye la República democrática, lo es por sus presidentes de los que han desfilado ocho hasta este momento. He aquí las listas de los emires a partir de 1515, de los gobernadores autónomos de 1861 a 1915 y de los actuales gobernantes constitucionales, tal como nos las ofrece el historiador Nagib Dahdáh en su libro "Evolución Histórica del Líbano" (1):

(1) O. C., pág. 296. El mismo autor señala cómo de 1842 a 1861 el país no tuvo una autoridad central nacional y cómo de 1915 a mayo de 1926 careció de Constitución y de cualquier estatuto orgánico.

I.— Emires Maan

Fakhreddín I	1515
Cormacs	1545
Fakhreddín II el Grande	1585
Melhem	1634
Ahmed	1658

II.— Emires Chehab

Bechir I	1697
Haidar	1706
Melhem	1732
Ahmed y Mansur	1754
Mansur	1762
Yusef	1770
Bechir II el Grande	1778
Bechir III	1840-1841

III.— Gobernadores autónomos

Daúd-Bajá	1861
Franco Bajá	1868
Rustem Bajá	1873
Wasa-Bajá	1883
Naum-Bajá	1892
Muzafar-Bajá	1902
Yusef Franco-Bajá	1907
Ohanes-Bajá	1912-1915

IV.— Presidentes de la República

Charles Debbas	1926
Habib el-Saad	1934
Emile Eddé	1936
Alfred Naccach	1941
Bechara el-Khoury	1943
Camille Chamoun	1952
Fuad Chehab	1958
Charles Helou	1964

La República fue proclamada el 23 de mayo de 1926 y adoptó como emblema de su bandera (rojo-blanco-rojo) el cedro en verde colocado en el centro. Es uno de los primeros paises de Oriente que adopta el régimen republicano y cuya Constitución se inspira en los principios de la Revolución Francesa igual que las de las naciones americanas. Pero la independencia de que el nuevo Estado disfruta en aquellos momentos es nominal, pues aún ha de padecer la intervención extranjera. En noviembre de 1936 el Presidente Eddé y el Alto Comisario francés Damien de Martel firman un pacto de alianza por veinticinco años y la República obtiene la promesa de ser admitida en la Liga de las Naciones; sin embargo, las relaciones exteriores y el mando militar quedan bajo la jurisdicción del interventor extranjero. Las dificultades no han terminado. Tres años después, en septiembre de 1939, se da nueva marcha atrás cuando, al estallar la segunda guerra mundial, el representante de Francia proclama la ley marcial, suspende la Constitución, disuelve la Cámara de diputados y limita los poderes del Presidente (1).

En definitiva la independencia absoluta no llegará para el sufrido Estado del Líbano, hasta noviembre de 1941 cuando la Francia Libre, la de De Gaulle, suceda al régimen de Vichy y reemplace al Alto Comisario francés por un Delegado General de la misma nación. Este nuevo representante es Georges Catroux, comandante en jefe de las tropas francesas en el Levante, quien en nombre de su gobierno y de acuerdo con los ingleses proclama la emancipación libanesa y con ella la terminación del mandato. El 22 de noviembre de dicho año es la fecha que la joven República consagra a la conmemoración de su independencia. Siria celebra igual fasto el 27 de mayo.

Sugestivamente aleccionador es el proceso de la República libanesa en estos años llenos de conmociones. Con el retorno de la normalidad constitucional, el nuevo Estado manifiesta por medio de su Asamblea sus inclinaciones nacionalistas así como sus simpatías hacia el conglomerado del viejo Islam, y la Cámara elige a Bechara el-Khoury Presidente de la República, aprobando, a la vez, la designación de Riyad El-Sulh, reconocido pro árabe, para el cargo de primer ministro. Igualdad de todos ante la Ley, libertad

(1) Los Altos Comisarios durante el mandato francés fueron: 1.—Gral. Henri Gouraud (1919); 2.—Gral. Maxime Weygand (1923); 3.—Maurice Sarrail (1925); 4.—Henri de Jouvenel (1925); 5.—Henri Poinsot (1926); 6.—Damien de Martel (1933); 7.—Gabriel Puaux (1938)

individual, libertad de conciencia y por ende respeto de todas las confesiones; libertad de enseñanza y de consiguiente derecho de las diversas comunidades a mantener sus propias escuelas; accesibilidad de todos los ciudadanos a todos los cargos públicos sin otro motivo de preferencia que su mérito y competencia; libertad de expresar el pensamiento verbalmente o por escrito; libertad de prensa, de reunión y de asociación; inviolabilidad del domicilio y protección a la propiedad, tales son los derechos que garantiza la Ley Constitucional. En cuanto a los poderes de la Nación, ellos son: un Legislativo representado por una sola Cámara, la de Diputados; un Ejecutivo ejercido por el Presidente de la República con la asistencia de sus ministros, y un Poder Judicial constituido conforme a un estatuto orgánico.

Todo en esta Constitución está concebido para asegurar y favorecer el desarrollo de la vida económica y financiera, y el incremento de la cultura comienza a desenvolverse dentro de un marco de la mayor liberalidad porque la experiencia ha demostrado a los libaneses que solo el ejercicio del albedrío crea en el hombre confianza e iniciativa. Principalmente en el movimiento de las finanzas, en el estatuto bancario que es la columna más firme de la prosperidad del país, este liberalismo se ve protegido con celo particular. Igual cosa puede decirse acerca de las relaciones internacionales en las que el libanés ha desplegado un tacto y una elasticidad ejemplares. Y es gracias a esta elasticidad que el país puede sortear los peligros que aún le acechan por todas partes y que no tardarán en manifestarse como consecuencia de la actitud de Nasser en la dramática incubación de la R.A.U. (Unión de Repúblicas Arabes).

El proceso de esa gravísima crisis tiene su origen en 1945 cuando se forma la Liga Arabe, (unión de las repúblicas siria y libanesa, del príncipe de Transjordania y de los reyes de Irak, de Arabia Saudita, de Egipto y del Yemen) con el objeto de fortalecer sus relaciones, así como de procurar "la coordinación de su acción política con el fin de realizar una colaboración entre ellos, salvaguardar su independencia y su soberanía y tratar, de una manera general, de los problemas relativos a los países árabes y a sus

intereses "(1). Mas algún tiempo después se produce en Egipto la revolución militar que derriba al rey y Nasser, quien domina la situación, inicia una política mesianista en la que se esboza, como en el caso de Mussolini en Italia, el ideal de una resurrección imperial.

Esta crisis que afecta al Líbano de manera preponderante, ya que pone a prueba su vocación democrática, su constitución liberal y sus inclinaciones pro-occidentales, va a tener momentos de grave peligro y su culminación se producirá en 1958 cuando agitadas las masas —principalmente las de filiación musulmana— estalle una violenta explosión popular con caracteres de guerra civil. El acontecimiento que precipita este maremagnum es la creación de la República Arabe con la fusión del Egipto y la Siria y el llamado que hace el Coronel Nasser a todos los árabes para que se unan en causa común contra el imperialismo del Occidente. Nantet describe estos hechos con estilo patético: "Gentes de las ciudades y de los campos, particularmente musulmanes, lo han abandonado todo para apretujarse bajo el sol de la República Arabe Unida, y aportar su homenaje a su dirigente". (O.c. pág. 299). Allí están presentes, en actividad convergente, el sentimiento de raza y el religioso. Los pro-nasseristas se arman, se organizan y se lanzan a la batalla. Beirut se estremece. La Montaña se eriza de fusiles y metralletas. Se declara la huelga general indefinida y los diversos partidos toman sus posiciones según sus doctrinas y sus intereses políticos. ¿Qué representan estos partidos? Ellos son numerosos pero de importancia muy relativa, igual que en la Venezuela de nuestros días: el Socialista Proletario, el *Hindchak*, el *Ramgavarse*, el Frente Nacional, el Progresista Socialista, Unión Nacional, el P. P. S. y otros. Rachid Karamé, musulmán, aparece como el líder rebelde más importante y como el más peligroso por la posición que ha tomado en las alturas que dominan a Trípoli. Mientras tanto el Presidente Chamoun se maneja con decisión respaldado por el General Chehab quien al frente del ejército regular adopta una actitud firme aunque discreta. Pero llega un momento en que la situación se complica a tal punto que los Estados Unidos envían una flota de guerra

(1) Véase Dahdáh: o.c., pág. 300. Chiha, por su parte, proclama y encarece la necesidad de que Egipto, Siria y Líbano se identifiquen con Occidente obedeciendo así a su destino en el Mediterráneo. "En el presente —escribe— este porvenir se deduce de la solidaridad mediterránea desde que la velocidad ha reducido a tan poco las dimensiones de este mar". "Nuestros votos —dice más adelante— acompañan al Occidente que nace porque él no puede ser extraño a ninguna de las civilizaciones de la cuenca mediterránea". (O.c. Conferencia intitulada "Le Monde d'aujourdui", pág. 103).

y sus *marines* ocupan Beirut y otras poblaciones. El conflicto alcanza entonces una gran resonancia internacional ya que, como señala Nantet, los árabes localmente contrapuestos "están además polarizados por las dos grandes corrientes que atraviesan el mundo. De un lado está la Federación Arabe de Bagdad y de Amman; del otro la R.A.U. de El Cairo y en el escalón de las potencias atómicas, los Estados Unidos y la U.R.S.S.". Por fortuna todo se arreglará al fin armoniosamente pues tanto los rebeldes como el gobierno advierten la tragedia que ronda al pais y se avienen a un entendimiento. Rachid Karamé, el terrible líder rebelde, aparece ahora como el más moderado de todos y se convierte en la solución del problema. Será el Jefe del Ministerio.

De esta situación aparentemente desesperada surge el Emir general Chehab aureolado por un inmenso prestigio. Su ponderación ha salvado al Líbano y gracias a él se han podido restablecer todos los equilibrios: el religioso, el político, el económico. El general se ha ganado la Presidencia de la República para el período de 1958 a 1964. Pero, señala Nantet, el Líbano debe igualmente normalizar sus relaciones con su vecino del mundo Arabe, el coronel Nasser, y con este propósito el Presidente Chehab hace retirar de la O.N.U. la demanda que su país había formulado contra la R.A.U.

He aludido más de una vez, al correr de estas líneas, a las similitudes que he podido observar entre el carácter del libanés y el del venezolano. El igualitarismo, el vehemente amor a la libertad, la vivacidad en el trato, la inclinación a la rebeldía y al tumulto, la demagogia, establecen entre el uno y el otro semejanzas impresionantes. Mas ¿se habría resuelto en nuestro país una crisis política como la que enfrentó el Líbano en 1958, por las mismas vías de conciliación y de cálculo reflexivo? (1). "Este período de la historia del Líbano —escribe Nantet— ha provisto por si solo de más enseñanzas que ningún otro. Solicitados de todas partes, los libaneses han rehusado la tentación y el Pacto Nacional no se ha denunciado. La lucha ha sido áspera, entre los que querían dirigir el barco del Estado hacia el horizonte y los que intentaban emprender otra ruta; pero ninguno ha intentado, ni por un instante, hacerlo zozobrar".

---

(1) Precisamente en los días de mi visita al Líbano, se celebraba en Túnez una agitada asamblea de los jefes de estado del mundo árabe y entre éstos se hallaba el Presidente Mr. Helou. Las sesiones fueron agitadas y en ellas se alzó la voz de Burghiba como una trompeta antenasserista. La actitud del gobernante libanés fue, en cambio, discreta.

Como ejemplo de la similitud que acabo de señalar he de referirme aún a otras características de la vida política sobre las que han acentuado su apreciación no pocos sociólogos libaneses. Una de ellas es la del carácter presidencialista del pueblo, heredado posiblemente de una vieja tradición de gobiernos feudales y de despotismos extraños; la otra es la de la multiplicidad y superficialidad de los partidos políticos. No obstante la vocación libertaria puesta de manifiesto en las frecuentes crisis políticas libanesas, no es la Constitución, no son las instituciones ni es el prestigio de los poderes que forman el trípode liberal del Estado lo que allí une a la masa social alrededor de la estructura republicana, sino el Presidente, cuya autoridad es tan poderosa como la de un monarca absoluto. Esto nos recuerda a Bolívar en sus incesantes invocaciones ejecutivistas. Refiriéndose al nuevo estilo político impuesto por el auge del *chehabismo*. Georges Naccache, otro notable ensayista, cita una frase que pone en labios de uno de los más orgullosos políticos libaneses durante la crisis de 1958: *"Si la Constitution vous gene, Monsieur le Président, déchirez la Constitution"*. (Si la Constitución os embaraza, Señor Presidente, rasgad la Constitución); frases que recuerdan las que dijo Diego Bautista Urbaneja al general José Tadeo Monagas en el trance de 1848: "La Constitución sirve para todo, general".

Ante la contundencia de algunos párrafos de Naccache (1), yo me pregunto si habrá leído ciertas conclusiones de nuestro Libertador en su discurso de Angostura y en su defensa de la *Constitución Boliviana*. Pero no: el escritor libanés no se refiere a Bolívar sino a un libro de Amaury de Riencourt, "The coming Cesars", a cuyo propósito dice: "Permitidme aseguraros aquí de nuevo: el chehabismo no es un cesarismo... y aquello que es cierto en la evolución de algunas democracias occidentales no puede aplicarse de la misma manera a la realidad libanesa; esto lo veremos muy pronto". Desde luego, acerca del término Cesarismo es necesario entenderse. Riencourt nos lo recuerda: no se debe confundir Cesarismo con Tiranía. La dictadura no es un accidente histórico. No es un régimen de violencia hecha al pueblo. No es la toma del poder por un aventurero que gobierna mediante un perpetuo terror. *Es, por el contrario, la culminación de una lenta e inconsciente evolución al término de la cual los pueblos libres abandonan voluntariamente su libertad entre las manos de un jefe"*. En suma,

(1) V. su conferencia "Un Nouveau Style: le Chehabisme", en el Cenáculo Libanés, 14 de noviembre de 1960.

—añade—, no es César el cesarista; lo es el pueblo que lo hace César a su pesar". A este fenómeno social lo denomina Riencourt el *Complejo del padre.*

Y por este camino llegamos también a la explicación del fenómeno de los partidos políticos. En su novela "Moi, Miss Esther et Co. S.A.L.", Amal Saber pone en boca de uno de sus protagonistas estas palabras llenas de ironía y amargo humor: "En el Líbano, sobre un millón y medio, más o menos, de habitantes, existe una veintena de partidos políticos, y como todo libanés que se respeta, cada uno de nosotros pertenece a un partido; todo depende de los servicios prestados, del dinero pagado y a veces del azar de los principios". Y más adelante: "El Gobierno está dispuesto a pagar, a pagar, pero no ganará porque el pueblo está con la oposición que vota oficialmente por tal candidato pero que en realidad apoya dos tipos de Gobierno. Ese candidato que sale ciento por ciento del Gobierno apoya en realidad a la oposición en tanto que el líder de la oposición ha hecho un acuerdo con el líder del Gobierno". Esto, aunque parezca un rompecabeza, tiene en el fondo un sentido o si se prefiere un contrasentido que nos recuerda recientes ocurrencias de Venezuela: el Gobierno paga y una parte de la oposición pacta y gobierna con él. Pero cuando las elecciones se acercan la oposición rompe ostensiblemente este pacto y vuelve a ser oposición para luego recomenzar el mismo juego de engañifas y subterfugios. Hedionda farsa ésta por la que se desacredita la democracia política y se consolida el complejo del padre.

Al biconfesionalismo de su país atribuye Naccache la escasa profundidad nacional de los partidos del Líbano, lo que conduce forzosamente a la autoridad de una sola persona. En Venezuela hay que atribuirlo a otras causas, pero en el fondo los resultados son similares. "Por razones diferentes —expresa Naccache, apoyado en Riencourt— pero con un sincronismo terriblemente impresionante, todas las democracias, las grandes como las chicas, se dirigen de más en más hacia la personalización del poder".

Con todo, la conclusión del sociólogo libanés no es pesimista. "Mientras tanto —dice— y para decidir este primer punto referente a si esta democracia libanesa, reaccionaria, sumisa a las viejas feudalidades ligadas, ellas mismas, a las potencias del dinero, es realmente una democracia, os propongo que convengamos en esto: *si la democracia, más que un sistema institucional es un estado de espíritu, una cierta forma de relación entre los ciudadanos, una participación directa del pueblo en la vida pública;* si ella se funda en fin, sobre el respeto del Estado a la libre opinión y a la libre empresa, yo os digo que sí, que el Líbano es una democracia".

Como se ve, la semejanza con Venezuela es impresionante. Empero los procedimientos y proyecciones son diferentes. La Historia, deidad todopoderosa, en los momentos cruciales suele dictar soluciones distintas. He aquí un ejemplo: la última crisis del Líbano —1960— fue resuelta por el Presidente Chehab con un simple gesto: el de su renuncia. La nación se estremeció hasta sus cimientos. Hubo manifestaciones masivas y en las pancartas del pueblo se leyeron frases como estas: "Dios, el Líbano y el General". Y de esta manera tan simple se logró poner fin a las querellas y divisiones políticas. Los parlamentarios, unificados, acudieron a respaldar a Chehab quien, terminado su período de gobierno, entregó el poder a su sucesor en 1964.

Durante nuestra permanencia en Beirut tuve oportunidad de visitar el edificio del Parlamento y de platicar por algunos momentos con un diputado, joven clérigo maronita que ha estado en Caracas y que se manifiesta bien enterado de los vaivenes de nuestra política. Inteligente, activo, expresándose fluidamente en francés, este persuasivo cura-político nos habló de un montón de cosas interesantes y entre ellas de las que en nuestros días suelen llamarse las estructuras. Ello contribuyó a fijar mi criterio y me puso incluso, en capacidad de abordar a otros personajes notables. La política, al fin y al cabo, no es otra cosa que un medio para mantener firmes —aunque flexibles— las estructuras.

¿Cuántas son las direcciones y formas posibles de la política? De una de ellas, y no de las menos sugestivas y divertidas, me hablaría un amable diplómatico líbano-venezolano a quien por lo visto no le resultaron ingratas, aunque sí costosas, sus experiencias en el brillante y bullente escenario de los *affaires* internacionales. Si en alguna parte del mundo son activos estos *affaires* es en el Líbano y particularmente en Beirut. Intrigas, espionaje, soborno de funcionarios y de periódicos y un comercio sexual de intensas y complicadas proyecciones políticas, se dan allí como en otros paises, mas en Beirut presentan características especiales por los peculiares factores que entran en juego: el clima sensual del pais, la exótica belleza de las mujeres, la cuantía de los intereses en pugna y la esplendidez financiera de los protagonistas, pero sobre todo el acento oriental con cuanto hay en él de misterio, de sutileza y de insospechados peligros. Yo, lo confieso, no tuve

ocasión, ni motivos, ni medios para aproximarme a ese mundo, pero mis lecturas e indagaciones me han proporcionado suficientes elementos de juicio para redondear una visión panorámica del fenómeno. Bastaría leer la novela de Pierre Benoit, "La Castellana del Líbano", para formarse un criterio cabal de esta dimensión de la política libanesa. Escrita con un evidente sentido simbólico, en esta novela se asiste a uno como emotivo desdoblamiento del famoso caso de Lady Hester Stanhope del que tendré oportunidad de ocuparme más adelante.

VI — EL DIAPASON ECONOMICO

SEGURAMENTE uno de los aspectos de mayor trascendencia de la dinámica libanesa es el económico. Más que en otro cualquiera, en este plano se puede advertir la transformación que se viene operando en ese país como producto del cambio de las perspectivas mentales en concordancia con las ideas y con el ritmo avasallador de la coexistencia internacional.

Cuando se habla de un Líbano nuevo, distinto al que pudo sobrevivir a tantes vicisitudes históricas, no se está haciendo una mera imagen retórica. Existe en realidad ese nuevo país y su existencia se puede palpar en su integridad específica. Evidentemente no es posible negar que en la base de esta transformación sigue palpitando el ancestro fenicio con sus fundamentales valores históricos y geográficos, más es así mismo evidente que sobre esos ancestrales valores se han insertado otros, modernos, que son en la actualidad los que rigen la vida social y los que orientan las relaciones de la nación con el mundo exterior.

Casi todos los sociólogos libaneses se manifiestan contestes en que la cualidad distintiva de sus compatriotas es el individualismo y que es esta condición la que explica la resistencia del libanés a la colectivización técnica del trabajo y su inclinación al comercio y a la especulación financiera. Sin embargo esta concepción ha cambiado mucho en los últimos tiempos. Si esa fue, en efecto, la regla hasta comienzos del siglo XX, a partir de la primera gran guerra mundial la conducta del libanés se ha modificado profundamente.

Como observa Chiha, los recursos financieros del Líbano proceden todavía en sus siete octavas partes del exterior, hecho que tiene su origen en la morfología del país y en las características de su producción natural. Los libaneses son sinceros y francos al hablar de estas cosas. "Desde hace 6.000 años —declara una publicación oficial— la población que habita el suelo donde se ha instaurado el Estado del Líbano vive del comercio. Ella se ha convertido en maestra de este arte. Un europeo no puede menos que sorprenderse ante este pueblo que sabe convertir en dinero toda madera (*faire argent de tout bois*). Pero nada tiene de extraño el que los libane-

ses hayan sabido explotar sus ventajas. Ciertos vecinos del Líbano —continúa la misma publicación— producen petróleo y una parte de sus ganancias afluye directa o indirectamente a Beirut. El estudio del turismo permite entender por qué los príncipes del Golfo Pérsico vienen al Líbano. Bástenos saber que en sus innumerables cortejos los emires traen una parte de sus incalculables fortunas. Hace quince años esos multimillonarios conocían poco el valor del dinero y hacían depósitos considerables sin reclamar intereses mayores. El formidable impulso financiero de Beirut se ha desarrollado en gran parte gracias a ellos. Los emires se han relacionado después con Génova, Londres y Nueva York y han vuelto aquí conscientes de un cierto número de realidades que les han hecho más exigentes".

"El principio fundamental del funcionamiento de los bancos —prosigue esta revelatoria publicación libanesa— consiste en trabajar con el dinero de otros. El Líbano ha sabido atraer y conservar el dinero de sus emigrados los que alcanzan a millón y medio y se encuentran distribuidos sobre todo en Africa y en Sudamérica. Estos últimos han aprovechado el gran desenvolvimiento de la industria y del comercio mundiales desde 1945 y es en esos paises (*leur pays*), aunque a menudo no sean nativos de ellos, en donde han invertido sus economías" (1).

Beirut es el gran laboratorio de esta actividad financiera, igual que lo es de la vida política, cultural y social. Es el mágico centro de la atracción multitudinaria y el dinámico pórtico del comercio entre el Oriente y el Occidente. Cientos de buques atracan en su moderno puerto y miles de aviones entran y salen todos los días de su aeródromo. Evocador, miliunanochesco, un desfile constante de caravanas cruza los ardientes desiertos cargadas de todas las riquezas de Persia, de Arabia, de la India y de la China lejanas, al mismo tiempo que los aviones particulares, los cádillacs de oro y los piafantes caballos de raza conducen a los príncipes orientales para cambiar sus lamparas milagrosas por niqueladas linternas eléctricas.

Y en Beirut, como es lógico, se encuentra instalada la complicada roboteria occidental (las electrónicas *Ibeemes*, las emisoras de radio y las células fotoeléctricas) que moviliza esa enorme riqueza. Es allí donde fun-

(1) "L'Economie Rurale", No. 5, mayo de 1965, pág. 16.

cionan los grandes y pequeños institutos bancarios con sus hilos tendidos hacia todos los países del globo terráqueo. "Plaza financiera entre el Extremo Oriente, Africa, Europa y América —escribe Nantet—, Beirut se convierte en una verdadera placa giratoria, donde se concentran los mercaderes del mundo entero, y cuyo aeródromo internacional de Khaldé recibe cada año 38.000 aviones correos y 1.300.000 viajeros. La renta anual de los libaneses se dobla en seis años pasando de 120 a 250 dólares (per cápita, desde luego); y es patente que esta progresión media se produce más aún en provecho de la comunidad musulmana tomada globalmente".

En el Líbano —explica a su vez la revista *Liban,* No. 7, octubre de 1962— los bancos comerciales están divididos en tres clases: 1°) Los de primera categoría, cuya garantía es aprobada por el Estado y cuyo número es de 58... 2°) Los de segunda categoría, cuya garantía no fue aprobada por el Gobierno por no poseer las condiciones que establece la Ley... y 3°) Las casas especializadas en el descuento de pagarés comerciales, etc. La legislación financiera está allí concebida para favorecer el desarrollo bancario. Es una legislación liberal cuyo objeto es proteger al depositante mediante una completa libertad y una absoluta reserva. A estos efectos el control de cambios fue abolido en 1948 y el secreto bancario instaurado en 1956. Los resultados de esta política han sido satisfactorios. Las garantías en oro, que en 1962 representaban el 55%, hoy se mantienen por encima del 90%. El poder adquisitivo de la libra libanesa ha ido también en aumento: en 1951 un dólar representaba 3,73 libras (o liras, como suelen llamarla también); en 1962 la equivalencia era de 3 libras. "Esta estabilidad de la divisa libanesa —dice la revista *Líbano* (edición española) en su No. 3, Pág. 16— acompañada de una libertad absoluta en los cambios y reforzada por las transacciones financieras internacionales, ha favorecido el desarrollo de una importante cadena bancaria que tiene sus ramificaciones en todos los continentes. Dicha cadena goza del favor de los capitalistas. El Líbano cuenta actualmente (1963) con 60 bancos autorizados y amparados por el Estado. Entre estos figuran sucursales de los más grandes establecimientos americanos, ingleses, franceses y holandeses. La actividad de algunos bancos libaneses se ha extendido notablemente, no solo en el mundo árabe y en Africa, sino en todos los continentes".

En 1966, o sea en los mismos días en que se escribían estas líneas, el Líbano fue sacudido por un extraordinario acontecimiento: la quiebra del Intra Bank, uno de esos colosos de las finanzas cuya creación tiene mucho de cuento árabe. ¿Quién es ese misterioso señor Joussef Beidas fundador del emporio del Intra Bank? Un mago oriental que desde la extrema pobreza

alcanza la cumbre de la opulencia y que luego, por un contra golpe de la fortuna, se ve nuevamente pobre. Si hemos de buscar una moraleja a este caso sensacional tendremos que pensar en los cuentos que la imaginativa Zobeida contaba al sultán para salvar su existencia. Pero la vida moderna, la de las *Ibeemes* y las células fotoeléctricas, es fecunda también en enseñanzas de esta naturaleza. He aquí como describió la revista "Candide", de París, las instalaciones del Intra Bank en la capital libanesa: "La casa matriz en la calle Abdel-Aziz, en Beirut, es el arquetipo de esta arquitectura funcional: diez pisos, de los cuales tres subterráneos. En el séptimo está la sala de conferencias, en el sexto los escritorios de Beidas y los salones de recepción, en el quinto la contabilidad central y la calculadora electrónica; en el cuarto el control general y la dirección de personal; en el tercero la dirección de las sucursales árabes y africanas; en el segundo la dirección de las sucursales libanesas y jordanas; en el primero el servicio de banco propiamente dicho; en el primer subsuelo los garages; en el segundo una imprenta, y en el tercero las cajas fuertes y las cajas privadas". Con todo, la magia de Beidas falló en determinado momento y su fabuloso artilugio quedó deshecho. Beidas —dice "Candide"— molestaba a unos y a otros; era vulnerable por sus métodos y por las fuentes de sus capitales. Se encuentra hoy en la trampa: todos sus amigos creen que de esta no escapará sin ser antes destrozado". Hasta sus hijos, a los que no pudo preparar para esta *débacle,* estarán contra él. ¿Cómo podrán adaptarse a las consecuencias de la caída del mago?

En la economía libanesa la agricultura ocupa un segundo plano; luego figura una industria incipiente que hasta época no lejana se resentía de los negativos efectos del ya señalado individualismo. Más este panorama ha cambiado. El contacto cada vez más estrecho con las irresistibles corrientes sociales, científicas y tecnológicas que emanan del Occidente moderno, ha impuesto a aquel pais oriental un ritmo distinto hacia el cual el Estado se siente impelido por una juventud enérgica y culta, ávida de una nueva experiencia.

El presupuesto de ingresos y gastos públicos alcanzó en 1964 a 490 millones de libras libanesas, y entonces se calculó que, mediante un ascenso constante, en 1967 sería de 580 millones y de 630 millones en 1968. Para un país habitado por alrededor de dos millones de seres humanos, la

cifra es sin duda cuantiosa. Pero lo que me parece realmente loable es que este presupuesto se aplica técnicamente a obras de creación económica y al desarrollo de una cultura moderna. El país está concebido como una empresa y los gastos presupuestarios representan una inversión (v. "the bulletin", págs. 17 y 18). Dos de las columnas de ingresos de mayor consideración las proporcionan el petróleo y el turismo.

Trípoli y Sidón, viejas e ilustres ciudades del litoral, son los centros de la actividad petrolera del Líbano la cual consiste no en la producción del aceite, sino en su transporte y refinación. Las primeras instalaciones se hicieron en Trípoli durante la época del mandato francés pero los verdaderos proventos no los percibió la República hasta algunos años después, esto es, hasta fines de 1950 cuando comenzó a funcionar la Trans-Arabian Pipe Line (Tapline). Treinta y ocho por ciento del producto de la Arabian American Oil Company (Aramco) fue entonces bombeado a través del desierto, desde el Golfo Pérsico, para ser transportado en buques cisternas hasta las costas de Europa. En febrero de 1955 una nueva refinería fue abierta al Sur de Sidón por una compañía afiliada a la Caltex de Texas y la anciana ciudad fenicia despertó de su sueño de siglos para conocer una nueva existencia.

En cuanto al turismo baste decir que cientos de miles de viajeros de todas las procedencias recorren el país durante las cuatro estaciones del año, para imaginar la cuantía del beneficio económico que reporta esta rama de los ingresos. Atraídos por las bellezas de los paisajes y por el prestigio de las históricas ruinas, esos viajeros, bien provistos de dólares, son además compradores de joyas, de telas exóticas, de ricas alfombras y, lo que es aún más significativo, de excitaciones sensuales. Los lujosos *night clubs* de Beirut, pululantes de hermosas mujeres, y el gran Casino de Maameltain, rival del de Monte Carlo, a ellos están dedicados. Igualmente los festivales de Baalbek en los que se hace un maravilloso despliegue de colorido con la reposición de obras clásicas, de grandes óperas líricas y de feéricas revistas folklóricas.

El esfuerzo que actualmente realiza la República libanesa para desarrollar la economía nacional en todas sus faces, comprende principalmente la agricultura y la industria. En 1951 se hizo un acuerdo con el gobierno de los Estados Unidos para recibir enseñanza y asesoramiento técnicos en el

desarrollo de un programa rural, y con este propósito se creó un Consejo de Desarrollo que comprendía todo lo referente a la agricultura, irrigación, mejoramiento de la vida del campesino, construcción de viviendas, educación e industrialización de los productos del suelo. Mientras tanto un corajudo programa de obras públicas ampliaba los puertos de Beirut y de Trípoli y multiplicaba las vías interiores. Obra fundamental para ese vasto programa fue el aprovechamiento del rio Litani cuyas fuentes se utilizaron para la electrificación industrial. Y como al mismo tiempo se legislaba en sentido social, previsiones antes desconocidas en el país fueron puestas en marcha, tales como el horario de ocho horas para el día de trabajo, la protección de la maternidad, los seguros de enfermedad y de retiro, la prohibición de emplear en labores de cualquier género a los niños menores de trece años, la higienización de los lugares de trabajo, el seguro para desempleados, la fundación de orfanatos, etc. Todo esto requirió desde entonces la fundación de un nuevo despacho ministerial: el de Asistencia Social. Pero no había de parar allí esta corriente renovadora. La penetración cada vez más intensa de las concepciones occidentales en los campos de la técnica, de las ciencias y de la política tendrían que traer también, paralelamente, otra correlativa encaminada a la defensa de los obreros. Y fue así como surgieron los sindicatos, se legisló sobre el derecho de huelga y se crearon otros mecanismos análogos. El partido comunista quedó fuera de la ley pero esto no había de impedir el que se difundiesen las ideas socialistas por medio de los partidos y de sus órganos. En 1952 se produjeron manifestaciones de tal violencia que el Presidente de la República, Bechara el-Khoury, tuvo que renunciar para ser sustituido por Camilo Chamoun, abogado maronita educado en Francia que había sido ministro de finanzas y del interior y representante de su país en Estados Unidos.

Desde luego la creación más interesante fue la del llamado *Plan Verde* cuya vigencia tuvo comienzo en 1963. Trescientos millones de libras libanesas fueron aplicadas a esta gestión, con la que entró a colaborar desde aquel momento la Organización de las Naciones Unidas mediante una asignación de 900.000 dólares. Un intensivo programa de reforestación del país y un incremento de la fruticultura fueron las primeras medidas tomadas en este camino. Para ese momento la población libanesa aumentaba en un 2,3% y su cifra llegaba a 1.750.000 habitantes de los cuales el 50% eran menores de veinte años y el 43% oscilaba entre los veintiuno y los sesenta años. ¿Cómo se distribuía esta población con respecto a la propiedad de la tierra? Esta se repartía en 276.766 parcelas correspondientes a un 70% de todo el campesinado. En cuanto a la índole de los cultivos, la distribución era la siguiente:

Cítricos, bananos y nísperos	12.070	hectáreas
Manzanos	11.050	"
Vergeles de regadío	8.775	"
Olivares	27.265	"
Viñedos	24.605	"
Vergeles de secano	12.555	'
Tabacos	4.005	"
Legumbres	51.659	"
Cereales y barbechos	185.696	"
Bosques	86.189	"

El principal fruto de exportación en la actualidad, la manzana, ofrecía entonces una producción casi nula, pero desde 1954 alcanzó tal impulso que en ese mismo año llegó a 16.720 toneladas. Los cálculos que se han hecho posteriormente permiten suponer que para 1970 habrá ascendido a 178.000 toneladas.

Los cítricos son los que se producen en mayor cantidad: 180.000 toneladas para 1963. De esta producción y la de manzana los paises árabes consumen entre el 80 y el 90%. El resto se exporta a la Europa oriental. Para resolver el difícil problema del transporte, el Gobierno ha creado una compañía mixta de navegación dotada de barcos frigoríficos. Los depósitos existentes en el país tienen capacidad para más de cinco millones de cajas de dichas frutas. Si se considera que el porcentaje de pudrimiento se ha reducido del 20 y el 16 al 2 por ciento, necesario es reconocer que en este particular se ha batido un verdadero record.

Manufacturas textiles —algodón, lana, seda—; cementos, curtido de pieles, refinación de petróleo, productos alimenticios, furnituras de madera, alcohol, jabones y fósforos, tales son las industrias que el Estado trata de estimular en estos momentos. De ellas la de productos alimenticios ocupa el primer lugar con casi un millar de empresas que dan trabajo a 8.000 obreros y que representan una inversión de casi 120.000.000 de libras libanesas. La de madera ha invertido alrededor de 27 millones en 230 fábricas que ocupan unos 3.400 obreros. En compañía del señor Dao tuve oportunidad de visitar una de estas instalaciones, propiedad de miembros de su familia, y de admirar la calidad del trabajo principalmente en la construcción de muebles selectos ejecutados conforme a modelos árabes, ingleses y franceses. En esta fábrica se han construido los muebles para los más elegantes hoteles de la millonaria Beirut.

¿Qué hace el Estado del Líbano para impulsar la industrialización? Ante todo reducir los impuestos y ofrecer condiciones liberalísimas al inversionista. Los dividendos e intereses son gravados con el 10% pero de tales gravámenes quedan eximidas durante seis años todas las nuevas empresas que tengan un capital invertido de más de un millón de libras libanesas (unos 330.000 dólares) y que paguen salarios anuales, a obreros libaneses, por más de 100.000 L.L. Además de eso se conceden a dichas empresas exoneraciones sobre determinadas materias que sea necesario importar. El impuesto sobre la renta alcanza a un máximo de 15% para las compañías industriales.

Tal es la realidad actual de ese pequeño pero esforzado país interesado en diversificar su complejo económico y en aproximarse cada vez más a la vida del Occidente. "El Líbano —explica una revista que ya hemos citado— desde el advenimiento de su independencia, está empeñado en desarrollarse. Dos fases se pueden distinguir en este proceso: un primer período que arranca de 1943 hasta 1959 y que fue en general caracterizado por el desenvolvimiento del sector comercial y bancario y de todo lo relacionado con el comercio, y un segundo período que data desde 1959 en el que todos los esfuerzos han sido sumados para mejorar el equilibrio económico y desarrollar el sector industrial susceptible de amplia expansión" (1).

(1) **Revista Líbano**, No. 3, Pág. 15. —

VII — LA CULTURA LIBANESA Y SUS MEDIOS

MEDIODIA de septiembre. Beirut proyecta reflejos dorados sobre la turquesa del Mediterráneo y nosotros, ávidos de indagaciones pretéritas, nos dirigimos al Museo Nacional. Partimos de la Plaza de los Cañones (o de los Mártires) y enfilamos la Calle de Damasco; poco después pasamos frente a la Universidad San Jose (*Khouillet Mar Youssef*) y al Liceo de la Misión Laica y vamos a detenernos en la intersección de la Calle Damasco y de la Avenida Fouad I° en donde se alza, en medio de un pequeño parque arbolado, una columnata romana descubierta en las inmediaciones del edificio del Parlamento.

Una de las cosas que atraen inmediatamente nuestra atención en el Museo Nacional es un panel en el que se ven, incrustados en una arcilla obscura y petrificada, unos pececillos fosilizados que zigzaguearon en el Mar de Thetis en los remotos tiempos en que surgían las montañas del Líbano, las de los Pirineos y las del Himalaya o, lo que es lo mismo, cuando se formaba el Mediterráneo.

El Museo Nacional no es muy grande pero sí rico en vestigios de las primeras edades del hombre oriental y en testimonios de las diversas culturas que se sucedieron en aquellas regiones. Instrumentos de piedra, láminas de metal, mazas, punzones, flechas, raspadores, lanzas y toscos cuchillos se presentan clasificados en las vitrinas junto con objetos artísticos y artesanales de las primeras edades. En estas colecciones se puede seguir el lento avance de la técnica lítica, el uso del silex blanco, la aparición de los metales y sus aleaciones (el cobre, el bronce, el hierro) así como los primeros atisbos del arte y los iniciales esfuerzos para hacer la vida social más digna y más provechosa.

Las valiosas piezas reunidas en este lugar están repartidas en dos amplios salones situados a ambos lados del vestíbulo de entrada, en las galerías que rodean el gran hall y en el subsuelo. En el vestíbulo se exhiben objetos de cerámica fenicia del siglo VII A.C., procedentes de las excavaciones hechas en Tiro, y en una sala dispuesta al efecto se reunen los tesoros de Biblos, la actual Djébail, a 35 kilómetros de Beirut.

Museo Nacional de Beirut.

Primorosos objetos se han acumulado en este lugar en el que se puede apreciar el refinamiento que había alcanzado la inquieta Fenicia conforme a las variadas influencias que gravitaron en su civilización. Espejos de discos de plata procedentes de Egipto (siglo XVIII A. C.); vasos tallados con el emblema del Faraón, joyas fenicias procedentes de las tumbas reales de Abichmou (siglo XIX A. C.) e Ibschmou-Abi (s. XVIII); serpientes de oro, un cofre de oro y obsidiana con las insignias de Amenemhat III (XII^a Dinastía); tiaras faraónicas del Alto y Bajo Egipto; piezas de marfil micenianas con viejos motivos mesopotámicos; sellos cilíndricos en lapizlázuli guarnecidos de oro; figulinas de terracota de inspiración egipcia; pequeñas esculturas de monos, hipopótamos y otros animales; imágenes de antiguos dioses de las mitologías orientales; hachas y otros instrumentos cortantes; estatuillas de bronce cubiertas de placas de oro, tales son los tesoros que colman esta sección del Museo. En la Sala de las Ofrendas, situada a la derecha del mismo vestíbulo, se ha reunido una interesante colección de ex-votos en bronce que pertenecieron a los templos fenicios del siglo XVII A.C., y numerosas piezas también en bronce con placas de oro. Cabezas de caprinos y de distintas bestias más o menos amigas del hombre fueron objeto de la atención de los escultores fenicios los que frecuentemente lograron imprimirles un impresionante realismo. Allí se ve una Astarté (diosa de la fecundidad) en actitud de oprimirse los senos, junto con otras deidades fenicias tocadas con el *pschent* de los dioses egipcios. En este lugar, además, existe una interesante acumulación de objetos de las épocas griega, romana y bizantina en los que se pueden estudiar las diversas tendencias estéticas de aquellos pueblos. Se ve un genio alado sentado sobre una flor y portando una lira, que es típico de la sensibilidad helenística. Igualmente se encuentran un *rhyton* en forma de cabeza de puerco y algunos personajes del ciclo báquico pertenecientes a la época romana.

En el gran hall se abre la Galería del Alfabeto llena de estelas con inscripciones. La primera de estas estelas, todavía no descifrada, representa la que se considera el estadio silábico de la escritura fenicia. Harto sabido es que la invención del alfabeto constituye una de las grandes aportaciones de los fenicios a la civilización humana en todos los tiempos. Entre las estelas que se reunen en este lugar, las hay de origen persa y de otras regiones de Oriente. Una de ellas rememora la fundación de un templo de Biblos dedicado a la diosa Balaat Gebal. Otra es una reproducción de la famosa estela aramea de Mesa (siglo X A.C.) que recuerda la victoria de aquel caudillo sobre Achab, rey de Israel; y una tercera representa a Teschoub, dios sirio-hitita encarnación de la tempestad al que se ve armado de un rayo y de una hacha. En el centro se exhibe una estatua egipcia, de dimensiones

colosales, procedente de Biblos, y en el mismo lugar un bajo-relieve que ostenta el nombre del príncipe de Biblos Intena, hijo de Runa, contemporáneo del Faraón Nefershotep I (siglo XVII A.C.).

Al pasar a la galería de Ramsés comprobamos que las piezas allí reunidas proceden de un monumento de Biblos construido o restaurado por iniciativa del gran faraón Ramsés II, quien hizo frecuentes viajes a las ciudades fenicias durante sus campañas contra los hititas (siglo XVIII A. C.).

Sarcófagos fenicios.

Luego penetramos en la de Eshmoun y nos llenan de admiración un trono helenístico y otro de la época persa que ostenta el disco alado de Aura-Mazda característico del arte aqueménida y transmitido al egipcio.

Y hénos aquí en la época greco-romana representada por cuatro estatuillas mutiladas de niños, que fueron ofrendadas a Eshmoun, el Esculapio de los helenos, en su templo de Sidón. Unos pasos más y entramos en la Galería Hygia enriquecida con fragmentos de estatuas de la época helenística. Este departamento es interesante porque nos muestra cómo en contacto con los artistas de Grecia, los fenicios hicieron grandes progresos en la estatuaria y particularmente en el tratamiento de los vestidos. Es aquí donde se exhibe la estatua de Hygia, diosa de la salud, con la serpiente de Asclepios arrollada a la espalda. Esculturas representando a Aquiles y a la ninfa Pantesilea, a Hipnos, genio del sueño, y a otras divinidades, así como hermosos mosaicos con las aventuras galantes del mayor de los dioses se reunen en este lugar.

Viene a continuación la Galería de Júpiter con bellos mosaicos bizantinos que representan, entre otros motivos, al Buen Pastor en la forma de Orfeo rodeado de animales salvajes. También hay en este departamento una colosal estatua de Júpiter o de Neptuno encuadrada por dos altares del siglo II de nuestra Era hallados en Beirut.

En el centro del hall se puede admirar una notable maqueta en la que se reconstruyen los templos de Baalbek. Se ven igualmente vestigios de la época persa y otras hermosas piezas semejantes a las de Persépolis. Y de aquí se baja al subsuelo, en cuya sala central está la rica colección de sarcófagos de reyes fenicios —Ahiram, rey de Biblos contemporáneo de Ramsés II, y algunos otros—, y el llamado de Tiro en el que se representa una escena escatológica. En esta galería se pueden apreciar tres magníficas esculturas: una de Tántalo con las manos desesperadamente crispadas, otra de Herakles reconduciendo a Alceste hacia la luz y una tercera de Hermes al mando de una cuadriga en la que lleva a Plutón que acaba de raptar a Proserpina en tanto que Atenea y Artemis tratan en vano de rescatarla. En otras se advierte a Priamo arrodillado besando la mano del matador de su hijo y a Herakles (Hércules) llevando encadenado a Cerbero.

Finalmente, en la Galería Ford se encuentra reunida la colección de sarcófagos antropomorfos, los que en su mayor parte están labrados en mármol blanco. Todas estas piezas provienen de la colección reunida por el Dr. Ford en Sidón, y entre ellas figuran, junto con el sarcófago de Echmou-

nazar, algunos trabajados en plomo, propios para niños. Entre los primeros hay uno que ostenta un navío fenicio con su forma característica. Por lo demás, en sendas vitrinas, en este departamento se exhibe una notable potería de distintas épocas, que abarcan desde el IV milenio A.C. hasta el período romano. De ellos los más notables son los vasos chipriotas del siglo XIII A.C. y los llamados de *terra silligata* pertenecientes a la época romana.

Basbus.

He querido hacer esta exposición minuciosa del contenido del Museo de Beirut para que el lector se forme una idea coherente, aunque panorámica y resumida, de las diversas influencias que se proyectaron en los antiguos pueblos del Líbano. De este pueblo se ha dicho, igual que de sus ancestros fenicios, que carece de originalidad artística y que es poco permeable a las emociones del arte. En nuestros días, sin embargo, como expresión de una nueva conducta ante la cultura, la realidad es distinta. El libanés en la actualidad se muestra estéticamente atento. "Conoce el Líbano de hoy —se lee en la revista *Líbano,* octubre de 1962, Pág. 21— un florecimiento artístico nunca comprobado hasta el presente. Sus artistas son capaces de figurar dignamente en las más grandes competiciones internacionales y se destacan en todos los dominios: arquitectura, teatro, baile, pintura, escultura, etc". Y así es, en efecto. En Beirut y otras poblaciones las exposiciones se multiplican con la participación de artistas de todas las naciones de Europa: italianos, franceses, yugoeslavos, alemanes, etc. Entre los libaneses propiamente dichos se significan en estos momentos los nombres de Jean Khalifé, Aref el Rayes, Ivette Sargologo, Naia Saikili, Aída Marini, Rafic Charaf, Amine el Bacha, Liliane Abouchaar y Paul Guiragossian quienes se han hecho famosos en distintos dominios de las artes plásticas (1). Igual ocurre en el campo de la literatura en el que florecen poetas, novelistas, ensayistas e historiadores realmente notables. A este respecto es oportuno observar que en Beirut existen una Academia de Artes y una Escuela de Bellas Artes a las que el Estado presta entusiasta apoyo para mantener toda clase de estudios, para adquirir obras artísticas y para financiar un intercambio constante con otros países. En el hotel de Brummana, en el curso de una recepción a la que asistían banqueros y profesores, pude platicar de estas cosas con el erudito rector del Colegio de La Sagesse, de cuyos labios oí las más completas informaciones acerca del proceso de la cultura moderna en este país, de los más importantes planteles de educación existentes, de la significativa influencia que ha ejercido en el espíritu libanés el estrecho contacto con la cultura francesa y de otros particulares no menos interesantes. Y fue así como pude enterarme del papel singular que el Líbano juega en estos momentos entre los pueblos de lengua árabe como difusor de los textos dedicados a la enseñanza. Escamados por la política tendenciosa

---

(1) Basbus es un excelente escultor moderno que ha cubierto prácticamente las lomas de Rachana, pequeño pueblo de la región de Batrun, de finas alargadas esculturas ricas en movimiento, en sentido estético y filosófico, y en gracia plástica. Al discurrir por aquellos senderos, surgen de pronto ante nuestras miradas esas formas blancas que iluminan el paisaje como rayos de luz meridiana.

del nasserismo, los países árabes acuden a Beirut en demanda de los libros para sus escuelas con lo que el Líbano se convierte en el líder de la nueva enseñanza en una vasta zona del Próximo Oriente. Es también el sagaz jesuíta quien atrae mi atención hacia los grandes poetas y filósofos libaneses de nuestros días entre los que me cita a Amin Rihani, a Amin Arslan y a Elia Abou-Madi quienes, arrastrados por la irresistible dinámica emigratoria, han realizado gran parte de su labor en América (Estados Unidos, México, la Argentina)

Los libaneses rinden a estos finos espíritus un conmovido homenaje y ven en ellos algo así como los abanderados de una nueva cruzada para la cual tienen todos que prepararse. Pero el más alto símbolo de este movimiento es seguramente el gran lírico Gibrán Jalil Gibrán, desaparecido en la diaspora y cuyo recuerdo arde como una llama en el santuario que le ha sido erigido en una cumbre de la montaña, a un paso de la *Kadisha* (Valle de los Santos) y no lejos de los cedros sagrados de Becharré. Yo he visitado ese lugar de veneración dedicado al poeta y de ello hablaré en estas páginas.

En cierto modo, si tomamos en cuenta la antigua Escuela de Derecho, famosa en todo el mundo oriental, en Grecia y aun en Europa, Beirut podría considerarse como la más vieja ciudad universitaria existente. Aquí, sin embargo, al ocuparnos de la cultura moderna, mencionaremos solo las cuatro universidades de hoy, las cuales se encuentran instaladas en esta ciudad capital. Estas Universidades son: la Americana, la de San José (francesa), la Libanesa y la Arabe (1). Beirut posée también una Facultad de Letras que es sucursal de la de Lyon en Francia; un Centro de Estudios Matemáticos y una Academia Libanesa de Bellas Artes además de multitud de liceos, colegios, escuelas primarias e institutos para estudios de técnicas especiales.

Para dar una idea de la extraordinaria influencia que en este país ejerce la cultura francesa basta citar, aparte de la Universidad San José, un Liceo Francés instalado en la calle de Damasco; los colegios del *Sacre Coeur*

(1) La Libanesa fue fundada en 1952. — La Arabe posteriormente.

El Profesor Fouad Boustany, Rector de la Universidad, imponiéndole a Su Majestad El Shah de Irán, las insignias de Doctor Honoris Causa.

y de los Hermanos Cristianos; los pensionados de las Damas de Nazareth, de las Hermanas de Besancon y de las Hermanas de San José y las escuelas primarias de las Hermanas de la Caridad y de las del Sagrado Corazón.

La cultura francesa se había propagado en el Líbano mucho antes de establecerse el Mandato. El Colegio de Antura fue fundado en 1732. Seguramente en el espíritu libanés existía ya un sedimento franco desde los tiempos de las Cruzadas. Muchas gentes educadas en Beirut, anteriores a la primera guerra mundial, hablaban y escribían el francés igual o mejor que su idioma nativo. La reforma constitucional de 1943, aunque efectuada contra la voluntad de las autoridades del Líbano, conservó en el artículo 13 una disposición referente al idioma francés, concebida de esta manera: "El árabe es el idioma nacional oficial. Una ley determinará los casos en que se hará uso del idioma francés". Como se puede advertir, este es un privilegio otorgado a Francia que se justifica ampliamente por razones históricas. Todo libanés medianamente culto habla y escribe el francés casi podría decirse que como los catalanes hablan y escriben el castellano.

Pese a la incapacidad de los gobernadores durante el largo predominio otomano, y pese asímismo a las diversas calamidades que pesaron sobre el país durante el mismo período (mutilación del territorio nacional y pérdida de su acceso al mar), la energía y la adaptabilidad de los libaneses produjeron un florecimiento cultural y económico que no se conoció en otras provincias. Esto despertó el interés de las potencias de Europa, tanto católicas como protestantes, las que acudieron con sus empresas y con sus sistemas educativos. El Seminario jesuíta establecido en 1846, en Ghazir, donde Ernesto Renán escribió su famosa "Vida de Jesús" en 1860, fue trasladado a Beirut en 1875 y convertido en el núcleo de la Universidad San José. Otras escuelas de jesuítas fueron fundadas entonces en Zalah, Tanayil, Bickfaya y Gazzir. En 1864 las Hermanas de San José de Marsella, y en 1871 las de Nazareth, de Lyon, seguidas por las de la Sagrada Familia y por las del Buen Pastor, abrieron planteles, orfanatos y otros establecimientos de educación y filantropía en Beirut, Sidón, Tiro y Hamanna. Una orden de monjas nativas, la de las *Mariamettes,* se fundó en 1853 según el modelo francés, y a esta siguieron veinte escuelas más en el área vecina a Bickfaya. Para la misma época los franceses habían fundado en el Líbano unas quinientas escuelas en las que se hallaban representadas veinte distintas congregaciones con alrededor de 50.000 alumnos de los dos sexos. Por su parte los ingleses hacían otro tanto. En 1860 la British Syrian Mission fundaba escuelas para niños en Beirut, Zalah, Baalbek, Ain Sahaltah, Shimtan y Hasbaya, y antes de que terminara aquel año la Prussian Déa-

Colegio de La Sagesse

Colegio de Al-Makassed

Universidad de San José

Universidad Americana

conesses of Kaiserwerth, especializada en orfanatos y hospitales, establecía su centro en Sidón para transferirlo más tarde a Beirut. Esta última ciudad fue también la sede del Johanniter Hospital fundado por los Caballeros de San Juan. La promesa para el establecimiento de un colegio anexo fue cumplida, en 1863, por la Misión Norteamericana, y de esta manera se formó el núcleo originario de la actual Universidad Americana.

Justo es decir que la contribución estadounidense ha sido muy importante en la tarea de la occidentalización y culturización del moderno Líbano. Distintas misiones de aquella nación establecieron escuelas en Abayh, Suq el Gharb, Sidón, Hasbaya y Trípoli. En 1909 la doctora Mary Eddy, de una familia de misioneros, abría en Maameltain un sanatorio para tuberculosos y en poco tiempo se distinguía como la primera mujer a quien se otorgaba licencia para operar como cirujano en el Imperio Otomano.

El primer sanatorio para enfermedades mentales comenzó a funcionar en 1897, en Asfuriyah, suburbio de Beirut, fundado por un alemán —Theophilus Waldmeier— quien construyó el edificio de una Misión de Amigos en Brummana. Durante mucho tiempo, por ser el único de esta índole que existía en el Cercano Oriente, este establecimiento atrajo a pacientes de regiones tan distantes como el Irán. Es de advertir que el único tratamiento que se aplicaba entonces a las enfermedades mentales en estos países era el confinamiento cerrado con el añadido de cadenas, grilletes y esposas. Por su parte los maronitas enviaban a sus enajenados a los confinamientos celulares del monasterio de Qazhaya animados por la esperanza de que las plegarias de los monjes les sacaran el demonio de los espíritus. Hoy esto ha cambiado radicalmente. Un interés por la ciencia, realmente notable, es la característica actual del país. Consciente de la importancia que tiene para la vida social el desenvolvimiento científico y tecnológico, el Gobierno ha creado un Consejo Nacional de Investigaciones Científicas que es el que cumple la difícil tarea de definir las opciones para el incremento de dicha investigación y la de repartir los créditos que le son asignados. "Las investigaciones en el Líbano —expresa el documento creador del Consejo— han sido por mucho tiempo conducidas por especialistas aislados o por institutos de enseñanza. Con la creación del C.N.R.S. se procura que esto se haga por organismos cuyo único objeto sea la investigación. Los investigadores serán verdaderos profesionales". "Al tomar esta iniciativa —manifiesta más adelante el mismo documento—, el Líbano no ha innovado: no ha hecho más que seguir la evolución ineluctable que ha conducido a países como Estados Unidos y Francia a dotarse de organismos similares. Por doquiera se

advierte una economía dirigida hacia la investigación, con la que se busca orientar los conocimientos científicos mediante una juiciosa distribución de los fondos públicos".

"A semejante estímulo de progreso emanado del Oeste —escribe a su vez el historiador Hitti (1) —el Líbano responde más espontánea y afectuosamente que cualquiera de sus vecinos. No satisfecho con invitar al Oeste a venir, él decide ir hacia el Oeste. En las décadas que siguen a la de 1860 él envía a sus hijos hacia las cuatro partes del globo en busca de mejor vida. En el breve espacio de medio siglo el país pasa del medievalismo al modernismo".

Como se ve, Philip K. Hitti, que es libanés y profesor emérito de literaturas semíticas en la Universidad de Princeton (E. U. A.), pone énfasis en destacar la importancia del impacto del Occidente en el moderno despertar de la nación libanesa.

Una de las organizaciones que más han actuado en este país en el orden educativo es la de los jesuítas, la que halló propicio el ambiente para su obra cuando fue expulsada de Francia. Con la Universidad, en 1853, aparece en el Líbano la *Imprimerie Catholique* que es la mejor equipada en todo el Oriente arábigo. A su vez la Universidad Americana establece en Beirut, en 1866, el Syrian Protestant College con residencia para estudiantes, deportes atléticos (2) y otras actividades extra-currícula y se convierte en una influyente institución universitaria. Con estudios de artes y ciencias, de medicina, farmacia, ingeniería y agricultura, este instituto figura al frente de aquella cultura y sus graduados son los que ejercen el liderato del movimiento nacional árabe en el Oriente. La cuestión religiosa ha quedado relegada a un segundo lugar en la educación del país, con lo que se han superado no pocos problemas.

---

(1) Ibid. Pág. 450.

(2) También en deportes modernos occidentales es extraordinario el desarrollo del Líbano. Se cultivan de preferencia el **foot-ball**, el **sky**, la natación, la navegación a vela y a motor. En 1964 se congregaron en la Montaña 50.000 esquiadores procedentes del propio país, de Europa y de Estados Unidos.

Y hénos aquí ante uno de los elementos fundamentales de la cultura: el libro. Antes de que las universidades francesa y americana, inspiradas en el espíritu occidental, introdujesen sus respectivas imprentas, el Líbano poseía la tipografía pero en un nivel secundario con relación a otras instituciones.

La primera imprenta provista de caracteres arábigos fue introducida en el Próximo Oriente en 1702 por el Patriarca Athanasiyus el Dabbas quien la llevó a Alepo probablemente desde Valaquia.

Nacido en los monasterios, el arte del libro árabe fue difundido en el resto del mundo principalmente por los emigrantes libaneses ya que, confinados en sus retiros, los monjes de aquellos países entregaban toda su vida a la meditación y la plegaria y al cultivo de sus jardines y huertas. ¿Qué otra cosa podía esperarse de aquellos personajes barbudos encerrados en unos recintos en los que no entraban las voces del mundo? Fue, pues, con el advenimiento de las Universidades modernas que comenzaron a multiplicarse los libros y a salir de los monasterios, de las mezquitas y de los hogares aristocráticos para buscar un camino hacia el corazón de los pueblos. Y fue así como aquellos volúmenes, en su mayoría manuscritos, adquirieron un nuevo sentido e invadieron las bibliotecas para servir a una sociedad ávida de conocimientos. Incluso fueron llevados a Europa.

Tal es el origen de una nueva inquietud y de una nueva cosecha del intelecto. Hablando de esto, Hitti cita a Yusuf Sarkis (1856-1933), autor de muchos trabajos de literatura entre los que se destaca un grueso diccionario de impresos árabes editado en El Cairo en 1928-30. Cita asímismo las numerosas instituciones que existieron y existen en el Líbano actual y que se caracterizan por la importancia que reconocen a las ciencias modernas y al estudio de los idiomas occidentales. Mas no son solo escuelas de formación las que allí se fomentan sino también sociedades científicas, literarias y artísticas. Beirut es una ciudad que esta hoy poblada de librerías y en la que es posible encontrar las obras del pensamiento, de las ciencias y de las técnicas más avanzadas. En uno de esos establecimientos —*la Librería Antoine*— mientras ojeo las novelas de Amal Saber, de Gabriel Boustany, de Nouhad Abirached y de Joseph Abou Rizk, el teatro de Georges Schehadé y los poemas de Charles Corm, se acerca a mi un simpático sacerdote, gordo, barbudo y desenfadado, de cuyos insondables bolsillos comienzan a brotar folletos y hojitas impresas. Este buen cura de almas ha oído mi diálogo con el librero y ha dado rienda suelta a su curiosidad de saber quien soy, de dónde vengo y qué idioma hablo. Y yo, lo confieso, me siento confuso. Mientras tanto él habla con entusiasmo: "¡Ah! ¿Con qué es usted de Ca-

racas? Excelente. ¿Sabe usted que en la toponimia del Nuevo Mundo muchas palabras proceden del arameo? Caracas misma tiene ese origen. Y México. Y otras. Esas palabras fueron llevadas a América por los navegantes fenicios hace no menos de seis mil años. ¿No es esa la época en que según Paúl Rivet se produjo la invasión australiana por el sur de ese continente? La melanésica ocurrió dos mil años después, pero en ambos casos eran los tiempos de las grandes navegaciones fenicias. Estudie usted este asunto y búsqueme en mi convento de Brummana, el mismo pueblo donde se encuentra el hotel en que usted se aloja". La verdad es que no pude buscarle por falta de tiempo y hoy me arrepiento de ello. Su recuerdo está vivo en mi mente y sus palabras apresuradas, llenas de incitaciones, resuenan en mis oídos. ¿Vinieron los fenicios a América ciertamente? Ya me ocuparé de ello más adelante al referirme a otros escritos de libaneses.

Una de las columnas por excelencia de la cultura del Líbano es la de su prensa. El periodismo en idioma árabe nació allí en 1858 cuando Khalil el Kuri lanzó en Beirut el *Hadigat al-Akhbar* ("Huerto de Noticias"). Sólo otros dos periódicos le habían precedido en el mundo árabe: *al Waga'i al-Misriyah* ("Acontecimientos Egipcios"), órgano oficial fundado en Constantinopla en 1828, y *Mir'at al-Ahwal* ("El Espejo de la situación actual") iniciado también en Constantinopla, en 1854. Una hoja publicada por Napoleón con motivo de su invasión del Egipto, solo por cortesía —dice Hitti— puede llamarse periódico. Después se fundaron muchos. En el curso de las dos grandes guerras mundiales una multitud de diarios y magazines se sucedieron con suerte varia. En 1892 había en Beirut catorce cotidianos, de los cuales unos fueron suspendidos y otros trasladados a El Cairo. Hoy se publican en la capital libanesa, según datos de Nantet, cuarenta diarios: treinta y cuatro en árabe, tres en armenio y tres en francés, amén de catorce que aparecen en las provincias. "Se añade —informa este autor— una buena treintena de publicaciones periódicas que muestran el interés de la población por la ciencia y sus técnicas."

Según el censo hecho por Tarrazi, historiador de la prensa árabe, durante sesenta años se publicaron 426 periódicos en esta lengua, 294 de ellos en la ciudad de Beirut. De esas publicaciones 102 vieron la luz en poblaciones de Norteamérica, 166 en Sudamérica y 14 en la Gran Bretaña. En 1957 había en Nueva York cinco diarios en árabe.

El teatro moderno tiene también su historia en los países de Oriente y de ello nos habla Hitti. El drama arábigo —dice— nació el día en que un escritor sidonio, Marun el-Naqqash (1815-1855) invitó a su casa, en Beirut, a un grupo de personas notables (cónsules y otros amigos) para que presenciaran la representación de una obra dramática suya —*al-Bakhil* ("El Avaro")— escrita a base de elementos occidentales. Esto ocurrió en 1848. Marun había viajado por Italia y Francia y para su obra había tomado inspiración en Moliére. Dos años más tarde presentaba otro drama —*Harun al-Rashid*— y fue tal el éxito que coronó este segundo intento que el autor construyó un teatro en su propia casa, preparó a sus actores y se lanzó resueltamente a la empresa. Cien años han transcurrido desde aquellos comienzos —sigue informándonos Hitti— y hoy existen más de novecientas obras dramáticas y novelas publicadas en árabe, algunas originales, otras simples traducciones.

En sus variados aspectos, la literatura francesa, producto de la cultura mediterránea, ejerce mayor atracción que la anglo-sajona en los ardientes temperamentos de los hijos de Arabia. Moliére, Corneille, Racine, Rousseau, Hugo, Dumas reciben acogida más emotiva que Shakespeare, Milton, Emerson y Goethe. El impulso dado por el kedive Ismail al arte escénico cuando hizo construir un teatro de ópera en El Cairo (1), imprimió a este espectáculo un juvenil entusiasmo que abarcó todo el mundo islámico. Nada hay de común entre este teatro y el juego de sombras y cde fantasmas conocido en aquella literatura desde la centuria décimocuarta. En todo esto, opina Hitti, tiene decisiva influencia la metamorfosis operada en la lengua árabe que fue antes un instrumento tradicional y estancado. Lenguaje de nómades en su origen y usado después para trasmitir exaltadas imágenes poético-religiosas, en los últimos tiempos y gracias principalmente a escritores del Líbano, este idioma de Oriente se ha colocado en una posición nueva adaptándose a los cambios impuestos por una vida cultural más intensa y convirtiéndose gradualmente en un medio expresivo más ágil y más extenso, más adecuado a las modernas conquistas de la ciencia, la técnica, la filosofía y el derecho. Mas para ello ha tenido que recurrir al auxilio del griego y del latín como cualquiera de los idiomas occidentales. "Con este desarrollo lingüístico —escribe Hitti— el espíritu de los nuevos tiempos, que entró en el Líbano en los años de 1830, ha invadido toda esta tierra. El vibra en las ruedas de las prensas, se expande en las páginas de los libros y los periódicos, alumbra a través de los hilos

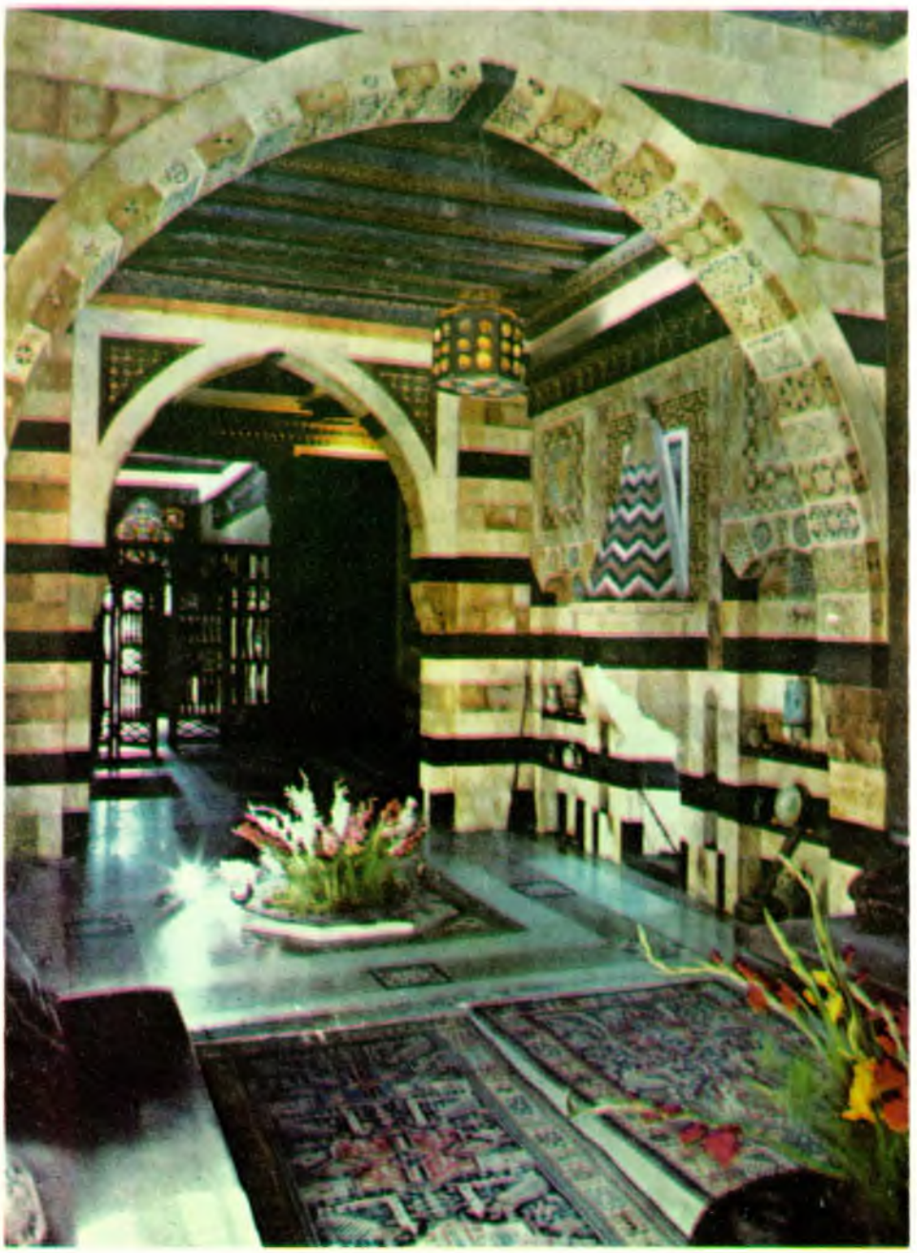
(1) En 1869, para la apertura oficial del Canal de Suez.

del telégrafo, viaja en ferrocarril y en otros vehículos y penetra en todas las grietas de la Montaña. Conducido también por los emigrantes como brillante luz de su nacionalismo y de su espíritu democrático, él hace del Líbano el más moderno país del Oriente arábigo."

Realmente la floración teatral libanesa brilla en estos momentos, de manera preponderante, en la escenificación del folklore a cuyo desarrollo contribuyen profesionales tanto como amateurs. La danza folklórica libanesa es un espectáculo lleno de colorido en el que intervienen los jóvenes de ambos sexos con sus típicos trajes montañeses. Estos jóvenes, numerosos, cantan y bailan tomados de las manos y en oportunidades son acompañados por instrumentos que producen una melodía voluptuosa de suaves y alargadas cadencias. No es extraño, al recorrer las amplias calzadas de la Montaña, encontrar en los pueblos grupos que bailan el *dabke* y otras danzas igualmente movidas. Pero la utilización artística del folklore no para ahí sino que, estilizada, pasa al teatro y toma la forma de la opereta como en el caso de la brillante *Mawwal* en la que se hace verdadero derroche de lujo y de técnica.

Antes de emprender nuestro viaje por el interior del país hemos querido visitar en Beirut instituciones que disfrutan de merecido prestigio y que están íntimamente relacionadas con las dos más interesantes facetas de la cultura del Líbano: una de ellas es el Museo árabe del señor Pharaon; la otra el Cenáculo Libanés fundado hace un cuarto de siglo por el escritor Michel Asmar.

El señor Henri Pharaon es un acaudalado y notable personaje de la sociedad y la política libanesa que ha invertido buena parte de su fortuna en reunir y conservar las espléndidas reliquias del arte arábigo existentes en su mansión de la capital. En esta visita nos acompaña S.E. el señor Farid Habib, ex-Embajador del Líbano en Venezuela. En medio de un amplio parque sembrado de flores, de palmeras y de columnas griegas, romanas, bizantinas y árabes, se alza la esbelta edificación cuya arquitectura exterior es occidental y moderna. Al poner nuestras plantas en el hall comienzan nuestras maravillosas sorpresas las cuales no cesarán ni desfallecerán un instante hasta el momento de despedirnos. Las dos plantas del palacio están convertidas en una morada árabe del más refinado gusto,



Una bella residencia.

literalmente repletas de muebles, joyas, tapices, lámparas, esculturas y pinturas de distintas épocas y de las más dilatadas regiones del mundo islámico. Y, desde luego, el señor Pharaon no oculta su orgullo al mostrar y describir sus tesoros. Las paredes lucen todas recubiertas de paneles tallados y coloreados según las tendencias artísticas de los siglos XIII al XVIII, y con esas magníficas tallas en las que pululan los almocárabes, las estalactitas y otras decoraciones del arabesco, alternan las pieles de cordobán con sus tintes verdes, azules y rojos y sus doradas leyendas coránicas. En lo alto y en mesas de formas variadas, lámparas decoradas alumbran la escena. Tal profusión de color y de formas trae a mi memoria instantáneamente el fabuloso universo que he recorrido ya, en otras ocasiones, en Córdoba y en Granada, en Egipto, en Damasco y en Estambul. Estas habitaciones del señor Pharaon por las que desfilamos pasmados, están amuebladas con sillerías rigurosamente seleccionadas por épocas, y sus decoraciones, en las que se sigue el mismo método selectivo, completan la sensación de los variados ambientes ya se trate de objetos de religión, de arte o de guerra. Tapices magníficos cubiertos de una fauna fantástica, bordados con hilos de plata y oro, cuelgan de las paredes. Alfombras persas cubren los pisos. En las vitrinas se agrupan vasos, platos, búcaros de cerámica, objetos de alabastro y de cristal coloreado con incrustaciones de piedras preciosas. Hay un iconostacio de ejecución bizantina cuyo valor es incalculable. Espingardas y otras armas antiguas, incrustadas de nácar, forman panoplias. Los íconos bizantinos abundan. Representan escenas clásicas como la de San Jorge alanceando al dragón infernal en medio de un coro de ángeles. Hay íconos del Señor, de la Virgen María, de los profetas, todos los cuales presentan la misma factura porque, a diferencia del arte religioso del Occidente, tan libre y lleno de iniciativa, el oriental es rígido en cuanto a sus fórmulas y no admite interpretaciones individuales. Por la misma causa los cuadros no están firmados. El artista —el hombre— se desvanece ante la magnificencia del mundo divino. Los baños, de los que hay dos en el palacio del señor Pharaon, muestran al mismo tiempo el sentido del lujo y del bienestar y la austeridad de los grandes señores árabes. Semejante característica presentan los limitados despachos con sus mesas para escribir cubiertas con bellas telas damasquinadas y alumbradas por esbeltas lámparas de pie hechas de fino cristal y alimentadas con transparentes aceites. Además de estas valiosas reliquias, el señor Pharaon ha reunido en su estupendo museo vestigios de otras culturas: cabezas de dioses grecoromanos, capiteles de diversos estilos y una admirable Cruz bizantina del siglo IV de nuestra Era.

En cierto modo el escritor Michel Asmar y su obra —*El Cenáculo Libanés*— representan el polo opuesto, el contraste más radical con referencia al museo del señor Pharaon. En esta entrevista estamos acompañados por un culto hijo del Líbano, a quien ya hemos mencionado: el señor Camilo Daccasch, industrial y hombre de mundo que después de haber fundado importantes empresas en la República de Colombia, se ha vuelto a vivir a Beirut igual que lo hacen muchos de sus compatriotas.

La oficina de Asmar, en un edificio de varios pisos, es sencilla, austera, casi cenobítica. Un escritorio, algunas sillas, estantes con libros y unos cuantos ceniceros distribuidos aquí y allá dan carácter al pequeño recinto. El señor Asmar es un escritor, un intelectual, y no trata de parecer otra cosa. Levantándose de su asiento, detrás del escritorio atiborrado de papelotes, nos tiende la mano y así permanece, en cuerpo de camisa, escrutando nuestra figura con sus ojillos vivaces detrás de las gafas. Luego nos ofrece café —el tinto café de la bienvenida aromatizado con cardamomo— y cigarrillos. Conmigo se entiende en francés, con el señor Daccasch en árabe. Es un hombre serio y atento, de hablar pausado y de pronunciación transparente. Su misión es occidental pero sin perder, desde luego, las perspectivas de la vida y de la cultura orientales a las que su país pertenece por razonas históricas y geográficas. Este es, en breves palabras, el esquema ideal del Cenáculo fundado expresamente para que dentro de él, como en un foro abierto hacia el Universo, se encuentren en incesantes contactos los más destacados portavoces de los mundos intelectuales de nuestra época a fin de tratar los temas más palpitantes del pensamiento, de la filosofía, del arte y de la política.

Ocioso parece decir que por el Cenáculo han desfilado los más notables sociólogos y filósofos libaneses, entre ellos Fouad Boutros, René Habachi, Georges Naccache, Jawad Boulos, Maurice Gémayel, Michel El-Khoury, Saeb Salam, Bassam El Jisr, Kamal El-Hajj, Edouard Honein, el P. Antoine Mourani, y desde luego Chiha que es seguramente de los más importantes. También han hablado allí escritores franceses e ingleses y el brillante Leopoldo Seddar Senghor, poeta y ensayista africano que ha sido presidente del Senegal. Estos hombres han enfocado los más arduos temas con mente nueva y libertad absoluta. Pero los que más me interesan, particularmente, son los hijos del Líbano por cuanto son ellos quienes mejor pueden precisar los linderos entre el pasado y el presente de su país, de este país fronterizo entre el Oriente y el Occidente que tiene tanto que ver con América y con nosotros, venezolanos. La inquieta y alacre curiosidad que el intelectual libanés manifiesta en estos momentos por los valores espiritua-

les tiene que interesarnos a los hijos de Venezuela en razón de la parte que toman sus compatriotas en nuestra vida social, política y económica.

Fue aquí, en este *Cenáculo Libanés*, en cuya oficina hablamos el señor Asmar, el señor Daccasch y yo acerca de nuestros respectivos problemas, en donde el inolvidable Chiha pronunció estas agudas palabras: "Un bien está por encima de otro; una cosa está por debajo de otra (o mejor, una categoría de cosas, una categoría de bienes). Pero suele ocurrir que las circunstancias invierten o trastornan esos valores. Un poco de agua en la aridez del desierto, un poco de agua en el hueco de la mano capaz de salvar la vida de un hombre, vale todo el oro del mundo. Asimismo, razonablemente, en el último instante de la vida, para un ser normal, la riqueza, salvo para el bienestar de los otros, no significa nada". Y estas otras, no menos significativas: "De primera intención, al menos para el profano, la palabra valor evoca el mercado y la bolsa, los ruidos de la almoneda, la estimación contradictoria de la muchedumbre que quiere comprar y vender. Valores mobiliarios, valores especulativos, ilusión de valores, realidades o espejismos, muestras sin valor; un vocabulario familiar nos viene al espíritu con las etiquetas pegadas encima de los objetos; después, lentamente, la noción se purifica; se desmaterializa, se eleva. El escritor, a su turno, se inquieta por los valores: *valor de las expresiones, valor de las palabras*". Y estas aún: "El dinero tiene aquí mucha importancia, considerado en el plano de la posesión y no por lo que con él puede hacerse. Yo desearía. todos nosotros desearíamos que hubiese más al servicio de la verdad, del bien y de la belleza, de la educación y de la instrucción, de las ciencias y de las artes, de la higiene moral y de la higiene física, en fin, de las necesidades innumerables, humanas y sociales, que impone un mundo nuevo; pero tememos que el dinero entre nosotros participa exageradamente en la definición del hombre. Recordemos que el dinero no puede suscitar la grandeza sino en la medida en que él sirve generosa y honestamente a un ideal; sobre todo en la medida en que no sirve para dispersar o neutralizar las conciencias. Los valores económicos en el Líbano podrían destruir los valores espirituales si no nos mostramos atentos a la evolución de las ideas y de las costumbres, si nos entregamos a los bienes materiales sin discriminación".

Esta, tan sinceramente expresada por Chiha, es la misión que se han impuesto los mayores intelectuales libaneses del presente, a los que este grave y parsimonioso Michel Asmar ha ofrecido, con desinterés y tenacidad de benedictino, la prestigiosa tribuna de su Cenáculo.

VIII — LA PATRIA, LAS PATRIAS Y SUS VALORES

AL enfrentarnos al tema de la patria y de sus valores, en el caso del Líbano, se ofrece a nuestra penetración y a nuestra buena voluntad de entender, el más complejo de los problemas.

Todos los seres humanos aman sus países nativos. De este amor natural en el que se confunden elementos físicos y espirituales, surge el sentido del patriotismo por el cual no hay sacrificio que no se haga. En el libanés, sin embargo, este sentimiento presenta proyecciones extraordinarias. Esa facultad de desdoblamiento o de bipolarización que este hombre muestra ante el concepto de patria, no podría explicarse de otra manera que con el auxilio de la geografía y de la historia, esto es, mediante el estudio de la repercusión psicológica que han ejercido en él simultáneamente sus terribles vicisitudes y la exigüidad de su suelo, circunstancias que le han convertido en un emigrante forzoso. Tan notable característica ha sido señalada ya en estas páginas pero tendrá que serlo aún con mayor rigorismo si deseamos hallar al fenómeno su sentido valorativo.

Cuando arribamos al Líbano, en septiembre de 1965, observamos que allí había en esos momentos una desusada afluencia de libaneses e hijos de libaneses procedentes de otros países. Nos enteramos entonces de que periódicamente se celebran congresos y convenciones mediante los cuales los oriundos de este país reiteran su amor a la tierra natal, celebran actos de fe libanesa y solidifican sus vínculos personales a través de la diáspora. Esto no es un secreto. Por el contrario, es un hecho al que se da una extensa publicidad. La originalidad de los libaneses consiste en que el mismo interés, igual devoción que éstos manifiestan por la tierra nativa, la dedican también a aquellos países en los que han vivido y hecho fortuna. De donde resulta que el libanés ama y venera dos patrias: una en el Líbano mismo, otra en el mundo. Si esta no es la universalidad que los filósofos preconizan como esquema del hombre futuro, por lo menos es un anuncio de ello.

Para expresar esta curiosa bipolaridad nacional, en el Líbano existen dos importantes asociaciones: una la de los libaneses en ultramar, o más exactamente, la *Unión Libanesa Mundial*, y otra la de los repatriados. Ambas

asociaciones tienen sus estatutos y reglamentos y las dos se reunen periódicamente para llenar sus deberes morales y materiales. Yo voy, en las líneas que siguen, a ocuparme particularmente de la primera por el enorme significado que le atribuyo.

La Constitución de esta Sociedad fue aprobada por un Congreso de emigrados que se reunió en 1960; sus Estatutos vigentes, aprobados por un segundo Congreso reunido en Beirut del 20 al 22 de agosto de 1964, establecen entre otras cosas las que copio a continuación: (1)

Art. 1.—Se constituye una Unión —no gubernamental, no política, no religiosa y no laboral —con el nombre de "UNION LIBANESA MUNDIAL".

Art. 2.—A. La "Unión Libanesa Mundial" está formada fuera del Líbano por:

a) Los individuos libaneses y sus descendientes y los relacionados con ellos por matrimonio que apoyen los objetivos de la Unión;

b) Las asociaciones y sociedades libanesas que se ajusten a las disposiciones de estos Estatutos.

B. En el Líbano por libaneses y descendientes de los mismos que estuvieron por lo menos cinco años en el exterior y han regresado al Líbano.

Art. 3.—La "Unión Libanesa Mundial" propenderá a la realización de los fines siguientes:

a) Intensificar las relaciones de lealtad y respeto entre sus miembros y los pueblos de los países donde radican y contribuir al desarrollo y progreso de estos países.

b) Fortalecer los lazos entre sus miembros y los libaneses en el Líbano;

c) Estrechar aún más las relaciones entre sus miembros en los ámbitos nacionales e internacionales;

---

(1) Solo cito aquellos puntos que estimo fundamentales. Los Estatutos han sido publicados en la **Revista de la Unión Libanesa Mundial**, editada por el Buró permanente de la Unión, N° 1, Beirut, agosto de 1964. págs. 11 y siguientes.

d) Estimular la participación de sus miembros en las actividades sociales, culturales, económicas y financieras entre los países donde residen y el Líbano.

e) Difundir el patrimonio cultural libanés en el mundo.

Lo que sigue a continuación es el andamiaje de la organización y de sus filiales en los distintos países en los que existen colonias libanesas, y las reglas para su funcionamiento. Pero como no se entendería bien el propósito de esta Sociedad si no se conociesen las declaraciones del señor Felipe Takla, ex-ministro de Relaciones Exteriores y nervio motor de la Unión, las reproduzco también: "Debe ser absolutamente claro para todos que el hecho de adherirse a la Unión nada tiene que ver con nacionalidad o nacionalización. La adhesión está abierta para todos los que son de origen libanés, aquellos que guardan su nacionalidad de origen o los que tengan la nacionalidad de los países donde residan... A la vez debe entenderse que uno de los objetivos de la Unión es estrechar los lazos de lealtad, de sinceridad y de respeto de todo libanés de origen con el Estado cuya nacionalidad ha adquirido. Aspiramos a que el libanés sea un lazo de unión entre su país de origen y su país adoptivo, para que el mundo conozca mejor al Líbano y que los pueblos lo amen más y le aporten su ayuda y su apoyo".

En una palabra, lo que persigue la *Unión Libanesa Mundial* es mantener vivos los nexos del libanés con la Madre Patria aún en las sucesivas generaciones nacidas en tierras extrañas. Ello está suficientemente expresado en las siguientes palabras del señor Takla: "Una de las misiones de la Unión será la de poneros constantemente al corriente de la situación para convenceros de que no hay más razones para emigrar del Líbano, sino por el contrario, hay convincentes razones para regresar al Líbano, vivir en él y trabajar libremente. Sin embargo hay una verdad amarga y difícil de expresar pero el deber de sinceridad y de franqueza nos manda hacerlo. Esta verdad es la siguiente: las generaciones que emigraron y se instalaron en los países de inmigración han engendrado sucesivamente nuevas generaciones que han nacido y crecido en estos países y adquirido su nacionalidad. Algunas de estas generaciones hablan todavía la lengua de sus padres y conservan como ellos el amor a la Madre Patria pero la mayoría ha olvidado o casi al Líbano... Si vosotros y nosotros quedamos indiferentes a esta situación ¿qué habrá de suceder en 10 ó 20 años? Este capital moral y material que poseemos desaparecerá gradualmente y la pérdida que sentirá el Líbano será irreparable. Vosotros y nosotros debemos hacer algo, debemos dar a la Unión Libanesa los medios y las posibilidades para revivir la llama libanesa en el corazón de las nuevas generaciones. Cabe señalar entre otros medios, la

enseñanza del idioma árabe en colegios que vosotros y nosotros haremos crear y organizar con el fin de aumentar eficazmente el número de escuelas instituídas por algunos de nuestros prominentes emigrados".

Ante tales declaraciones solo es posible abrir un interrogante al que el tiempo se encargará de dar adecuada respuesta. Por lo pronto, y como producto de una observación muy breve y superficial, lo único que puedo decir al respecto es que en mis contactos con libaneses que han vivido fuera del Líbano he podido advertir una sincera lealtad a los países de su adopción. Igual cosa puedo afirmar acerca de los hijos de libaneses nacidos y formados fuera del Líbano. No son pocos los que ocupan posiciones de gran responsabilidad y confianza en la administración de poderosos países, los que ejercen cargos militares, los que incluso han llegado a ser candidatos a presidentes de algunas repúblicas; de lo que se podría deducir que en el libanés se da, en la forma más espontánea, esa bipolaridad de que he hablado antes y la cual le permite amar simultáneamente a dos patrias. ¿Estamos acaso en presencia de un movimiento de universalización del espíritu humano, de una ampliación del concepto de las fronteras tal como ya lo han previsto algunos filósofos? Esto me ha hecho meditar largamente acerca del sentido que da Charles Corm a su poema sobre los emigrantes, incluído en su libro "La Montagne Inspirée" y cuyo texto traduzco aquí íntegramente:

Y vosotros, emigrantes, pléyades corajudas,
Vosotros que continuáis este esfuerzo brillante
Por el cual nuestros abuelos, ciclo tras ciclo,
Hollaron los continentes;

Vosotros que partís a menudo de nuestros magros burgos
Sin letras y sin bienes, sin amigos, sin apoyo;
Vosotros cuyo pabellón en alguna Embajada
No os protege de otros;

Oh! vosotros que os convertís en los más altos dignatarios
Del clero de Boston: y aquí pienso en Rihbani;
Vosotros que reconciliáis una Arabia en guerra:
y aquí pienso en Rihani.

Vos que no sois en vuestra aldea más que un pobre pastor,
Que salís de un villorrio perdido en los picachos;
Y vos, a quien la Alemania aplaude por vuestro teatro:
Y aquí pienso en vos, Domet;

Vos a quien ven en Río fundar veinte industrias;
Vos que sois en México oficial superior;
Catedrático en Princeton, Ministro en Colombia,
En Sydney Senador;

Vosotros, los primeros gigantes de la prensa en Egipto,
Que mantenéis del Nilo el perenne destello
Del que habíanle inundado las glorias de Fenicia;
Vosotros, Sarrouf y Takla;

Vosotros todos, emigrantes, cuya virtud disputa
Al Universo entero nuestro lugar al sol;
Vosotros que parecéis lanzaros a la lucha
Sin fuerza y sin consejo;

Vosotros poseéis la indefectible audacia
Y los viriles fermentos de vuestras herencias,
Con los que el Espíritu salva los límites del espacio
Y a los que nadie ha domeñado;

Vosotros: que esa sangre cuyo ardor os trabaja,
No vayáis a perderla bajo un cielo extranjero,
Volved a reposaros de vuestras duras luchas
Bajo nuestros floridos limoneros;

Venid a vivir y morir dentro de nuestros viejos muros,
Regresad a nosotros y que seais bienvenidos;
No nos destrocéis con atroces funerales,
¡Oh soldados desconocidos!

Pero soñad que el suelo de la Montaña entera
Está pleno de esa sangre que llora en vuestros ojos;
Se puede abandonar el techo pero no el cementerio
Donde vigilan los abuelos.

Este poema, en el que se conjugan un sentimiento desgarradamente telúrico y una emoción universal ante la hazaña del hombre, sintetiza con exacta fidelidad el sentido de las palabras de Takla. He aquí el unánime sentitmiento de las gentes del Líbano. Si se le aprecia armoniosamente, esto es, sin prejuicios ni convencionalismos mezquinos, lo que se siente vivir en

él es amor, un amor que se polariza en la tierra nativa por lo que ésta tiene de maternal, de sufrida y de menesterosa. Es, si se quiere, un gozo doméstico, mansueto, que se prolonga hacia la familia y que se transfigura en los hijos. Por tanto, no es un amor excluyente sino acumulante. Hay que entender este curioso fenómeno, estudiarlo con mente serena y libre. Los libaneses no persiguen ser poderosos para dominar a otros pueblos; no ambicionan ejercer influencia hegemónica alguna. Quieren ser ricos porque han sido pobres, oprimidos y maltratados; y desean que su patria lo sea como un medio de prevenir opresiones futuras. En el fondo de todo ello alienta, sin duda, una milenaria nostalgia que las nuevas generaciones nacidas en otros países solo podrán percibir de un modo muy relativo. Lo valioso, lo positivo de esta nostalgia es que en ella palpita el sentimiento de la lealtad que es uno de los más decisivos valores espirituales.

El libanés ha probado ya su lealtad a los países que le han ofrecido acogida y a cuya vida se integra en el más amplio sentido. En su conducta no existe el problema de la inadaptabilidad o el exclusivismo en ninguno de los campos de la convivencia social: ni en el religioso, ni en el estético, ni en el moral ni en el político. No es tampoco un parásito puesto que sus riquezas las hace a base de trabajo incesante, de sobriedad y de disciplina. En una entrevista que tuve en Beirut con el Dr. Manuel Yunes, doctor en filosofía y letras graduado de la Universidad de Caracas, oí una inteligente definición de la conducta del libanés en las distintas esferas de la sociedad. "Nosotros —me dijo Yunes— no hemos sido inducidos, conforme a la política nacionalista del siglo XIX, a implantar un nacionalismo que margine a los grupos étnico-religiosos que forman el gran tapiz de nuestra población y que cree una superioridad libanesa cristiana. Nada de eso. En la unión y armonía de todos esos grupos reside la fuerza del Líbano. Nuestra Constitución los reconoce y apoya a todos en un clima de libertad e igualdad; protege sus derechos y garantiza sus intereses materiales y espirituales. Nuestro Parlamento es un mosaico en el que se encuentran representadas no solo las circunscripciones geográficas sino las agrupaciones étnico-religiosas. El Líbano ha formado su cultura social y política por un constante aporte de minorías de las más diversas nacionalidades no solo semíticas sino occidentales. Esto ha ocurrido desde los más lejanos tiempos y tiene su explicación en factores geográficos, económicos y culturales. Creo que en las naciones americanas ocurre otro tanto. Los libaneses formamos una de esas minorías que actúan

en América. Es importante determinar la calidad de nuestro aporte así como su volumen cuantitativo. El Líbano no está interesado en condicionar la contribución de sus hijos en aquellos países. No quiere que los libaneses regresen porque la exigüidad de nuestro territorio no lo permite y porque ello no cabe en el plan de nuestro desarrollo que es un plan original y realista. Tampoco deseamos que se envíen al Líbano los capitales formados por los libaneses fuera de este país. Nos interesa conocer el desarrollo de la participación del Líbano en el exterior y especialmente en el Nuevo Mundo y cómo se integran nuestros compatriotas y sus descendientes a la vida social de aquellas naciones. Nos complace que se sientan tan argentinos, tan brasileños, tan venezolanos como libaneses".

Como se puede advertir, estas palabras de Yunes aclaran y en cierto modo rectifican las del señor Takla. En efecto, ni el territorio libanés puede alojar a todos sus emigrados ni la economía del país podría prescindir sin un profundo desequilibrio, del aporte financiero que sus hijos le envían del exterior.

"Nos complace que se sientan tan argentinos, tan brasileños, tan venezolanos como libaneses". Al decir esto el doctor Yunes toca uno de los puntos más sugestivos: el de la adaptabilidad de sus compatriotas a las formas de vida de los pueblos donde residen. El mismo me pareció en aquellos momentos un vehemente venezolano. Don Camilo Daccasch es un colombiano en sus gestos, en su porte, en el énfasis de su elocución española. Habitante por más de treinta años de un país eminentemente intelectual y político, aunque sin profundizar mucho en estas materias, él habla de ellas con elegante soltura. Don Miguel Lilue es un típico caraqueño... de la época anterior al petróleo (1). A esta virtud peculiar de la adaptabilidad (e incluso del mimetismo) está sin duda ligado el extraordinario poder de la asimilación de este pueblo en relación con las lenguas. "Este país —ha escrito René Habachi— que habló el fenicio y el faraónico, el arameo y el asirio, el persa y el griego y el latín, habla hoy el árabe, el francés y el inglés y también un poco el español y el portugués. El arte de la traducción —añade este notable escritor— es a las culturas lo que el cambio a las monedas extranjeras. Si el Líbano refleja como un espejo las luces que convergen de todas partes, él proyecta también algunas, lo que quiere decir que entre nosotros poco a poco se está preparando una síntesis" (2).

---

(1) El señor Lilue ha fallecido recientemente en Caracas, en donde residía con su familia.

(2) "Liban 61". Conferencia en el Cenáculo Libanés, abril de 1961.

Quizá el escritor Habachi debió precisar que la que se está preparando en el Líbano es una síntesis nueva. Porque evidentemente el Líbano de hoy no es el del siglo pasado. Del rápido cambio que allí se ha producido nos hace una perspicaz descripción el historiador Hitti. El occidental que visitara el país a comienzos del siglo XIX quedaba necesariamente impresionado por la extraña decoración del escenario local. Los hombres vestían abombados calzones (*sirwal*) o una especie de kimono, el *guinbaz*, con *tarbush* (turbante arrollado o suelto), mientras que las mujeres, fuesen cristianas o musulmanas, no aparecían en público sin velo y las de alto rango tocadas con el plateado *tantur* en forma de cuerno. Sentados en cojines bajos sobre el piso, comiendo directamente de las bandejas y bebiendo de pequeños jarros con picos o cuellos, rara era la persona que conociese otra lengua que la árabe. Sin embargo, al finalizar el siglo, el mismo viajero se sentiría como en su casa en un hogar de Beirut. Al describir los caracteres socio-económicos, Hitti señala la expansión urbana y la aparición de una tercera clase que se hace notable en el horizonte social. Es la clase mercantil que viene a tipificar el Líbano nuevo. Anteriormente sólo existían dos clases: la superior de los aristócratas, los terratenientes y los eclesiásticos, y la inferior de los trabajadores del campo y de la ciudad. En concomitancia con esto la institución familiar de tipo patriarcal se formaba por la correlación de tres sucesivas generaciones que convivían bajo el mismo techo y que se mantenían unidas por el tutelaje del miembro más viejo. No importaba cuantos fueran los niños: siempre había sitio para ellos. La propiedad se mantenía como posesión común de la familia, la que vivía pendiente de la existencia del abuelo. Esto ha cambiado fundamentalmente. Con la dispersión de la gran unidad familiar ciertos lazos se han aflojado. Siguiendo el modelo occidental, los jóvenes de hoy ejercen el privilegio de escoger mujer fuera del círculo de la parentela y de esta manera se apartan de la vieja generación. Con la invasión de las ideas occidentales —observa Hitti— se ha formado un nuevo ritmo de pensamiento que no es del todo viejo ni nuevo sino una combinación de lo uno y lo otro. Esta combinación representa en el Líbano menos dificultad que en los otros países árabes.

Pero la originalidad libanesa consiste en que estos cambios propios de una época revolucionaria en todos los órdenes de la vida del hombre, no impiden que el Líbano siga siendo un remanso de convivencia. Consciente de las determinantes históricas y geográficas, Michel Chiha hace este fino y sedante retrato de su país: "Renovando indefinidamente su periplo o persiguiendo su meditación milenaria, el Líbano, cadena de montañas y república marítima en el cruce de los continentes y de las rutas, sigue siendo un alto lugar del espíritu, del recogimiento y de la paz. El permanece en medio de

las naciones, en el centro del movimiento que lo solicita, como una casa de campo en las ciudades, como un retiro sobre las cumbres. El os recuerda todos los rasgos del conocimiento, todas las lasitudes, todos los silencios... Tierra de asilo para la inteligencia que se inquieta y de paz para la fe amenazada, a este conjunto de tradiciones (a las que todo el mundo árabe es sensible) el Líbano se propone permanecer fiel... Este Líbano tan anciano, en una visión humana del porvenir propone a las naciones que lo visitan las imágenes y las formas conciliadoras de su presente y de su pasado. Si en el tiempo y el espacio él se establece en la ruta natural de la grandeza y del poderío, tiene también conciencia de ser, sobre todo, el país de la tolerancia y de la fraternidad" (1).

Mas junto a Chiha, tan agudo definidor de su pueblo y tan rígido propugnador de los valores morales, hay que citar de nuevo a René Habachi. Es este quizáá el que con mayor precisión señala el significado del cambio en concordancia con los factores que lo determinan. Según Habachi, durante los largos años de la opresión extranjera, en el Líbano se formó una visión artificial de los valores sociológicos invirtiendo los significados históricos y geográficos. "El hábito —dice— nos conduce a considerar el mar como una frontera y la tierra firme como un lazo de unión. Esta visión es artificial. Ella no toma en cuenta el descubrimiento de la moderna fenomenología según la cual las cosas no existen sino conforme a la significación que nuestras relaciones con ellas nos permitan desentrañar. Para un pueblo de beduinos, por ejemplo, —de nómades que conducen sus rebaños—, el mar adquiere significado de límite, mientras que el desierto por el contrario, representa la unión. Para un pueblo de marinos es a la inversa: el desierto es una ruptura, una barrera insalvable, en tanto que el mar es una red de comunicaciones".

A lo largo de consideraciones de este jaez, todas muy finas y muy certeras, Habachi arriba a la conclusión de que, gracias a los cambios de todo orden operados en los últimos tiempos, el Líbano ha reencontrado su viejo espíritu, el de la activa y emprendedora Fenicia, fundadora de ciudades y transmisora de conocimientos. "A esta movilidad de los hombres —dice— corresponde la de los negocios y los capitales... A causa de esta elasticidad adquirida a través del tiempo y a causa de su aptitud para adaptarse a las condiciones nuevas, el mercado de Beirut atrae los capitales de otras naciones. En el espacio de dos o tres años aparece una veintena de bancos nuevos y

(1) **Revista Liban, número dedicado a la UNESCO, 1948, p. 11.**

una nube de corresponsales se distribuyen por todo el mundo. Rusos y americanos darán la vuelta al Cosmos pero yo apuesto a que el primer banco de Venus será libanés. Sus capitales serán musulmanes y cristianos porque en este terreno el confesionalismo juega un papel secundario. ¡Lástima que tengamos que hablar aquí del Líbano 61 y no del Líbano 75 o del Líbano 81! Se podrían decir tantas cosas interesantes!" (2).

Bajo este cúmulo de impresiones, conquistado por la bíblica paz de la Montaña pero al mismo tiempo desconcertado por la febril agitación de la costa, me presenté yo en uno de los salones del Hotel Carlton el martes 28 de septiembre de 1965 para hablar a un auditorio de libaneses acerca de Venezuela. El señor José Assaf traducía mis palabras al árabe a medida que iban brotando de mi conciencia a través de mis labios. Hice un recuento muy resumido de la historia de mi país y luego me referí al aporte extranjero en nuestra guerra de independencia, en nuestro comercio y en nuestra cultura. Ingleses, franceses, italianos, alemanes y norteamericanos desfilaron por la pantalla verbal de mi evocación para culminar con los orientales y en particular con los libaneses cuya participación en nuestro proceso económico, cultural y social no sólo no ha sido suficientemente estudiada sino en cierto modo desfigurada. ¿Por qué ha sido así? ¿Vale la pena que esto se explique? Supongo que sí. Imagino que, por lo menos, esta explicación tiene el mismo interés que en el caso de aquellas otras nacionalidades acerca de cuyas contribuciones tanto se ha hablado y escrito. En suma, esto es propio de historiadores y yo soy un historiador.

Conferencia de Don Ramón Díaz Sánchez en el Hotel Carlton de Beirut.

(2) Conferencia citada, pág. 16.

SEGUNDA PARTE

HITOS DE LA NACION LIBANESA

I — EL VALLE DE LOS SANTOS

SUBIENDO por la vertiente del Monte Líbano hemos llegado al Valle de la *Kadisha.* En estos lugares de la Montaña, a los que ascendemos en la mañana de un transparente domingo, vamos a hallar la comprobación de un pueblo que ha asimilado la severa lección de la historia. Ante nuestra mirada, perfilado por el cristal de sus crestas, se eleva el *Qornet es Saouda,* punto culminante del Líbano, a 3083 metros de altura.

Para esta ascensión hemos partido de Beirut por la gran calzada de la orilla del mar y hemos llegado hasta cerca de Trípoli; luego nos hemos desviado hacia el Sudeste y, cruzando los colinas de la *Koura Inferior,* que separan el santo valle del litoral, nos encontramos en el corazón del Líbano maronita. A derecha e izquierda hemos visto desfilar poblaciones nuevas y viejas, edificiso de piedra rosada y zonas deforestadas que se barajan con jubilosos vergeles, con olivares y manzanares. La verdad es que no obstante la enérgica obra de reforestación emprendida por el Estado, todavía es posible advertir las trazas de la antigua devastación consumada por gobernantes rapaces que no vacilaron en talar los inmensos bosques para satisfacer su codicia desenfrenada. Pero esto no es lo fundamental de un paisaje en el que la naturaleza llega al espíritu magnificada por su belleza. Una apretada red de caminos pavimentados nos permite recorrer en escasas horas y en óptimas condiciones casi todo el luminoso escenario.

Los que vamos cruzando en nuestra ascensión son en su mayoría pueblos cristianos. Conventos, capillas, santuarios, pequeños y pintorescos lugares de devoción que alternan con antiguas ruinas romanas, llenan esta deliciosa comarca considerada como la cuna de la nacionalidad libanesa. Aquí se refugiaron durante las tempestades del siglo IV los fugitivos monjes de San Marón acosados por la implacable persecución de otras sectas cristianas sirias —monofisitas, monotelistas y jacobitas— y aquí se fortaleció el cristianismo ortodoxo. Aquí, asímismo, se libraron las más sangrientas batallas contra la rapacidad del imperio otomano.

¿Quiénes son los maronitas y cual es su origen? Son un pueblo cristiano establecido desde hace largo tiempo en el Monte Líbano —nos explica Mons. Pierre Chebli, antiguo Arzobispo de Beirut—, y forman una comu-

nidad y una Iglesia aparte que se distingue, desde el punto de vista eclesiástico, con una jerarquía especial que tuvo a su cabeza un Patriarca de Antioquía en comunión con la Iglesia Católica de Roma y que usó en su liturgia la lengua siriaca. Desde el punto de vista etnológico la masa de este pueblo es autóctona y desciende directamente de antiguos habitantes de la costa fenicia; pertenece a la raza cananea y se cometería un error en identificarla con los arameos y los semitas, sin que por esto se nieguen o desconozcan las infiltraciones que necesariamente ha sufrido debido a su situación en el centro del mundo semítico. El nombre de maronitas les viene de San Marón, quien vivió de finales del siglo IV a los primeros años del V en la región de Cirrestica, al Norte de Antioquía.

En cuanto al Patriarcado maronita, éste fue trasladado al Líbano en el año 327 de la Hégira (939 de nuestra Era) a consecuencia de la destrucción del monasterio de Siria por los árabes invasores. Ese monasterio fue la cuna de la Iglesia maronita, el que dio su nombre al pueblo maronita.

Kadisha significa santo en lengua siriaca. En estos alrededores se encuentran las grutas, las ríspidas cuevas en las que numerosos ascetas hicieron vida de solitarios. Algunas de ellas están en lugares tan abruptos e inaccesibles como los nidos de las águilas y los buitres. En los huecos sombríos, huyendo del contacto con el pecado, los hombres se sentían más cercanos a Dios. En las proximidades de la población de Hadchit, descendiendo por un brusco sendero, se pueden alcanzar algunos de estos impresionantes refugios en los que todavía se respira la santidad: tales la gruta de *Deir Salib* (convento de la Cruz) decorada con pinturas bizantinas y ostentando inscripciones en *strangelo* (siriaco vertical); la capilla rupestre de *Mar Antoun Beddawi* (San Antonio de Padua); las grutas de *Mar Selwan,* de *Mar Challita* y de *Mar Djourious* que habitaron hoscos anacoretas; la gruta de *Mar Youhanna* con su curioso santuario abierto a 1160 metros de elevación, en una cueva dividida en tres pisos y decorada con pinturas que hoy resultan casi invisibles. Unos kilómetros más de camino y sobre la orilla derecha de la *Kadisha* encontramos el pueblo de Ras Kifa, cerca del cual, en un escarpado que domina el puente tendido a través del valle, hallamos la interesante capilla de *Mar Elias* (San Elías) alojada en una gruta parcialmente tallada en la roca, y en cuyo ábside hay una Deisis de ejecución bizantina con inscripciones en siriaco vertical. Esta capilla ha sucedido a una antigua construcción del tiempo de los romanos.

La ruta sigue subiendo en zig-zag. Desde ella se puede ver el convento griego ortodoxo de *Hamatoura* rodeado de numerosas y vastas grutas. Su iglesia está construída a medias dentro de una de ellas. En Hadet, a poca distancia de ese lugar, existe una floresta de cedros sagrados que, aunque más abundantes, son menos bellos que los famosos de Becharré. Mas adelante aún, en Dimán, está la residencia estival del Patriarca maronita del Líbano junto a una pequeña aldea habitada por agricultores que trabajan las tierras del patriarcado. Y a una hora de allí, cruzando el puente de la *Kadisha*, se llega al convento de *Deir Qannoubin*, el más importante de los santuarios de la región.

Hénos aquí en el centro espiritual de la cristiandad libanesa. Fundado, según se dice, por Teodosio el Grande (379-395), desde el siglo XV este convento es la residencia de los patriarcas maronitas cuyas tumbas se conservan en una capilla construída a 150 metros frente a la entrada de una gruta que es objeto de particular veneración porque en ella, según la leyenda, ocurrió la muerte de Santa Marina. ¿Quién fue esta noble mujer en torno a cuya memoria flotan los perfumes de la Montaña? A juzgar por las tradiciones locales se trata de una virgen extraordinaria nacida en Qalamoun y convertida en anacoreta en las salvajes gargantas de la Kadisha. Tocada por el rayo de Dios, ella salvó milagrosamente a un mísero niño al que halló abandonado y al que alimentó con su leche. Y esta es la razón por la cual las madres que no pueden amamantar a sus hijos vienen en peregrinación a esta gruta en cuyos hermosos jardines dirigen sus plegarias a la milagrosa Marina.

En el milenario convento de Qannoubin los despojos de los viejos ascetas se hallan depositados en ataudes cubiertos de vidrio que se conservan en una cripta, verticalmente recostados a las paredes y parcialmente conservados gracias a la sequedad de la atmósfera. Connstruída en una gruta de formación natural, la Iglesia está dedicada a la Virgen María y en ella se exhibe la momia de un anntiguo prelado a quien la leyenda señala como el patriarca Tyan muerto hace más de cien años. Esta iglesia fue decorada con pinturas cuya época no puede determinarse, aunque en su totalidad son bizantinas. En el ábside se ve una Deisis confusa, con un Cristo inmenso envuelto en guirnaldas de querubines, cuyas inscripciones están en siriaco y en latín más o menos moderno. A la derecha del Cristo, en lugar de San Juan aparece un San Etienne. En el centro una enorme composición representa la coronación de la Virgen y a los pies de ésta, en sendos retratos, una serie de patriarcas maronitas ostentan sus vestiduras pontificales.

La impresión que en nuestros espíritus dejan estos lugares tiene algo de misterioso, de sobrehumano. El hombre ha grabado su huella en el tiempo, y en el duro pulmón de la piedra respiran sus sueños a través de los siglos. En todo esto palpita una angustia de redención que busca el camino del Cielo, más allá de los odios, de los prejuicios y del terror de la muerte. En cada trazo del arte, en cada plegaria y en cada línea escrita en los pergaminos, hay una pregunta que espera respuesta. Aunque a la fe en el milagro haya sucedido la fe en la ciencia, las miradas se dirigen siempre a la altura desde donde han de venir la palabra secreta y el signo desconocido. El Líbano es una extraña mezcla de estas dos actitudes, la del milagro y la de la técnica, la de la plegaria y la del cálculo. Basta dejar la costa y subir a la montaña para darse cuenta de ello. *"East is East and West is West and they never shall meet"* —dijo alguien en alguna oportunidad— mas el que pronunció tales palabras seguramente no conoció este país en cuyo complejo geográfico se realiza el fantástico encuentro.

II — LOS BIBLICOS CEDROS

LORESTAS de Cedros, conjuntos más o menos cuantiosos del árbol sagrado, sobreviven a la antigua devastación en diversos lugares de la Montaña —en Hadeth Jobbé, en Baslouquit, cerca de Ehden; en las cercanías de Maaser ech Chouf— sin embargo la más famosa de ellas es la de Becharré, a un paso de la *Kadisha*. Durante nuestra visita a estos encantadores lugares un divertido espectáculo se ofreció a nuestra mirada. Más de cien jóvenes de la región danzaban al son de un tambor, ejecutando la danza *Dabke* con toda su ingenuidad pueblerina. Cogidos de los brazos y balanceándose rítmicamente, mujeres y hombres describen una múltiple ronda llena de colorido. Los había rubios y morenos y todos se sonreían diciéndose cosas amables.

Becharré es un burgo de 4000 habitantes, construído a 1.400 metros de altura, desde cuya eminencia se domina un espléndido panorama. Rodeado de hermosos vergeles en los que se cultivan la viña y la morera (esta última para la cría de gusanos de seda) es un centro ideal de turismo. Además de tres o cuatro modernos hoteles, existe allí una acreditada fuente termal, la de Bkerkacha.

En los tiempos de los Cruzados Becharré se llamó Buisera y fue un feudo del condado de Trípoli. Posée cuatro iglesias y entre sus atracciones intelectuales se cuenta la tumba y el pequeño museo del poeta por excelencia del Líbano maronita, Gibrán Jalil Gibrán (1883-1931), de quien luego hablaremos. Desde Becharré la calzada remonta formando un lazo por la garganta de la *Kadisha* y en seguida se percibe la obscura mancha del sagrado cedral sobre la suave amatista del cielo. Arribamos a una concurrida estación hotelera y ya nos hallamos bajo la sombra de los espléndidos árboles que polarizan la devoción ancestral y que sirven de emblema a la nueva nación. Hénos aquí respirando los aires del símbolo, a 1.950 metros de elevación.

"Los cedros de Becharré —explica una Guía del país— representan uno de los últimos vestigios de las vastas florestas que en la época bíblica cubrieron el Líbano. Tiro y Sidón los utilizaron para sus viviendas, para sus estatuas y para los mástiles de sus navíos. Salomón los llevó a Jerusalem para la construcción de su Templo.

Cedros en invierno.

Cedros en la nieve.

"El Cedro del Líbano (Cedrus Líbani) —continúa esta publicación— es vecino del *Cedrus Deodara* originario del Himalaya, que se encuentra también en el Thibet, y del *Cedrus Atlántica* que crece en las montañas del Atlas, en Africa. Existen cedros del Líbano en los montes Taurus y Amanus, en Turquía. Su tallo, generalmente recto, puede alcanzar más de treinta metros de altura sobre un tronco de trece a catorce metros de circunferencia. Sus brazos poderosos crecen en planos irregulares, divididos en gran número de ramas dispuestas horizontalmente en abanico. La madera es firme, pulida, rojiza; posée un sabor amargo que repugna a los insectos y que asegura su incorruptibilidad"

Traemos a cuento esta explicación porque con ella esperamos evitar confusiones. El cedro del Líbano no es una conífera común y no debe ser confundido con el cedro de Venezuela que pertenece en realidad a la familia de la cedrela mexicana. Vale la pena insistir en esta diferenciación para definir mejor la materia. "*Cedro* —leemos en el Diccionario de la Real Academia Española— (Del latín *cedrus* y este del griego *Xedros*). Arbol de la familia de las abietáceas, de unos 40 metros de altura, con tronco grueso y derecho, ramas horizontales, hojas persistentes casi punzantes, flores rojas al principio y después amarillas y cuyo fruto es la cédride. Vive más de dos mil años y su madera, de color más claro que la del caobo, es aromática, com-

Tipo libanés; le acompaña el autor. Fotografía tomada en medio de los Cedros de Becharré.

pacta y de larguísima duración". Este es el cedro del Líbano. En el mismo Diccionario se hacen referencias a las plantas del mismo nombre que se producen en la India, en Costa Rica y en Misiones (República Argentina). En cuanto a la *Cedrela Mexicana* he aquí como la define nuestro eminente naturalista Lisandro Alvarado en su "Glosario del Bajo Español en Venezuela" (Vol I, pág. 130 y siguientes): "Meliáceas. Arbol elevado, muy coposo, de hojas lampiñas, alternas, imparapinadas, flores de un amarillo pálido, en grandes panojas péndulas, que despiden un olor nauseabundo cuando van marchitándose; cápsulas ovoideas, semillas con ala terminal. Madera muy preciada, aromática, de sabor amargo. La *C. Browni* tiene el propio nombre vulgar. Sinónimos: Cedro amargo, Cedro blanco, Cedro dulce".

Los simbólicos cedros del Líbano, elogiados por los profetas, cantados por grandes bardos y utilizados hasta el exterminio por los fenicios, por los egipcios y por toda la larga serie de conquistadores que hollaron durante milenios estas admirables montañas, sobreviven hoy al pie del *Djebel Makhmal,* a 1921 metros de altura, en una morrena que data de la última glaciación cuando las precipitaciones eran más abundantes. Ellos forman en nuestros días un grupo homogéneo cuyo número se aproxima a los cuatrocientos pero cuyos individuos no tienen todos la misma edad. Se estima que los más jóvenes cuentan alrededor de doscientos años mientras que otros alcanzan los cuatrocientos, setecientos y hasta mil, encontrándose solo muy pocos que lleguen a una edad mayor. Tres siglos atrás eran más numerosos. En 1550 se contaban veintiocho de más de mil años, los que para 1660 se habían reducido a veintidós. En 1696 se contaban unos diez y seis y en la actualidad no pasan de doce. Estos milenarios sobrevivientes se alzan sobre dos mamelones, cinco de un lado y siete del otro. Los más desarrollados miden hasta 25 metros de altura y 12 de circunferencia en la base del tronco.

Los maronitas tributan al Cedro una particular devoción. *Arz er Rab* (Cedro del Señor) es el nombre que dan a la hermosa planta. Colocados bajo la protección del Patriarca, desde 1843 existe en este lugar, en medio de la floresta, una pequeña capilla en la que un sacerdote cristiano llena la santa misión de resembrar las semillas del símbolo y de perpetuar de este modo los lazos que unen a la nación. También hay guardias armados encargados de subrayar las mansas palabras del clérigo.

En la antigüedad, en algunas regiones de Oriente, el Cedro fue conocido con el nombre de *Ubhul.* Isaías, uno de sus cantores, habló así de él:

El P. Joseph Raffoul, el señor N. D. Dao y el autor en medio de los sagrados Cedros de Becharré.

"A ti vendrá lo más precioso del Líbano, y el abeto, y el boj, y el pino para servir todos juntos al adorno de mi Santuario; y yo llenaré de gloria el lugar donde asentaré mis pies". Y Ezequiel, en su terrible metáfora sobre la caída del Faraón: "Depón ese orgullo; mira a Asur, que cual cedro sobre el Líbano, de hermosos ramos y frondosas hojas, y de sublime altura, elevaba su copa en medio de sus densas ramas... Nutriéronle las aguas, y un abismo *o mar inmenso* lo encumbró; sus ríos corrían alrededor de sus raíces, y él hacía pasar sus arroyos por todos los árboles de aquella región... Por eso superó en altura todos los arboles del país, y multiplicáronse sus arbole-

das, y se dilataron merced a la abundancia de las aguas... Y como él arrojaba una grande sombra, anidaron bajo de sus ramas todas las aves del cielo, y criaron debajo de su frondosidad todas las bestias de los bosques, y a su sombra se acogía un inmenso gentío... Y era un árbol hermosísimo por la elevación y por la extensión de sus ramas; porque sus raíces se hállaban cerca de abundantes aguas... En el paraíso de Dios no hubo cedros más empinados que él; no igualaron los abetos a su copa; ni los plátanos emparejaron con sus ramas; no hubo en el paraíso de Dios un árbol semejante a él, ni de tanta hermosura... Y porque yo lo hice tan hermoso, y de tantas y tan frondosas ramas, tuvieron envidia de él todos los árboles deliciosos que había en el paraíso de Dios... Por lo cual esto dice el Señor Dios: Porque él se ha encumbrado, y ostentado su verde y frondosa copa, y su corazón se ha ensoberbecido viéndose tan alto... yo lo he entregado en poder del más fuerte de entre los pueblos, el cual hará de él lo que querrá: yo lo he desechado, según merecía su impiedad". (Cap. XXXI, vers. 3 al 11).

Desde los tiempos más antiguos las florestas del Líbano fueron explotadas intensamente. Hacia el año 2000, señala el historiador Jawad Boulos (1), el único punto de embarque era el puerto de Kepeni, nombre egipcio de Gebail-Byblos. Los egipcios daban a sus navíos el nombre de *Kebentiou* que significa giblitas. Los asirios parece que no desdeñaron la riqueza de esas florestas. A la muerte del rey Sargón (705 A.C.) Isaías exclamaba: "Los cipreses se alegrarán de tu caída, con los cedros del Líbano. Desde que estás sin movimiento nadie ha vuelto a subir para abatirlos". Por su parte Senaquerib se vanagloriaba de escalar a las más altas cumbres para deforestarlas.

La ocasión más resonante en que la Biblia hace mención de estos árboles es aquella en que se refiere a la construcción del Templo de Jerusalén cuando, a pedido de Salomón, cedros y cipreses fueron expedidos a Jaffa desde los puertos de la costa fenicia. Pero son los romanos, al fin, quienes ponen control a la explotación. Bajo Adriano, el Estado se reserva las maderas del pino, el abeto, el ciprés y el cedro para la construcción de bajeles. "Si el Líbano —dice Boulos— está actualmente tan erosionado, ello se debe a que después del Imperio romano los regímenes que se han sucedido no han conservado aquella saludable reglamentación". Hoy, en este país, se trata a los cedros como seres sagrados, como profetas que transmiten desde el pasado sus mensajes al porvenir. Uno de esos mensajes viene desde los tiem-

(1) "Les Peuples et les civilisations du Proche Orient", (t. I, pág. 70).

pos del Faraón Snefru, fundador de la IV dinastía, quien 2650 Años A. C. realizó un viaje al Líbano de donde llevó cuarenta navíos cargados con troncos de cedros para fabricar edificios en su país. Bien conservadas habas de aquellos árboles han sido halladas, recientemente, en la cámara funeraria del remoto monarca, en la Pirámide de Dahshur. En la primavera de 1954 un joven arqueólogo egipcio encontró, a sesenta pies de profundidad, en la Pirámide de Cheops, la barca funeraria que aquel Faraón hizo construir con madera de cedro y cuyas piezas, protegidas por grandes piedras, se hallaron no solo intactas sino con su fino olor peculiar.

¿Qué se hace en la actualidad para proteger los restos de las sagradas florestas? Ya lo hemos dicho: se las cuida, se las mima, se las venera como a seres simbólicos. 15.000 dólares ha pagado el gobierno del Líbano por un viejo hotel de turismo, para derribarlo, porque dentro de él nacieron dos cedros. Durante nuestra visita hemos visto los seculares troncos marcados con los nombres de numerosos viajeros ilustres, entre los cuales se cuentan Alfonso de Lamartine y su hija Julia (1).

Dentro de la pequeña capilla encontramos un puñado de fieles que oran y a dos pasos de ella, bajo la sombra de los ramajes, saludamos al Padre *José Raffoul, centinela sin armas de este lugar. Es un hombre amable,* de barba cana, cercano a los setenta años e iluminado por una sonrisa que abre el camino hacia la confianza. Sus primeras palabras son para interrogarnos acerca de nuestra procedencia y casi sin transición se pone a contarnos la historia de los cedros sagrados sobre los cuales está escribiendo una entusiasta monografía. Cuando Adán y Eva —nos dice— andaban por estas comarcas en busca de un sitio adecuado para pasar el verano, decidieron instalarse en este lugar bajo la sombra de las espléndidas copas. Hombre imaginativo, el Padre Raffoul se refiere a los fundadores del género humano no como a seres excepcionales sino como a una pareja andariega que iba de un lado a otro con cierto aire de exploradores o de turistas. Ya existían entonces, en este privilegiado paraje, algunos cedros de más de mil años. Difiriendo un tanto de los textos de botánica y aún de las guías del país, el entusiasmo de este buen sacerdote adquiere un cieto tono de suficiencia al referirse a la edad de estos árboles entre los cuales, según su opi-

(1) Lamartine visitó el Líbano en 1832 pero parece que no pudo subir al cedral a causa de la nieve que obstruía los caminos. Se dice que fue el Padre Géramb quien, adelantándose a él unos meses, grabó su nombre y el de su hija en la corteza del cedro. El nombre del sacerdote está también en el mismo árbol.

nión, hay por lo menos siete que cuentan, cada uno, más de cinco milenios. Las guías, sin embargo, nos dicen que el más antiguo de ellos no llega a los dos mil años. Nuestro Samán de Güere, si nos atenemos a los datos de Humboldt, alcanza en la actualidad unos mil sesenta.

Cedro, en siriaco, se dice *Roso* y significa secreto, nos informa el P. Raffoul, quien con risueña solicitud va a su capilla y vuelve poco después con un fruto ovalado y ya seco en su mano. Es una bellota del santo árbol. Me la da y me dice con sencillez: "Aquí está la semilla del *Arz er Rab*. Consérvela usted como un recuerdo de su visita a este lugar. Llévela a su país. Ella le recordará que alguna vez descansó usted a la sombra del árbol de Dios".

Al proseguir nuestra caminata a través del cedral, en las estribaciones de la vertiente encontramos a numerosas personas que suben y bajan con la emoción pintada en los rostros. Hallamos también grupos de gentes afables que comen sentadas sobre la hierba mientras los soldados que hacen la vigilancia van y vienen por los senderos. Ante uno de tales grupos nos detenemos y nuestro acompañante, don N. D. Dao, habla en árabe a sus integrantes. Instantáneamente se produce un circuito de simpatía. El jefe de la familia nos presenta a su esposa, a sus hijos y a sus amigos y un gárrulo grupo de lindas muchachas vienen a ofrecernos manjares y flores del campo. Algunas nos preguntan si conocemos tales o cuales parientes suyos que viven en Buenos Aires o en Veracruz. El jefe de la familia nos invita entonces a compartir los numerosos platos de su menú pero nosotros nos limitamos a tomar unas copas de *arak* antes de continuar nuestra deliciosa excursión por las estribaciones de la Montaña.

III — EHDEN - EL HEROE - EL HISTORIADOR

DESDE Becharré se puede llegar a Ehden directamente por un camino de herradura que atraviesa el escorzo de la serranía, pero nosotros preferimos hacerlo por la calzada en un cómodo y veloz automóvil.

Ehden es una villa importante, a 1.450 metros sobre el Mediterráneo; una acreditada estación estival llena de fuentes termales, rodeada de ruinas ilustres y dotada de excelentes hoteles. Posée una moderna iglesia en la cual se conserva la momia de Joseph Bey Karam, héroe de la independencia del Líbano, y una bella plaza arbolada en cuyo centro se eleva la estatua ecuestre del mismo prócer. Al detenernos en este lugar advertimos el interés que nuestra presencia despierta en las gentes del pueblo. Hay aquí niños que juegan al aire libre, como en Caracas; mujeres trajeadas de negro y hombres que toman el sol fumando en sus narghilés.

Joseph Karam es un héroe romántico, un gran patriota que luchó en vano contra el dominio turco a mediados del siglo pasado. Hermoso, valiente, emotivo, este montañés singular dio grandes pruebas de generosidad y de abnegación que lamentablemente habían de concluir en un inevitable fracaso dadas las circunstancias de la política internacional en aquellos momentos.

Para entender esa situación hay que remontarse a veinte años atrás o sea a la epoca en que, como consecuencia de la desastrosa alianza líbano-egipcia y de la caida del Emir Bechir II, llamado el Grande (1), el país libanés quedó convertido en un campo de luchas internas y de intrigas extrañas determinadas por los intereses de las potencias de Europa.

(1) Véase el capítulo siguiente.

He aquí cómo explica el historiador y diplomático Nagib Dahdáh los acontecimientos de aquellos momentos: "Cuando en 1841, aprovechándose de los desórdenes y de las guerras civiles, la Sublime Puerta (1) destituyó al último emir libanés, Bechir III, y nombró en su lugar a Omar-Bajá, el Cuerpo diplomatico acreditado en Constantinopla protestó enérgicamente ante el sultán y éste tuvo que acceder por ese motivo a entablar negociaciones con los representantes de las grandes Potencias. Era la primera gestión colectiva solemne de las Potencias europeas en favor de la entidad libanesa. Iba a tener como resultado una última decisión otomana, unilateral en apariencia, sobre el régimen administrativo del Líbano: su división en dos *caimacamats*, uno maronita y otro druso". "....Contrariamente —continúa Dahdáh— a lo que esperaba el Imperio Otomano —al que se consideraba ya el "hombre enfermo" de la política europea— sus turbias maniobras y la anarquía que provocó de 1841 a 1860 en el territorio del Líbano, precipitaron la evolución de nuestro país para poder ocupar su lugar en la vida internacional (2)".

Lo que sigue a continuación es un período de agitaciones y de intervenciones externas que va a culminar en 1860 con una conferencia internacional (Austria, Francia, Gran Bretaña, Prusia, Rusia y Turquía) de la que surge finalmente una convención por la cual Francia es autorizada a enviar un ejército de hasta 6.000 hombres para la pacificación de Siria y el Líbano, en tanto que en su conjunto las mencionadas potencias se comprometen a sostener una fuerza naval permanente en las costas. De esta conferencia, a la que los libaneses suelen llamar su "primera independencia", surge también un Reglamento Orgánico por el cual habrá de regirse la vida administrativa del Líbano.

Es entonces cuando entran a actuar los gobernadores autónomos otomanos frente al primero de los cuales, Daúd-Bajá, se coloca Joseph Karam en actitud retadora. ¿Cuáles son las reivindicaciones que esgrime Karam en esos momentos? Protesta ante las potencias contra el nombramiento de un gobernador extranjero y pide mayores limitaciones para la autoridad de Turquía sobre su maltrecho país. Pero a esto responde Fuad-Bajá, plenipotenciario enviado por el sultán para liquidar los problemas de la guerra

(1) La Sublime Puerta era el nombre que se daba a la Corte Otomana de Constantinopla, a causa del alto portal por el que se entraba a los edificios donde funcionaban los principales despachos del Estado. (Hitti: o. c. pág. 363).

(2) "Evolución Histórica del Líbano", págs. 196 y siguientes.

civil libanesa, atrayendo al caudillo a Beirut, mediante promesas y subterfugios, y enviándolo deportado a Constantinopla.

Es así mismo Dahdáh quien relata lo ocurrido en aquella oportunidad. "Pasados cuatro años —dice—, al ver que Daúd-Bajá mostraba deseos de librarse del Imperio Otomano, la Sublime Puerta parece ser que propició a Joseph Karam su huída de Turquía y su regreso clandestino al Líbano, donde llegó el 2 de enero de 1886. Mas, Daúd-Bajá había multiplicado las vejaciones contra numerosos partidarios de Karam. Este último empezó por protestar contra el aumento de los impuestos y los arrestos arbitrarios. Después hizo un llamamiento a todos los libaneses "sin distinción de religión", para que se unieran "en el amor a la patria, a la libertad y a la independencia....".

No tardaría el impetuoso caudillo en pasar de las palabras a los actos concretos. Atacando en varios lugares del Norte y del Kesruán a las fuerzas de polícia y gendarmería, logró desbordar a Daúd-Bajá quien amedrentado solicitó el auxilio de las tropas otomanas. En esta oportunidad los karamistas rivalizaron en hechos de valentía, con lo que aumentaron notablemente la popularidad de su movimiento.

"De esta manera —dice Dahdáh— los otomanos habían llegado a lograr sus fines al oponer al primer gobernador del Líbano el movimiento nacionalista de un hombre como Joseph Karam, figura que iba a adquirir proporciones de verdadero héroe. Pero hasta allí llegaría la acción directa del líder porque —como explica Dahdáh— dándose cuenta del peligro que representaba para el Líbano este conflicto, el Patriarca maronita Massad intervino, de acuerdo con varios dirigentes libaneses, y después de una junta celebrada en la sede patriarcal de Bekerke, Joseph Karam aceptó expatriarse otra vez". En compañía del cónsul general de Francia, que se hizo responsable de la seguridad personal de Karam, regresó éste a Beirut en medio de entusiastas demostraciones populares de simpatía, y el 17 de enero de 1867 salió para Europa. Veintidós años iba a vivir en un exilio atormentado, tratando en vano de obtener el apoyo de las Potencias europeas para una acción que anhelaba llevar a cabo con objeto de eliminar todo lazo entre el Líbano y el Imperio Otomano. Murió en Nápoles en 1889" (1).

(1) **Ibid. págs. 207 y siguientes.**

En Ehden, en un enorme y vetusto edificio residencial en el que funcionó un hotel veraniego, encontramos al historiador Jawad Boulos, uno de los más interesantes intelectuales que he conocido. Este conocimiento lo debo a N. D. Dao, que fue quien me condujo hasta el personaje.

El Profesor Boulos es un hombre de sesenta y siete años (2) enjuto, moreno, recto y afilado como una espada. Un típico intelectual levantino. Su andar es juvenil y seguro y de él emana una fluida elegancia en la que se conjugan la gravedad oriental y la transparencia francesa. Abogado notable, hoy se encuentra retirado del ejercicio profesional y entregado a una actividad puramente especulativa, a una vida de meditación y de análisis filosófico en el confortable retiro que le proporciona su desahogada fortuna.

En nuestra primera entrevista, en medio de los pinos y de las flores de su jardín, hemos hablado durante más de dos horas de los temas que constituyen la apasionada inquietud de su otoño: los temas de la historia de Oriente y de sus relaciones e implicaciones con la historia del mundo. Días después, en un nuevo encuentro, el historiador nos ha reunido con otras personas en torno a su mesa, y ya familiarizado con nuestra curiosidad y con las preocupaciones que nos arrastran a hablarle de la historia de América, ha iluminado la profunda galería de su erudición y abierto los diques de sus ideas en las que destellan concepciones muy sugestivas acerca de la filosofía de la historia.

Al comienzo —ello es explicable— la actitud de Boulos fue un tanto huraña, rígida y defensiva. Ignoraba la misión que nos inducía a aproximarnos a él y, sobre todo, la intención que pudiera ocultarse detrás de nuestro inesperado interés por su persona y su obra. El historiador se ha visto implicado en los últimos tiempos en las excitantes intrínguli de la política libanesa, en las que su nombre se ha mencionado en relación con una

---

(2) Nació en Zgarta, Líbano Norte, el 1° de enero de 1900. Estudió en el Colegio francés de Antura; se licenció en Derecho en la Escuela francesa de esta especialidad, en Beirut, 1923; fue Decano de la Orden de Abogados en 1933; Diputado a la Cámara libanesa en 1938; Ministro de Relaciones Exteriores, de Obras Públicas, de Higiene y de Asistencia Pública de su país en 1943; de este año en adelante se consagró a la composición de su monumental "Historia de los Pueblos y las Civilizaciones del Cercano Oriente", que abarca desde los orígenes de esos pueblos hasta nuestros días y que será presentada en seis volúmenes, de los cuales han circulado ya cuatro. Boulos visitó Venezuela en 1967 y ofreció conferencias en nuestras Universidades y en la Academia Nacional de la Historia.

posible candidatura presidencial, y como no es un político profesional ni hace comedia acerca de las reservas que le inspira la política del Gobierno, lógica es que se muestre discreto e incluso aprensivo en presencia de extranjeros desconocidos. Por lo demás su posición crítica ante el Estado —de la cual nos habla después con amplia franqueza— corresponde a su jerarquía intelectual y al camino que ha elegido en la vida: una posición que se aparta conscientemente de las menudas intrigas para mantenerse cernida en la atmósfera de los grandes problemas de la cultura en los que la historia, como él la concibe, es la maestra por excelencia.

Entendiéndonos en francés, idioma que el profesor Boulos habla con la armoniosa sabiduría del hombre de cátedra, hemos barajado materias del mayor interés sobre las proyecciones históricas del pasado, del presente y del futuro del hombre como creador y trasmisor de cultura. Si he procurado acercarme a él es, justamente, por su autoridad en estas materias. En estos momentos Boulos es quizá el intelectual que mayor expectación suscita en el Líbano y en los otros países de lengua árabe debido principalmente a su obra "Les Peuples et les Civilisations du Proche Orient", cuyos cuatro primeros volúmenes, de más de cuatrocientas páginas cada uno, han sido editados en lengua francesa por la prestigiosa casa Mouton, de Gravenhage, Holanda, precedidos de un corto pero penetrante prefacio de Arnold Toynbee.

Necesario es decir que este extraordinario trabajo del historiador libanés no es la simple y acumulativa labor de un historiógrafo rutinario; no es un mero acarreo de datos ni un corriente relato de los acontecimientos que caracterizaron el largo y complejo proceso de las civilizaciones del lado oriental del Mediterráneo; es mucho más que esto: es una indagación filosófica, fundamentada en bases rigurosamente científicas, en la que el pensamiento maduro, larga y metódicamente macerado al calor de una exhaustiva meditación, fue penetrando en la entraña de estas naciones para determinar su destino y examinar su influencia en el cuadro de las demás civilizaciones humanas.

Lejos está el profesor Boulos de ser un providencialista o un mesianista. Sin perder ni disimular su sensibilidad oriental, que es una de las facetas más sugestivas de su persona, él se presenta como un agudo razonador cuya concepción de la historia se ciñe a una filosofía en cierto modo inclinada al determinismo y sometida a constantes en las que busca las bases de su equilibrio. En efecto, el equilibrio es para él el motor de la historia. Equilibrio en la vida del hombre —materia y espíritu—, equilibrio en el devenir de las

sociedades —equidad y justicia—, y equilibrio en la proyección de las poderosas naciones y los grandes imperios, cuyas fuerzas, como ocurre en la actualidad entre Rusia y Estados Unidos, tienden a armonizarse dentro de las proyecciones históricas que les impone la geografía. A este propósito, y como prueba en apoyo de su criterio, el profesor Boulos nos habla de los imperialismos de Egipto y de Persia en la antigüedad. El primero, nos dice, fue un imperialismo a la defensiva; el segundno un imperio agresivo. Ambos pugnaban por la conquista de Siria (de la gran Siria) que era el eje del Medio Oriente, pero mientras que Egipto, pais de llanuras, necesitaba llevar sus fronteras hasta el territorio sirio para protegerse contra invasiones extrañas, la Persia lo hacía por impulso expansivo. Y esto es lo que ocurre en la actualidad: en tanto que el de Rusia es un imperialismo terrígena, continental (asiático y europeo), el de Estados Unidos lo es marítimo y exterior (extracontinental). ¿Qué va a resultar de estas dos expansiones? La respuesta va a darla la historia: entre los dos poderosos imperialismos tendrá que establecerse un supremo equilibrio. En esta materia Boulos es categórico y su argumentación se funda de preferencia en bases científicas occidentales. En su copioso aparato documental los autores que más a menudo se citan son Mortet, Grousset, Keyserling, Brunhes, Pirenne, Will Durant, Schubart, Berr, Cavaignac, Buffon, Rostand, Siegfried y otros de similar importancia. Sin embargo, Boulos no pretende ser un absolutista. Su idea substancial de la historia es de un eclecticismo armonioso. Así dice en la introducción de su obra: ". . . . las regiones cálidas o frías, la montaña, la llanura, el desierto, etc., desenvuelven en consecuencia tipos humanos diferentes. Se debe advertir, sin embargo, que la influencia del medio geográfico no es absolutamente soberana y que su acción determinante no es en todas partes la misma". A lo cual añade más adelante: "Hemos visto que al establecerse en regiones diferentes, las razas antropológicas se descomponen en razas históricas o grupos étnicos" para formar pueblos o naciones. "Combatiéndose, las naciones se compenetran; tienden a unirse en sociedades. . . . La unidad física, si ha existido, es reemplazada poco a poco por la unidad psíquica, la unidad de semejanza por la unidad de conciencia" (1).

Para coronar este notable trabajo de síntesis, Boulos ha tenido que penetrar en la entraña de las civilizaciones más viejas que son, desde luego, las que más conmociones, modificaciones y mezclas han experimentado a lo largo de siete milenios. En sus cinco imponentes volúmenes ha dividido los grandes ciclos históricos y a lo largo de ellos hace desfilar a los pueblos

(1) Tomo I, págs. 34 y 36.

pioneros de la cultura cuyas conciencias estudia a través del proceso en el que se forman los mitos, las religiones, las lenguas, las artes, las literaturas, el comercio y el alma de las naciones. Allí pueden apreciarse las implicaciones recíprocas que elaboran los mestizajes y las subrazas. Los cuatro tomos hasta ahora editados dan, por su contenido, una idea de esta saga grandiosa. El primero de ellos abarca desde los orígenes esto es, desde el período neolítico, hasta el año de 1600 antes de Cristo; el segundo del 1600 hasta el 64 A. C., el tercero desde la conquista romana hasta la expansión arábigo-islámica o sea del año 64 A. C. al 640 de nuestra era, y el cuarto está consagrado a los árabes. Los dos volúmenes que aún no se habían dado a publicidad para los días de nuestra entrevista, así como el resumen final en el que el autor recogerá sus conclusiones sintéticas,—filosóficas y políticas— serán la culminación de su vasto estudio y de las reflexiones que le ha sugerido la bipolarización de la historia en el Oriente y el Occidente.

Pienso que aún hay mucho que hablar de la obra de Jawad Boulos, de la cual se hará necesariamente mención al correr de estas páginas. Al tratar, por ejemplo, de la geografía, de la sociedad y del hombre como creador y difusor de cultura, no he podido resistir a la tentación de hablarle del héroe y particularmente de nuestro Simón Bolívar. Lamentablemente, entregado como ha estado toda su vida a la meditación y al examen de Oriente, el profesor libanés no posée de la América hispana sino ideas generales. Esto no obstante, al oir mis exposiciones sobre el pensamiento político-filosófico de Bolívar y acerca de la historia y la sociología de los pueblos americanos, no oculta el interés que ello le produce ni discute la validez de un grande hombre que más allá del Atlántico, en época tan reciente y en proyecciones que son expresión de un proceso nuevo, reunió en su persona las dos sustantivas virtudes del genio: el pensamiento y la acción para realizarlo. Boulos, empero, no crée en la acción transformadora del héroe como individuo pues no puede concebirlo como opositor a las leyes históricas que son el producto de dos procesos incontrastables: el geográfico y el social. De consiguiente el papel del héroe es, según él, el de hacer que se cumpla la ley de la historia.

En cuanto a Bolívar, concretamente, llamó la atención de Boulos la conducta del genial caraqueño con referencia al significado de la cultura española en el Nuevo Mundo, expresada con tanto énfasis en sus documentos políticos y de manera especial en su Carta profética de Jamaica. Y es que el historiador libanés encuentra en esta posición de Bolívar, una esencial coincidencia con sus propias ideas sobre el sinificado del arabismo en los países del Próximo Oriente y de modo particular en el Líbano. Para Boulos

hablar de un mundo árabe a propósito de estos países es tan contrario a la filosofía de la historia como para Bolívar lo fue hablar de un mundo español en América. Lo que se ha producido en este mundo oriental —piensa el historiador— es un fenómeno de arabización que no modifica, que no transforma en sus raíces históricas el espíritu de los pueblos. Léase con atención la Carta de Jamaica y se advertirá que lo mismo señala Bolívar: lo que ocurrió en la América llamada española no fue sino un fenómeno de hispanización tras el cual siguió viva la realidad americana.

Por lo demás Jawad Boulos no se encuentra solo en esta actitud. Otros ensayistas modernos del Líbano comparten, total o parcialmente, la misma tesis. "La idea de unificar a todos los países árabes —escribe al respecto Nagib Dahdáh— es, sin duda, una idea generosa, atractiva —por las reminiscencias de una auténtica grandeza pasada— y conforme a las aspiraciones actuales hacia agrupaciones regionales. Pero en la medida en que dicha idea ensalza la creación de un Estado único comprensivo de todo el mundo árabe "desde el Atlántico hasta el Golfo Pérsico" (o Arábigo), ello tropieza con dificultades inherentes a la naturaleza humana. A toda nación corresponde territorialmente una patria, y cuando una nación se propaga lejos de la metrópoli, se dispersa y se divide. Partiendo de las Islas Británicas, los anglosajones colonizaron y poblaron países absolutamente nuevos y anteriormente casi despoblados. Pero los colonos, lejos de continuar formando parte de la nación inglesa, han constituido nuevas naciones. Se dice ahora las "Naciones del Commonwealth Británico" y no la "Nación Británica". El mismo fenómeno es todavía más concluyente en el ejemplo de España, cuyas colonias americanas se desligaron completamente de ella. De modo que si los latinos y los anglosajones emigrados en el Nuevo Mundo fueron naturalmente llevados, por el tiempo y por las necesidades vitales, a constituir una multitud de entidades nacionales distintas de las dos metrópolis, justo es también pensar que la conquista árabe no pudo tener por efecto la definitiva e irremediable destrucción de los caracteres propios de viejos países habitados desde los tiempos más antiguos de la Historia. Toda obra humana tiene sus límites. Una nanción no puede pretender sobrepasar ciertos cuadros geográficos e históricos" (1).

Uno de los ejemplos que invoca Boulos al exponer su tesis de la realidad psicológica nacional es el de la lengua. La literatura árabe tuvo, igual que otras literaturas históricas, un momento de gran esplendor; después en-

(1) **Dahdáh**: "Evolución Histórica del Líbano", págs. 79 y siguientes.

tró en decadencia y hoy se encuentra en grave peligro de muerte. El idioma árabe —nos dice con su precisión categórica— se corrompe, se diversifica en dialectos y cada nación forma una sub-lengua, lo que conducirá a la aparición de idiomas distintos como ocurrió con el latín en Europa. Estos nuevos idiomas, empero, serán siempre de esencia semítica porque el alma de estos pueblos, creación de una geografía singular, seguirá siendo semítica. Me temo —agrega después de reflexionar— que en este mundo geográfico-étnico de la lengua árabe, el pueblo menos literario es el libanés. Los fenicios no fueron originales en materias de arte y literatura; tampoco en materia de religión. Sus dioses tuvieron origen extranjero: egipcios, persas y sirios. No fueron ricos en mitos. Todo el vigor de su espíritu se volcó en el comercio, en lo que sí descollaron como creadores. Y esto explica la creación por ellos del alfabeto que es un indispensable artificio para tratar con los otros pueblos. La geografía puede explicar el fenómeno. El paisaje libanés —mar abierto, montañas abruptas— no era estimulante para el lirismo ni para las pasiones dramáticas. El amor tuvo entre los fenicios la forma de estas montañas. Y se caracterizó por su seriedad, su estabilidad y su corrección. Los libaneses de hoy son sus herederos. Los otros pueblos de lengua árabe y los propios árabes, son completamente distintos.

IV — EL GRAN EMIR

JOSE KARAM fue testigo y actor de acontecimientos de la mayor trascendencia en la historia moderna de su país. La que se consumaba en su tiempo era nada menos que una transformación de las viejas tradiciones feudales en corrientes sociales nuevas. El, aunque no pudo ver coronado su empeño de poner fin al dominio otomano, fue, sin embargo, uno de los más importantes factores de aquel proceso. A Karam le toca vivir en el preciso momento en que la dinastía de los Chehab, los famosos señores de la Montaña, toca a su término con el efímero gobierno de Bechir III. Unos años antes se había eclipsado la estrella del más vigoroso y brillante de aquellos señores, Bechir II, cuya impronta quedó grabada en uno de los más turbulentos y accidentados períodos de la evolución política libanesa.

A fin de redondear la visión de este interesante período histórico, antes de acercarnos a la figura del poeta por excelencia del nuevo Líbano —Gibrán Jalil Gibrán— hemos querido visitar *Beiteddin*, la residencia de aquel ilustre príncipe montañés. (1)

Con relación a Beirut, Ehden, patria chica de Karam y residencia veraniega de Jawad Boulos, demora al Norte. *Beiteddin* está al Sur. Para ordenar nuestro itinerario nos hemos guiado esta vez por un orden de jerarquías al mismo tiempo cronológicas y emotivas. En cierto modo, aunque el poeta Gibrán no hable expresamente de ello, en la substancia de su mensaje hay mucho de la acción, de los ideales y de los sueños del enérgico Bechir y del generoso Karam.

Pero también nos lleva a *Beiteddin* en esta oportunidad, la estela de una mujer singular, de una extranjera enigmática que participó en la vida del Líbano durante esa misma época y que dejó grabado su nombre en las leyendas de estos paises. Me refiero a Lady Hester Stanhope, una inglesa bella y atormentada en cuya figura se reflejan a un tiempo los designios de la mayor potencia colonialista y la fantasía del Oriente tradicional.

---

(1) En árabe se escribe Bait Ed-Din. Los franceses dicen: Beiteddin.

De Beirut a Beiteddin hay unos cuarenta y cinco kilómetros que se recorren en media hora por una excelente calzada y a lo largo de los cuales se cruzan las poblaciones de Damour, Kfarhim, Baaqlin y Deir el Kamar, a casi novecientos metros de altura. Esta última fue residencia de los emires del Líbano en los siglos XVI al XVIII y en ella se puede admirar la hermosa mezquita de Fakhredin (siglo XVII) y el Serrallo de Melhem Chehab quien gobernó el país de 1732 a 1754. También el convento de *Mar Abda* con sus lindos jardines en terrazas y sus fábricas de telas de seda. Unos kilómetros más y de pronto aparece ante nuestra mirada el imponente palacio de Bechir II.

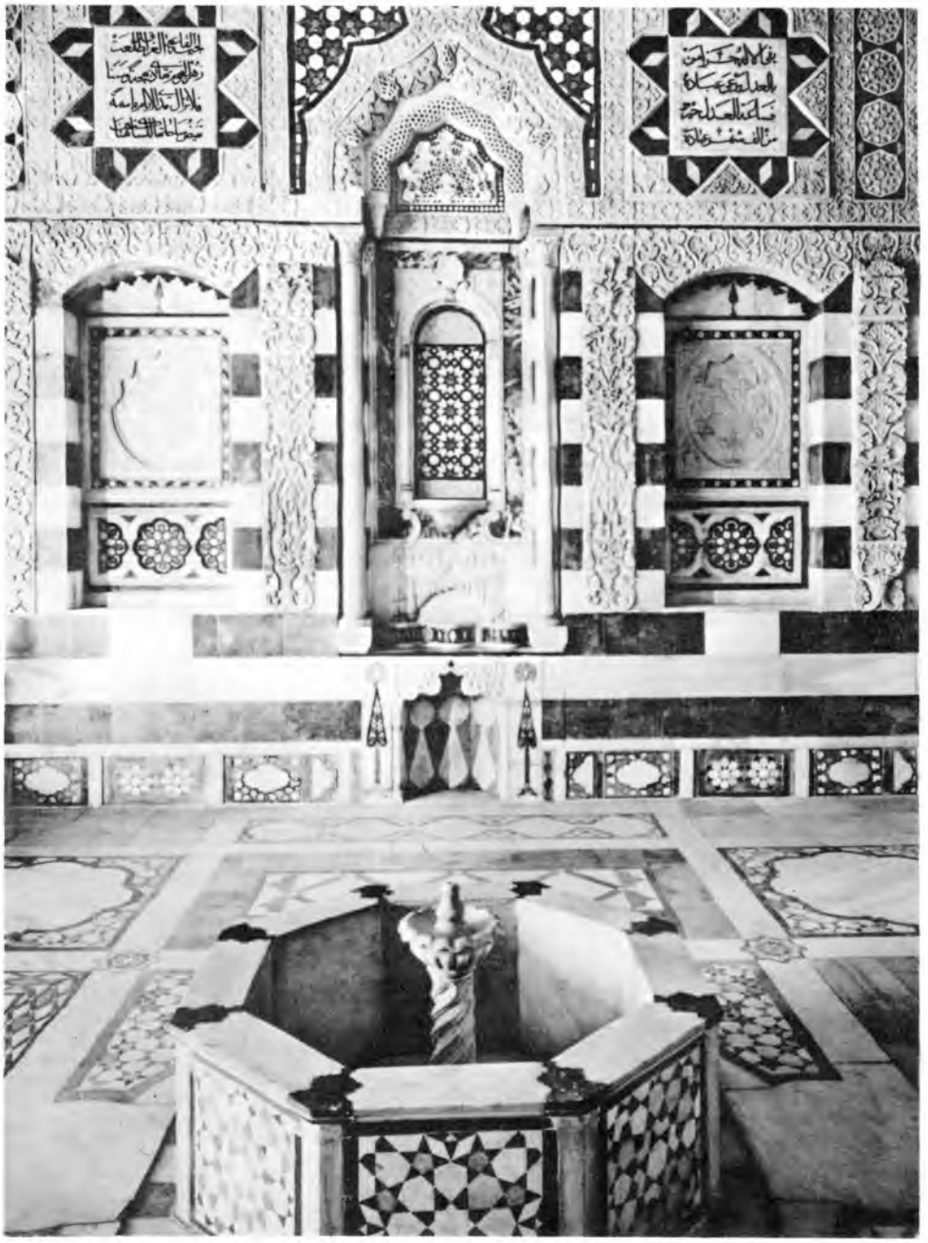
Construido por aquel gobernante en la primera mitad del siglo XIX, el Palacio de Beiteddin es hoy residencia veraniega de los Presidentes de la República. Majestuoso y alado, sus múltiples dependencias se elevan sobre un escarpado roquero desde el cual se domina un profundo abismo. Allí vivió el robusto varón feudal y desde allí gobernó a su pueblo por más de cincuenta años con una autoridad progresista, liberal pero firme y severa, casi independiente de la dominación otomana a la que alternativamente sirvió o combatió según se lo aconsejaran las circunstancias.

Palacio de Beiteddine.

La edificación constituye un hermoso ejemplo de la arquitectura árabe de principios del XIX y fue realizada por artistas y artesanos traidos de Italia y Damasco. Sus galerías superpuestas, sus finas arcadas, sus domos y sus torres aspilleradas comunican al armonioso conjunto una ligereza y una claridad que lo destacan sobre el tupido verdor de la arboleda que lo rodea. Desde el patio principal (el *meidán*), frente al castillo, se advierte una arcada sobre la cual existe un vestíbulo que conduce al salón principal del Emir. En el primer piso, en el centro del edificio, una doble escalinata permite el acceso a una galería en cuyo extremo se abre la cámara de Bechir con su pintoresca *loggia* proyectada sobre el patio anterior. En el centro un segundo vestíbulo conduce a la habitación llamada de Lamartine en la que se destaca una bella chimenea. Ya en esta pieza, que es de las más acogedoras del edificio, una puerta permite pasar a la sala del tribunal en la cual un sector rodeado de balaustrada indica el lugar donde el Emir administraba justicia. Desde esta sala se puede bajar a un patio interior en el que se disfruta una linda vista del valle, de los jardines poblados de cipreses altos y hieráticos, de los encantadores baños moriscos y de un imponente kiosko en el que reposan los restos de la mujer de Bechir. Pero esto no es todo. En los alrededores del Palacio principal, el munificente señor hizo construir otras residencias para sus hijos. Lamartine, quien visitó la esplendorosa mansión en 1832 —después de haber sido huésped de Lady Stanhope— recorrió sus espléndidos baños y sus opulentas caballerizas, e hizo el elogio de sus bellezas. En una de aquellas salas el poeta Butros Karameh, consejero del Emir, hizo grabar esta significativa leyenda: *"Una hora de justicia es superior a mil meses de devoción"*. Y esta otra: *"Dios premia a aquel que gobierna a sus criaturas con rectitud"*.

"Nosotros percibimos, al rodear una colina, el fantástico palacio de Beiteddin —escribió Lamartine— y lanzamos un grito de sorpresa y admiración. Los vastos patios que lo preceden estaban llenos de una muchedumbre de servidores, de cortesanos, de clérigos y de soldados que lucían variados y pintorescos vestidos. Quinientos o seiscientos caballos árabes estaban atados, ensillados y embridados y cubiertos con gualdrapas de todos los colores. Grupos de camellos, echados unos, de pie otros y algunos arrodillados para facilitar su carga, se veían aquí y allá; y sobre la terraza más elevada algunos jóvenes pajes corrían a caballo lanzándose el *djerid*.

"Nosotros, —prosigue el poeta— fuimos introducidos en una muy bella sala cuyo pavimento era de mármol y cuyos plafones y muros estaban decorados en vivos colores con arabescos muy elegantes realizados por pintores venidos de Constantinopla. . . . Juegos de agua murmuraban en los ángu-



Palacio de Beiteddine. Patio interior.

los del apartamento y en el fondo, detrás de una columnata y entre rejas y vidrios, se percibía un tigre enorme que dormitaba con la cabeza apoyada sobre sus patas cruzadas. La mitad de la cámara estaba repleta de secretarios vestidos con largos trajes y portando sus escribanías de plata a guisa de puñales en sus cintos ricamente guarnecidos y armados, mientras que siervos negros y mulatos atendían con solicitud las órdenes de su amo. También había allí algunos oficiales egipcios trajeados a la europea y tocados con bonetes rojos de estilo griego provistos de unas borlas azules que les caían hasta las espaldas. La otra parte de aquel recinto era un pie más elevada que la anterior y en ella había un ancho diván de terciopelo rojo que corría a su alrededor. El Emir se hallaba acuclillado en un ángulo de ese diván. Nosotros le saludamos a la usanza del país, llevando nuestra diestra a la frente y luego al corazón, y él nos respondió sonriendo e invitándonos a sentarnos en su proximidad. Un intérprete se hallaba de rodillas entre él y nosotros. Yo tomé la palabra y le expliqué el placer que experimentaba en visitarle en aquel país que él gobernaba con tanta firmeza y sabiduría, y le dije, además, que el mejor elogio que podía hacer de su administración era el hecho de hallarme allí; que la seguridad de las rutas, la riqueza de la cultura, el orden y la paz que reinaban en las ciudades eran un testimonio elocuente de la virtud y la habilidad de su príncipe. El entonces me agradeció aquellas palabras y me hizo a su vez una multitud de preguntas sobre la lucha que sostenían los turcos y los egipcios, lo que mostraba el gran interés que tenía en estas cosas así como su conocimiento de ellas, poco común en un gobernante de Oriente. Luego nos trajeron café y unas largas pipas que fueron renovadas por varias veces, y la conversación continuó durante casi una hora.

"Yo me sentí admirado de la sabiduría, de las luces y de las maneras nobles y dignas del viejo Emir, de cuya vida me dio el señor Bertrand los más importantes datos. Aunque ya de bastante edad, como hubiese perdido recientemente a su primera esposa, acababa de casarse de nuevo con una esclava circasiana de quince años y de una belleza notable, a la que hizo comprar en Constantinopla convirtiéndola luego al catolicismo. Porque debe saberse que el propio Emir es cristiano, o mejor, es como la ley en un país tolerante, que pertenece a todos los cultos. Sin embargo, su religión de familia, la de su corazón, es la católica. El hace justicia a todos y todos le respetan" (1).

---

(1) **Alfonso de Lamartine: "Viaje a Oriente", citado por Michel Chebli en su "Historia del Líbano", pág. 338.**

La trayectoria de los emires, cuya importancia es sin duda muy grande, la resume el historiador Dahdáh al tratar en su libro sobre "La Evolución Histórica del Líbano" el tema de la "Formación del Poder Nacional libanés". "Con la infiltración árabe —escribe— en fechas imprecisas, algunas familias de emires fueron a instalarse en diversas regiones del Líbano: los Chehab lo hicieron en el Wadittaim; los Maan en Deir-el Kamar y en Beirut; los Tanukhitas en Beirut y en la zona del oeste del Chuf, llamada Al-Gharb. Otros jefes feudales —añade—, unos igualmente árabes, otros kurdos (Saifa) o arameos cristianos (los *mokaddams* al Norte y en el Kesruán) se dividían el Líbano en donde podían vivir y gobernar relativamente al abrigo del depotismo de los seljucíes y de los mamelucos".

Es esta una historia de luchas, de intrigas y de persecuciones más o menos sangrientas que se remonta a los comienzos de la centuria décimo-sexta. En 1515, a la caida de la dominación de los mamelucos, los otomanos que entraron a sucederlos reconocieron el régimen feudal libanés y el país fue gobernado por el primer Fakhreddin perteneciente a la dinastía de los Maan. Los Tanukh, que brillaron antes que aquellos, fueron entonces tenidos por sospechosos y se vieron segregados del gobierno que habían ejercido. En 1544 Fakhreddin I moría asesinado por agentes del Bajá de Damasco, y su hijo y heredero Corcmaz perecía cuarenta y un años después en Chakif Tirún durante la invasión que los otomanos hicieron de la Montaña so pretexto de castigar a los saqueadores de la caia imperial. En medio de aquella catástrofe, la esposa de Corcmaz, la Emira Nassab Tanukh, hizo huir a su hijo de trece años, el mismo que en 1590 habría de asumir el poder bajo el nombre de Fakhreddin II con el que sabría hacerse digno del calificativo de Grande por los hechos que ilustraron su vida.

Durante los cuarenta y cuatro años de su reinado fue este notable Emir quien puso los cimientos del nuevo Líbano a juzgar por el testimonio de todos los historiadores de su país. Fue él quien logró la unidad de su territorio y quien creó un poder nacional libanés. Y fue, así mismo, quien inauguró una política laica despojada de preocupaciónes confesionales; política ésta que se iba a convertir en norma de todos sus sucesores.

Para llegar a la brillante figura de Bechir II, llamado también el Grande, en el señorío de la Montaña se suceden dos emires pertenecientes a la familia Maan y seis emparentados con los Chehabs. "Antes del siglo XIX

—explica Dahdáh— la Sublime Puerta ya no iba a poner en tela de juicio las libertades libanesas". Y añade: "Los emires ejercían todas las prerrogativas de la soberanía: derecho de vida y muerte, derecho de establecer impuestos, derecho de tener un ejército. . . . . En cuanto a la soberanía nominal del califa y al tributo que percibía, directamente o por medio de sus agentes, del príncipe del Líbano, es necesario no confundir su significado. Para comprenderlo es preciso recordar que el cercano Oriente ha conservado hasta el último siglo costumbres y estructuras medievales. El califa otomano era al mismo tiempo dueño de un imperio casi tan vasto como el de los romanos y el jefe religioso del Islam. Era a la vez "Papa y Emperador". Su prestigio fue siempre tan grande que Mohamet-Alí de Egipto, aún cuando hacía la guerra al mismo Imperio y amenazaba al propio territorio turco, se declaraba públicamente el obediente vasallo devoto del califa. La investidura de este último podía ser comparada, en consecuencia, con la que solicitaban los reyes de Occidente del lejano emperador de Bizancio".

Bechir II, hijo de Qasim-Omar, nació en Gazir el 6 de enero de 1767, día de la Epifanía o fiesta de los Reyes. Su padre se había proclamado gobernador de la Montaña en 1760, pero no había tomado el poder efectivo. Junto con su hijo Alí pasaba por ser consejero en los frecuentes conflictos de su familia. Huérfano de corta edad, Bechir fue recogido por su primohermano Yusuf, mas, consciente de su propio valer —revela Chebli—, traicionó a su protector a quien arrebató el poder en dramáticas circunstancias. Será un grande hombre, digno heredero del gran Fakhreddin II. Robusto aunque de baja estatura, sus largas barbas, sus espesos bigotes, sus hirsutas cejas comunicaban a su mirada una expresión penetrante y una vivacidad poderosa. El será, como señala Hitti, el segundo creador del Gran Líbano. Cuéntase que cuando compareció ante el sultán de Turquía, en su último exilio, los cortesanos se pusieron de pie involuntariamente a pesar de que su soberano les había ordenado permanecer en sus asientos. Su tempestuosa carrera de más de media centuria —1788 a 1840—, rota o interrumpida por cuatro destierros voluntarios o impuestos, estuvo siempre orientada por un indeclinable propósito: la independencia de su país del despótico yugo otomano.

Desembarazado de su primo Yusuf, el joven Emir tuvo que hacer frente a una reacción simultánea de maronitas y drusos, por lo que él y su hermano Hassan se vieron obligados a abandonar el país. Mas ayudado en esta ocasión por Djazaar, representante de la Sublime Puerta en la provincia de Acre, el conflicto se intensifica y el Líbano se debate en una tre-

menda anarquía. Todo montañés que fuese sorprendido en Beirut estaba irremediablemente perdido y todo beirutés que se aventurase fuera de la ciudad era ejecutado sin remisión. Sin embargo, las cosas no marcharon bien para los adversarios de Bechir quienes se hicieron impopulares y tuvieron que abdicar a favor de otros pretendientes. Pero Djazaar, que en realidad era un intrigante, logró que los hijos de Yusuf volviesen a ser proclamados emires. Esta situación cambiante y tirante iba a durar hasta 1798 cuando se produjo el desembarco de Napoleón en Oriente. Djazaar liberó entonces a Bechir y a sus compañeros de causa y les dejó gobernar de nuevo. Es de advertir que la rivalidad existente en aquella época entre los pachás otomanos, favorecía el conflicto de los emires del Líbano. Deseoso de poner fin a esta situación, Bechir ordenó la masacre de los jeques Nakad y gobernó despóticamente.

El desembarco de Napoleón en Egipto es el hecho que salva a Bechir de las veleidades del tenebroso Djazaar. Este acontecimiento, pero sobre todo el avance de los franceses hacia el territorio de Siria, produjo una gran desmoralización en todo el ámbito musulmán. Los cristianos, por el contrario, se regocijaron y se unieron a Bonaparte. Pero esto fue inútil. El corso fracasaría en su empresa debido a la intervención de la flota inglesa y al genio político de Sidney Smith, su Almirante.

Fue entonces cuando brilló más intensamente el genio político de Bechir. Antes que mezclar al Líbano en un conflicto internacional, el astuto Emir no solo rechazó las instancias de Napoleón sino que facilitó el paso de los refuerzos que contra aquel envió el gobierno otomano. Finalmente fue a la causa de Sidney Smith a la que se unió el gobernante libanés, quien a cambio de ello obtuvo el apoyo inglés. Mientras tanto Djazaar, a quien este apoyo tenía que molestar, no cesó en sus maniobras perturbadoras. El Oriente estaba convulsionado. El partido *Yazbaki* proclamaba a los adversarios de Bechir y este tenía que volver al exilio, esta vez en Alejandría y en la isla de Chipre. De esta isla regresará algún tiempo después, a favor de una insurrección popular, para tomar por tercera vez el poder.

La muerte del intrigante Djazaar, ocurrida en 1804, es al fin lo que despeja el camino al joven Emir quien aprovecha esta coyuntura para pacificar a su pueblo, centralizar el gobierno y consolidar su dominio. Sus rivales, los dos hijos de Yusuf, son ejecutados. El folklore libanés es rico en anécdotas de esta época referentes a la persecución de los criminales y a la administración de justicia.

Con los otomanos las relaciones de Bechir fueron singulares: unas veces favorables y otras adversas. En 1810, cuando los *Wahhabis* de Najd irrumpieron desde el desierto y atacaron con furia a los desprevenidos habitantes del Líbano, el Emir movilizó 15.000 hombres e hizo frente a las fuerzas turcas que prestaban su apoyo a aquella agresión. Su papel de pacificador es el que mejor tipifica la entereza de su carácter. Al igual que la insurrección del partido *Yazbaki*, otro levantamiento ocurrido en la zona de Becharré fue rápida e implacablemente reprimido por él. Al jefe metuali Hussein Hamadé lo hizo estrangular sin contemplaciones. Los pachás vecinos aprendieron entonces a respetarle y todos los jefes se le sometieron. Pero Bechir, que no dejaba por esto de actuar con cautela, no se limitó a tales escarmientos sino que eliminó al mismo tiempo, usando a veces métodos crueles, a algunos aliados que pudieran representar un peligro para su régimen. Mientras tanto en Estambul se generalizaba la anarquía y el débil sultán Salim III, a quien seducían los placeres más que las tareas del gobierno, era depuesto y asesinado. Fue precisamente este año —1807— cuando Bechir decidió fijar su residencia en la villa de Beiteddin e iniciar la construcción de su impresionante palacio (1).

Igual que Fakhreddin II, Bechir II poseía el gusto de la magnificencia. Su residencia es una mezcla de estilos en los que resaltan el turco y el italiano. Para su construcción fueron llevados al Líbano ingenieros de Italia y artesanos de Damasco, de Estambul y de Alepo. El lujo de sus caballerizas y de sus trenes de caza se hizo legendario. Beiteddin se convirtió en círculo de poetas, de escritores y de sabios de todas clases. "La hospitalidad —dice Guys, un visitante a quien cita Chebli— ha sido en todo tiempo la más fuerte carga del Emir, pero la generosidad y la magnanimidad son sus distintivos". "El poeta Nicolás Turk —refiere a su vez el profesor Fuad Boustani— tomó el título de Chantre del Emir. Las construcciones del Gran Bechir, sus batallas, sus partidas de caza han sido descritas y fechadas en los cronogramas de aquel poeta. La vida de la corte en sus menores manifestaciones, tales como los juegos de *Djerid* o las luchas

(1) Será concluido en 1814. Las fechas que figuran sobre los portales son las de 1221 de la Hégira (1807), en el interior; y de 1245 de la H. (1829) en el exterior.

cuerpo a cuerpo, las justas poéticas, las sesiones literarias etc., encuentran un ancho eco en sus versos. Los jardines del palacio, los animales costosos, en suma todo el fasto de una corte principesca de Oriente, han sido minuciosamente descritos así como los gustos culinarios del Emir, su modo de vestir, de afeitarse o dejarse la barba, sus inclinaciones a la justicia, a la guerra y principalmente a la prosperidad general".

Fue también un reformador el notable príncipe. Cuando en 1812, a la edad de cuarenta y cinco años, decidió dejarse la barba y cuando más tarde resuelve reemplazar el turbante tradicional por el fez mograbino, todos los jefes le imitan y los bardos le cantan haciendo voto porque su vida se haga tan larga como el número de sus pelos.

Entre las reformas introducidas por él cabe citar la prohibición de los interminables funerales de tiempos pasados. "En este país —señala Chebli— donde la pompa de los enterramientos interesa más al orgullo de los vivos que a la memoria de los muertos, había sido de uso hasta entonces prolongar los funerales por largas semanas e incluso por muchos meses durante los cuales los hombres y las plañideras se relevaban de día y de noche alrededor de un lecho, con sus cantos llorosos y sus lamentaciones. (¿Es —pregunta Chebli— que nosotros no sabemos adorar ni llorar en silencio?) Además y en virtud del duelo, los dolientes no podían lavarse ni afeitarse durante cuarenta días. Bechir abolió semejantes costumbres "porque denotaban una falta de resignación a la voluntad divina" y porque no eran conformes a los hábitos de la nobleza en paises más evolucionados". Y él mismo daria el ejemplo renunciando a esas ceremonias cuando se produjo el deceso de su hermano Hassan, en 1808, y cuando ocurrió el de su primera esposa Haboas, —*Sitt-el-Kebira Oum-Quassim*—, la misma a quien hizo elevar un magnífico mausoleo que todavía puede admirarse en el jardín del palacio".

Durante la administración de Bechir II, el comercio prospera y el pueblo disfruta de bienestar. La agricultura experimenta un extraordinario resurgimiento, se desarrollan las obras públicas y la cultura se expande. Pero en lo que sus historiadores se muestran particularmente elogiosos es en lo referente a la administración de justicia. Bajo su régimen se reforman las leyes y se moderniza la organización judicial.

En 1821 se levantan los maronitas y Bechir se exilia voluntariamente en el Djebel-Druso a la cabeza de 5.000 partidarios. Pronto, empero, regresa, pues el país no puede ser gobernado por otro. En guerra con Grecia

y Rusia, la Puerta teme un desembarco enemigo por las costas del Líbano. El Emir sofoca la rebeldía pero al año siguiente tiene que abandonar nuevamente su principado a causa de un nuevo brote conspirativo. Es entonces cuando va a refugiarse en Egipto en donde es recibido con toda cordialidad por el Khedive Mohamed Alí y por el hijo de éste Ibrahim Pachá. Es de advertir que para esta época ya Mohamed maduraba la expansión egipcia a costa del territorio otomano y que con este designio cultivó la amistad del señor libanés. Para 1823 emprende éste último su retorno triunfante a un Líbano ya ocupado por Mohamed, y es en esta oportunidad cuando llega al país la primera misión norteamericana encabezada por Pliny Fisk, destacado pionero de las relaciones entre el Oriente y el Nuevo Mundo.

Con el año de 1831 termina un bello período del régimen de Bechir. La invasión egipcia va a señalar una etapa en la vida pública del Emir a quien la ocupación extranjera habrá de plantear problemas tan graves que le obligarán a transformar su papel histórico e incluso sus hábitos. Unidos ingleses y turcos, estimulan el fanatismo repartiendo dinero e introducen armas en la Montaña, mientras que los excesos de Ibrahim Pachá sublevan los sentimientos de maronitas y musulmanes. En 1840 celebran los insurgentes una conferencia en Antelias y juran alzarse contra la tiránica autoridad. La revuelta avanza imponente al mismo tiempo que una flota combinada de buques ingleses, austriacos y turcos ataca a Beirut y desembarca tropas en Jounie. El 10 de octubre de ese año aciago el acorralado Emir se entrega a las fuerzas inglesas las que le permiten residenciarse en cualquier país a excepción de Siria y Francia.

Y aquí termina una historia que en más de un aspecto parece fábula. Acompañado de su bella mujer de veinte y tres años, de su secretario el poeta Butrus Karameh, de tres de sus hijos, de sus nietos y de setenta bultos llenos de oro y otros tesoros, parte Bechir para la isla de Malta de donde once meses después se traslada a Estambul en donde ha de morir en 1850.

Con Bechir III, proclamado Príncipe de la Montaña por los insurrectos de 1840, se extingue un año después el gobierno de los emires supremos y durante veinte años más el Líbano se debatirá en medio de la anarquía y la desolación. Entre 1860 y 1861 cuatro conferencias de nivel internacional se efectúan en Paris y Constantinopla. Austria, Gran Bretaña, Francia, Prusia, Rusia y Turquía toman a su cuidado la compleja misión de pacificar a Siria y el Líbano y a este efecto sus territorios son ocupados por una fuerza francesa de seis mil hombres en tanto que el litoral es vigilado por buques de las grandes potencias. Un Reglamento Orgánico se

establece para la administración del país libanés el que resulta empequeñecido por la segregación de algunas de sus regiones. En cambio de ello —según expresión de Dahdáh— el Líbano pasa a ser tema obligado en el orden del día de las conferencias internacionales, materia de Derecho Internacional, y desde entonces su suerte queda desvinculada legalmente de la autoridad exclusiva del sultán de Constantinopla".

Contemporáneo de los libertadores americanos, Bechir II vivió inquietudes análogas a las que conocieron Miranda, Bolívar, San Martín y otros próceres del Nuevo Mundo. Penetrado por las corrientes occidentales y principalmente por las ideas francesas, los libaneses defendieron su libertad y el gran Emir de la estirpe de los Chehab abrigó la ilusión de ser el libertador de su pueblo y el arquitecto de su nación. Las circunstancias no le favorecieron, entre otras razones porque la política inglesa en Oriente no era entonces la misma que en Hispano-América. Por esos años, precisamente, cuando Caracas se rebelaba contra el dominio español, en Londres trababa Miranda conocimiento con Lady Hester Stanhope, la seductora aristócrata inglesa cuya sed de aventuras vaciló por algunos momentos entre el misterio de América y el misterio de Oriente.

V — LA INGLESA

PARALELAMENTE con la figura del apasionante Bechir II, se destaca en la historia del Líbano la de una singular extranjera en la que parece sintetizarse la dramaticidad del romanticismo con sus cambiantes luces de amor y de odio, de generosidad y de cálculo, de lucidez y locura. Esta mujer es Lady Hester Stanhope, aristócrata inglesa.

Inteligencia poco común, refinada cultura, conocimiento de la geografía, de los cultos y de las lenguas, todo lo pondrá Lady Hester al servicio de una misión no bien definida, pero en cuyo fondo parece moverse el interés de Inglaterra. Sus enemigos más destacados y poderosos serán Napoleón y Bechir; sus amigos cuantos hagan causa común contra ellos. Prefigurando en el tiempo a su compatriota Lawrence de Arabia, ella vestirá el atuendo oriental, montará a caballo y se pondrá a la cabeza de los beduínos, llegando, arrastrada por su delirio, hasta pretender erigirse en emperatriz de esos pueblos.

Hija de un noble republicano, Lord Stanhope, y sobrina del famoso estadista Sir William Pitt, Lady Hester nació en 1776 llegando en su juventud a convertirse en la secretaria y confidente de su célebre tío. "Pensiones, títulos y favores, todo pasaba por sus manos", afirma uno de sus biógrafos. Pero en 1809, tres años después de la muerte de Pitt, Lady Hester recibe una dolorosa noticia, la de la desaparición simultánea de su hermano y su novio, el General John Moore, caídos ambos frente a las fuerzas de Bonaparte que invadían el suelo español; y esto la desorienta. Acongojada y rebelde decide entonces buscar lenitivo en un largo viaje y embarca para los países de Oriente. Egipto, Turquía, Palestina y parte de Siria forman su itinerario. Djoun, pequeña población del Líbano Sud habitada principalmente por griegos católicos, será su residencia definitiva. Allí habrá de morir treinta años después, solitaria y perturbada por extraños delirios, —esto es, perdido el equilibrio británico—, pero antes, todavía en Inglaterra, su curiosidad e inquietud la pondrán en contacto con gentes de América y concretamente con el venezolano Miranda.

En sus libros referentes al Precursor de la Independencia de los países americanos, nuestros escritores Caracciolo Parra Pérez, Mariano Picón Salas

y José Nucete Sardi mencionan a Lady Hester como una seductora aristócrata con quien hizo conocimiento el ya viejo prócer en algún mundano salón de la City, en medio de aquel idealismo que apasionaba los corazones y que fabricaba héroes y mártires en nombre de la libertad, del heroismo y de la belleza. Esto ocurría poco antes de llegar los caraqueños Simón Bolívar, Andrés Bello y Luis López Méndez a la capital del Imperio Británico. El Precursor se comunica con ella y le dedica frases de elevada temperatura emotiva. Metafórico y soñador, Picón Salas cree descubrir un sentimiento más personal en el corazón de Miranda; casi un romance que a través de un hombre y una mujer de edades distintas pudo haber acercado dos mundos también distintos pero ambos sedientos de independencia: el del Oriente mediterráneo y el de la América del Caribe. Esto no ocurrirá, sin embargo, porque en el mismo año de 1810, Lady Hester embarca para el Levante y Miranda para Caracas.

En más de un cuarto de siglo era mayor que la inglesa el gran girondino venezolano. Para 1809, cuando se encontraron y trataron en Londres, contaba él cincuenta y nueve años mientras que ella apenas cumplía treinta y tres. Un año después llegaba Bolívar pero el futuro Libertador no podría conocer a la noble dama porque ya ella había partido de Inglaterra según ha quedado constancia en una misiva suya para Miranda, fechada en Portsmouth la noche del jueves 30 de enero de 1810 y cuyo texto se reproduce a continuación:

"*We sail* —decía aquella carta— *in the Jason frigate tomorrow very early, but I must write you one line my dear Gral. to bid you farewell, & tell you that having changed our plan, you had better take yr letters to the House Guards inclosed to Lt Col Torrens & he will forward then to Messina under cover to Gral. Sir John Stewart. The Honble Captain King who commands the Jason is brother to two friends of mine & has behaved as Kindly as much like a gentleman as possible, in having made best possible arrangements for our confort & accomodation. I have only time to thank you for yr. letter, & tell you it pleased me much. James will write if he can find a moment, if not he begs you will accept his kind regards & we both trust that we shall receive long letters from you. Believe me dear Genl Your most sincerely. — H. L. S.*".

"*Col Anderson is a true hearted honest man & a real friend of Gral Moore*".

"To the General Miranda. — 27 Grafton Street.— Fitzroy Square. — London. — (1).

¿Cómo habría reaccionado ante Lady Hester aquel Bolívar de veinte y seis años ya curtido por la viudez y por el idilio con Fanny? ¿Habría visto en ella una amable loca semejante a la que hallaría tres lustros después en Manuela Sáenz? Quizá no, porque la Stanhope no era aún la que iba a fijar el poeta Whittier en su poema *"Snow Bound"*:

"The crazy Queen of Lebanon"....

¿Y qué habría hecho, cómo se habría comportado aquella mujer en América? Nuestros paises, nuestro clima intelectual y político y nuestro pasado pre-hispánico le hubiesen ofrecido el maravilloso atractivo que el Oriente de aquellos momentos le brindaba copiosamente? La vida de Lady Hester iba a convertirse en un cuento árabe.

A juzgar por las cartas que se recogen en los tomos XXII y XXIII del *Archivo de Miranda,* la Stanhope conocía bien las empresas y las ideas del Precursor. Estaba enterada de sus planes para independizar a la América y de sus implicaciones con la política inglesa. En 1806 había él fracasado en el intento de invadir el territorio de Venezuela por las costas de Coro, pero esto no restaba interés a su figura de aventurero de gran estilo, de hombre de varios rostros y de enemigo jurado del imperio español en el Nuevo Mun-

(1) "Nosotros saldremos en la fragata **Jasón** mañana muy temprano, y he querido escribiros unas líneas, querido General, para deciros adiós y para explicaros que habiendo cambiado nuestro plan lo mejor es que entreguéis vuestras cartas a la Guardia a cargo del Teniente Coronel Torrens quien en adelante puede enviarlas a Messina bajo cubierta dirigida al General Sir John Stewart. El Honorable Capitán King, quien comanda la **Jasón**, es hermano de dos amigos míos y se ha conducido tan caballerosamente como ha podido en los arreglos para nuestro confort y comodidad. Solo tengo tiempo para agradeceros vuestra carta y para deciros que ésta me ha complacido mucho. James os escribirá si encuentra un momento, pero por si no puede hacerlo, él os ruega aceptéis sus respetos; ambos contamos con recibir largas cartas vuestras. Creedme. querido General, vuestra muy sincera H.L.S. (Hester Lucy Stanhope).
"El Coronel Anderson es verdaderamente un hombre generoso y honesto y un positivo amigo del General Moore". (Archivo del General Miranda". Editorial Lex, La Habana, 1950. Tomo XXIII. Págs. 323 y sigtes.).

do. Lleno todavía de magnetismo, erudito, artista y políglota, amigo de Catalina de Rusia y enemigo de Napoleón Bonaparte, oyéndolo hablar Lady Hester vaciló por un breve momento entre las perspectivas del Este y las del Oeste.

Las relaciones de Miranda y la inglesa tuvieron iniciación mediante una carta de James Stanhope fechada el 19 de abril de 1809 y cuyo contenido era el siguiente: "Querido Señor. Mi hermana está ansiosa de conoceros y se sentirá muy feliz si le hacéis el honor de acompañarla a comer el sábado 20 a las 6, en compañía del Coronel Reynolds y de Mr. Leckie. Con el mayor respeto y estimación quedo, querido Señor, muy sinceramente vuestro". Diez días después —el 29— el ilustre hombre escribía en su Diario: "Estuve efectivamente a comer con *Lady Hester Stanhope* (sobrina de Mr. Pitt) que me tuvo encantado con su amabilísima, erudita y liberal conversación, ya sobre Roma y la Italia, que ella había visitado, ya sobre la Grecia que quiso y no pudo ver cuando estuvo en Nápoles, y ya sobre Caracas cuya independencia deseaba ver realizada, baxo un sistema de *Libertad racional* —y a este propósito me dixo, que su tío (Mr. Pitt) varias veces le había hablado con interés y calor de este asunto, y particularmente elogiando mis patrióticas ideas y con cuyo motivo le había ofrecido por entonces (esto fue poco antes de que yo me embarcase para N. York) de que en breve comeríamos juntos en Warmel Castle —que desde aquel tiempo había deseado conoserme... y aún también visitar aquel interesante País— que si yo necesitaba un Recluta de su especie, ella estaba pronta a seguir, aunque no fuese más que para arreglar Escuelas de Educación, Hospitales &c.... todo esto con suma jocosidad y gracia— hasta las 12 de la noche que me retiré, sumamente prendado de su conversación, buen juicio, amabilidad, e interesante Persona. Es una de las mujeres mas apreciables que tengo conocidas — y, si su trato corresponde con el primer examen, rara ciertamente, entre todas las de su sexo!

"Parte mañana para *Walles*, a recobrar con el aire de la Campaña su salud:— y nos despedimos hasta la buelta".

El 31 de julio siguiente es ella quien escribe a Miranda desde Glen Irfon, cerca de Brulth, para expresarle el placer que le han producido sus cartas y el deseo de verle en aquella parte del mundo. Le promete hacerle preparar un alojamiento y de comer en su compañía todos los días. Es una carta extensa en la que trata familiarmente de diversos asuntos. Y firma *Hester Lucy Stanhope.*

En 1810 esta correspondencia es más numerosa. Lamentablemente no todas las cartas están fechadas. Ella relaciona al americano con otras personas y le habla de sus proyectos pero no menciona su viaje hasta pocos días antes de emprenderlo, y entonces le dice que aquello le ha proporcionado muchos trastornos y gastos, que hubiese deseado escribirle antes pero que no se sintió bien ni capaz de resolver lo que haría en definitiva. Lo invita a comer con ella en Portsmouth en donde se ha situado para esperar lo que le reserve la suerte.

Pero la carta más extensa y la más extraña que la singular inglesa dirige al venezolano es una, sin fecha, en la que le habla de algo que le ha propuesto y que no sabe si él habrá de aceptar. Es esta una epístola sibilina, misteriosa, en cuyos párrafos se mencionan las naves que van a salir con distintos destinos y se dice además que si ella fuese él, abandonaría la ciudad el miércoles por la mañana y embarcaría con Seymour en uno de los tres convoyes que en aquellos momentos se hallaban listos para partir, uno hacia las Indias Occidentales, con rumbo al Sur; otro hacia los Estrechos y el tercero para Lisboa. "Seymour —le dice— no tiene objeción para llevaros aunque teme que no os hallaréis confortable". A lo que responde él lamentando los contratiempos de Lady Hester y refiriéndole su entrevista con el Duque de G. (Gloucester) y otros pormenores sin relación aparente con la carta de ella. La interesante correspondencia se cierra con la misiva que hemos copiado al comienzo. ¿Qué quiso la inglesa decir con aquellas palabras de su carta de despedida: *"que habiendo cambiado nuestro plan lo mejor es que entreguéis vuestras cartas, etc?.* El problema iba a adquirir proyecciones más complicadas, modificaciones de última hora que ninguno de ellos pudo prever. En los paises de Oriente se ventilaban en esos momentos cuestiones del mayor interés para la astuta Inglaterra, siempre preocupada por el equilibrio de fuerzas. Había que crear una gran novela romántica, una historia de amor y de exóticas resonancias dramáticas, y Lady Hester debió parecer la protagonista ideal para tal representación.

Dos fases impresionantes tendrá la novela de Lady Hester en las tierras de Oriente: la primera la de la juventud impetuosa, la de la ilimitada aventura; la segunda la de la vejez declinante durante la cual conocerá la pobreza, la soledad y un misticismo lindante con la locura. Simple viajera al principio (por lo menos en la apariencia) no tardará en ser arrastrada por el sortilegio de aquellos paises y en entregarse, poseida de una extraña embriaguez, a la vida de los beduinos que, atrapados a su vez por el hechizo de su audacia y de su belleza, la conducen hasta Palmira y la proclaman su reina. A este episodio se refiere Pierre Benoit en una carta diri-

gida a Maurice Barrés desde Antura, en Julio de 1923: "No podemos olvidar —expresa esa carta— que estamos en estas montañas generatrices de curiosas locuras... Esta tierra árabe es sin duda la patria de Adonis y de Hendiyé y también la de Belkis y la de Zenobia. En los propósitos más incoherentes de Lady Stanhope siempre me ha parecido encontrar una idea suceptible de formar unidad: el deseo furioso de la reconstrucción del imperio palmiriano. En todo tiempo una suerte de frenesí ha empujado a las mujeres a mezclarse en la cuestión árabe. La historia del pueblo más desordenado parece complacer el perpetuo desorden, el gusto de la anarquía que las mejores llevan con ellas. No me sería posible citar los nombres ilustres de dos o tres de nuestras compatriotas que se han hecho célebres por su deseo de jugar a las Zenobias, pero las inglesas han batido de lleno a las francesas en el capítulo de sus singulares ardores.... Hay que leer en Lamartine como Hester Stanhope fue proclamada por las tribus árabes reina de Palmira. Tenemos, además, la huella de sus intrigas en pro o en contra del Emir y Jeque Bechir, del Sultán Mahmoud, de Abdala, Pachá de Acre, por la cuenta del cual redactó ella misma un proyecto de organización de las tropas regulares. Así, sobre este terreno y de la manera más sorprendente, esta mujer ha sentado los principios de la política seguida actualmente (1923) por Inglaterra en el Próximo Oriente. ¿Era Lady Hester una persona sensata? ¿O semejante política era una locura? Algún día lo sabremos. Por el momento limitémosnos a comprobar en otro personaje curioso, el coronel Lawrence, el mismo misticismo pro-árabe que animaba a la castellana de Djoun" (1).

En efecto, apenas llegada al Líbano, la arrebatada sobrina de Pitt se había inmiscuido de tal manera en las intrigas de la política libanesa que su presencia constituyó un permanente dolor de cabeza para Bechir, para Mohamed Alí y para los pachás y jeques de todas aquellas regiones a los que trataba unas veces como aliada y otras como enemiga. Retirada en 1818 al pueblo de Djoun, hizo una existencia solitaria y excéntrica. Allí recibió a Alfonso de Lamartine y a otros notables viajeros. El capitán York (más tarde Lord Hardwick), que la conoció en 1824, halló todavía en ella un vivo e irresistible atractivo. "He sido —escribió aquel personaje— encantado por su espíritu, por su ciencia y, debo también decirlo, por su belleza, porque ella es aún una de las más bellas mujeres que he contemplado en mi vida". Para ese momento Lamartine, que la visitó un año antes, había ya señalado: "Ella parece tener 50 años pero posée rasgos que la edad no

(1) Cita de Chebli: "Une Histoire du Liban a l'Epoque des Emirs", (Pág. 328).

puede alterar. La frescura, el color, la gracia se van con la juventud, más cuando la belleza está en la forma misma, en la pureza de las líneas, en la dignidad, en la majestad, en el pensamiento de un hombre o de una mujer, la belleza cambia con las épocas de la vida pero no se extingue jamás".

A esa belleza unía ella un coraje sin parangón. A Djoun fue a vivir después de haber habitado por algún tiempo el local del convento de *Mar Elías Abra*, no lejos de Saida (Sidón). Su residencia definitiva quedará para siempre impregnada de su poderosa personalidad, y se la denominará *Dahr-el Sitt, Colina de la Dama.* Rodeada de un lujo oriental, en la primera fase de esta existencia estará acompañada de servidores llevados de Europa (además de sus criados drusos y maronitas): Volpi, un ex-fraile italiano que ejerce las funciones de médico después de la partida del inglés Meyron; Perini, un romano que actúa como *maitre d'hotel* y de *homme a tout faire* en sus ratos perdidos; dos suizas, María y Paulina, y una inglesa, Elizabeth Williams, que la asisten como damas de compañía. Además de estos, el más cercano de los europeos de su *entourage* es el general francés Lousteaunau, viejo desecho de las campañas de Oriente a quien ella protege por razones sentimentales.

Como dato particularmente curioso hay que señalar que para esta época, según su médico y biógrafo Meyron, Lady Hester profesaba una profunda aversión a las mujeres y en particular a las casadas que en su concepto eran las más miserables. Y a tal punto llegó esta aversión que en 1816, cuando la Princesa de Gales visitó aquellos países, ella pretextó un viaje a Antioquía para no recibirla. Comía solitaria y se alimentaba de pan y frutas. Se ha asegurado que una de sus principales preocupaciones era la de velar por los intereses de Gran Bretaña en la ruta comercial de las Indias. Pierre Benoit la ha considerado como una agente británica, lo que explica que el encargado de negocios francés, Pierre Ruffin, no le quitase el ojo de encima. En los primeros tiempos de su permanencia en el Líbano trabó conocimiento con dos instrumentos de Napoleón, Lascaris y el coronel Boutin, con quienes mantuvo relaciones extrañas. También el corso abrigaba designios sobre la India y ya convertido en emperador fijaría su atención en la Siria a donde enviaría al general Sebastiani en 1802 y a Lascaris en 1805. El primero de ellos, a quien se confió la misión de aproximarse a los turcos, iba a actuar con tanta eficacia que decidiría a los ingleses y a los rusos a enviar sus navíos a Estambul para exigir su retiro de aquellos países. En cuanto a Lascaris, peleado luego con Lady Hester, iba a hallar la muerte en El Cairo a la caída de Bonaparte.

El contacto de Boutin con la inglesa ofrece derivaciones más misteriosas. Este coronel de ingenieros fue enviado a Siria y a Egipto cuando el Emperador se hallaba en el apogeo de su poderío. Aparentemente era un pacífico agente de comercio y al mismo tiempo un arqueólogo. Hombre prudente y hábil, su desembarco tuvo efecto en Alejandría, en 1811, y poco después conocía a Lady Hester en El Cairo. ¿Por qué prosiguió en su gestiones Boutin después de la caida de Napoleón? Es entonces cuando sus relaciones con la castellana de Djoun se hacen más misteriosas. Se escriben frecuentemente y sus cartas, publicadas más tarde, demuestran que entre ellos no existían intereses políticos sino lazos sentimentales. ¿Qué es lo que aproxima tan intimamente a estos dos personajes? —se pregunta el escritor Leo Bejard en su libro *"Boutin, agent secret de Napoleón I"*— ¿Es acaso el exilio que los dos han aceptado y querido en esta tierra a la vez hospitalaria y pérfida, abierta a todas las traiciones y a todas las posibilidades? ¿Es el cálculo de Boutin que quizá pensaba que nadie podría proporcionarle informaciones tan útiles como aquella extranjera conocedora de los lugares y de los hombres y que disponía de un espionaje distribuido por todas partes? ¿Era el deseo de Lady Stanhope de obligar a aquel arribista (y esta es también una forma de poderío) y de establecer de este modo una superioridad que halagaba su vanidad?".

Sea como fuese, lo cierto es que Boutin termina sus días, igual que Lascaris, asesinado en circunstancias extrañas. Pero lo más sorprendente es la actitud que la inglesa asume ante este acontecimiento. Jamás viose mayor vehemencia en procurar el castigo de un homicidio. A fin de que los asesinos del agente francés fuesen condenados, Lady Hester movilizó sus poderosos recursos. Escribió al gobierno turco, montó a caballo y fue a Acre escoltada por servidores armados y cubiertos de vestiduras preciosas; abordó el palacio del Pachá Solimán en momentos en que éste celebraba consejo y cruzó por entre la multitud reclamando silencio. Luego, altivamente, pidió venganza. Solimán la recibe con extremas muestras de acatamiento y procura disuadirla de aquel empeño pero ella rechaza sus agasajos y lo amenaza con la cólera del Sultán. ¿Qué hacer ante tal torbellino? Solimán se amedrenta y el escarmiento es realmente terrible. El *Castillo del Viejo de la Montaña* es totalmente arruinado en busca de los culpables; las tumbas son salvajemente violadas y las cenizas de los imanes echadas a los torrentes. Cincuenta y dos pueblos de los nozairis son incendiados y trescientos aluitas masacrados. El coronel Boutin ha sido vengado.

El interrogante que surge de los estremecimientos de este episodio es realmente intrigante: ¿habría la inglesa traicionado a Inglaterra por el amor

de un francés? Más adelante, se dice, estuvo ella a punto de enamorarse del capitán Lousteaunau, hijo del general de ese nombre, pero no pocos de los que han estudiado su vida —Bordeaux, Benoit y otros— lo ponen en duda. Para algunos de éstos Lady Hester conoció un solo amor en su vida: el de la gloria, convertido después en locura. E incluso hay quien afirme que la extraordinaria mujer arribó a la tumba abroquelada en una perfecta virginidad.

Digna de una soberana fue la acogida que el Emir Bechir ofreció a la extranjera en 1812. Llegaba ella a aquellos paises dolorida por la muerte de su novio y de su hermano en los campos de España y llevaba elocuentes recomendaciones de la Sublime Puerta para que se la agasajara como a una representante de la poderosa aliada Inglaterra. Bechir la invitó a su palacio y la obsequió con hermosos caballos árabes.

Pero ese período de amistad entre el Emir libanés y la dama inglesa había de ser breve. Para 1818, después de la muerte de Solimán, el pachá de Acre, Bechir se convierte para ella en el ser más odiado, en su peor enemigo. "Yo no sería una verdadera Pitt —escribirá en 1825, a raíz de la ejecución del jeque rebelde Djomblat— si me inclinara delante de un monstruo que carga de cadenas el cuello y los pies de pobres ancianos, que hace saltar los ojos y arrancar las lenguas a sus víctimas". Y altiva y desafiadora no cesará de hostigar al señor del Líbano. Este deseará ardientemente tomar venganza mas la verdad es que no sabrá cómo hacerlo. En 1827 hace publicar una orden según la cual todos los servidores de la Dama (*Sitt*) deben abandonar su servicio inmediatamente, bajo pena de perder sus bienes e incluso sus vidas, y llega, incluso, a bloquear su vivienda, más Lady Hester responde a este desafío solicitando la intervención de la Embajada inglesa en la capital de Turquía, cuyo secretario es enviado poco después en una corbeta con despachos para Bechir y para el Pachá de Acre.

Mas es en 1831, a raíz de la invasión de aquellos paises por los egipcios, cuando estalla en toda su plenitud el odio de Lady Hester contra Bechir y contra sus aliados Mohamed Alí y su hijo Ibrahim. Con alegría, con júbilo demoníaco se la ve afiliarse a la causa del sultán de Turquía y asumir un papel activo, ostensible. Por todas partes se movilizan sus agentes secretos, los que llegan hasta a infiltrarse en los campamentos egipcios. Y cuando Acre

cae en poder de Ibrahim ella da acogida a los fugitivos no obstante las dificultades de tipo económico que la presionan por esta época. ¿Cuál es la actitud de Mohamed y de Bechir ante esta agresividad? Se contienen por temor a Inglaterra. "La inglesa de Djoun —decía el primero de ellos— nos ha hecho más daño que todos los insurgentes de la Siria y la Palestina".

Lamartine visita a la Dama en 1832 y se convierte por algún tiempo en el huésped de *Dahr-el-Sitt*. "Lady Stanhope —escribe el poeta— encuentra la fuerza sobrenatural de su alma no solo en su gran carácter, sino en las exaltadas ideas religiosas en las que el ilumínismo de Europa se ve confundido con algunas creencias orientales y sobre todo con las maravillas de la astrología".

"Después de almorzar —continúa— la encuentro fumando una larga pipa oriental. Ella me ofrece otra y así conversamos extensamente sobre el tema de su predilección, el único y misterioso tema de esta extraordinaria mujer, maga moderna que recuerda a las hechiceras famosas de los tiempos antiguos... Circé del desierto... Me parece que las doctrinas religiosas de Lady Hester son una mezcla hábil aunque confusa de diferentes religiones en medio de las cuales se ha condenado a vivir; misteriosa como los drusos, cuyo secreto místico quizá ella sola conoce en el mundo; resignada y fatalista como un musulmán; con el judío espera al Mesías y con el cristiano profesa la adoración de Jesús y la práctica de su caritativa moral (1). Añadid a esto los colores fantásticos y los sueños sobrenaturales de una imaginación impregnada de Oriente y caldeada por la meditación y la soledad, y algunas revelaciones quizá de los astrólogos árabes, y tendréis una idea de este compuesto sublime y bizarro que resulta más fácil llamar locura que analizar y comprender....

"Mi fuerza, dice ella —prosigue aún Lamartine—, está en el irresistible imperio del destino. Yo lo espero pero no lo invoco. En medio de todas mis tribulaciones soy dichosa y respondo a todo con esta palabra sagrada: *Allah Karim* (Dios es generoso). El fondo de las cosas está en Dios y en la virtud... No me ocupo más de política humana, de ello tengo bastante

(1) Lady Hester mantenía dos asnas árabes: una baya para el Mesías y la otra blanca para ella. (Nota de Chebli: ibid, Pág. 331).

pues mucho he visto en los diez años que pasé en el gabinete de Mr. Pitt, mi tío, al cual iban todas las intrigas de Europa para resonar en torno mío. En la democracia, subraya ella, busco en vano las altas virtudes.

"No me toméis por una loca, hay una ciencia perdida hoy en nuestra Europa y que ha nacido en Oriente; que aquí vive aún. Yo poseo esa ciencia. Yo leo en los astros. Algo me dice que las estrellas son mis amigas y que nos entendemos recíprocamente".

"¡No! —exclama Lamartine, despues de esta disertación— ¡Esta mujer no está loca! La suya es una locura voluntaria, estudiada, que se conoce a si misma y que tiene razones para aparecer como tal. A los hombres de esta tierra de prodigios, a estos hombres de las montañas y los desiertos... les hace falta la palabra de Lady Stanhope... les hace falta el comercio con los astros, las profecías, los milagros. Lady Stanhope lo ha comprendido así con su inteligencia realmente superior y quizá como todos los seres de poderosas facultades intelectuales ha terminado por seducirse a si misma y por convertirse en la primera neófita... Tal es el efecto que esta mujer ha producido en mi —confiesa finalmente el poeta—. A ella no se le puede juzgar ni clasificar con una palabra. No me sorprendería que un día no lejano se realizara una parte del destino que ella se promete a sí misma: el de un imperio en Arabia, un trono en Jerusalén".

Todavía en 1838 se verá a Lady Hester excitando a los drusos a la revuelta contra Bechir. Es quizá su última hazaña. Un año después, arruinada por sus prodigalidades, abandonada de todos y entregada a la magia, muere miserablemente en Djoun, en su residencia de *Dahr-el Sitt*.

En su novela "La Castellana del Líbano", Pierre Benoit trae a una actualidad desdoblada la figura de Lady Hester Stanhope. Su Condesa Orloff, la misteriosa Athelstana, es una reviviscencia simbólica de aquella enigmática dama. No se llega a saber al fin si el novelista francés ha querido presentarla como una obsesa sexual, como una espía o como una intelectualoide ávida de experiencias y de excitaciones románticas. En cierto momento la castellana señora Orloff va con su amante —uno de sus muchos amantes— el capitán francés Domévre, a visitar la tumba de Lady Hester, y en la novela se pinta esta escena: "A la luz de una lámpara de petróleo cenamos muy bien y con buen apetito, en compañía del padre Bardaouil, en un comedor fresco y sombrío. Luego, siguiendo la costumbre del país, pasamos al Diván donde los religiosos, con el padre general a la cabeza, llegaron a saludarnos. Nada tan pintoresco como la entrada, en fila india, de aquella

docena de altos fantasmas. Athelstana sabía realmente componer a maravillas sus efectos teatrales.

"—El capitán ha venido para visitar la tumba de la Dama— explicó el padre Bardaouil al presentarme.

"El padre general hizo un movimiento de cabeza. Veíase que admitía con dificultad el interés que podía inspirar aquella vieja leyenda.

"—Estaba loca —dijo—, y todo induce a creer que se dedicaba a la magia. Además, la señora sabe del asunto mucho más que yo y aún que el padre Constantino Bacha, nuestro bibliotecario".

Después de este diálogo, Domévre y Athelstana van hasta la tumba de Lady Hester en donde ella toma la mano a su amante:

"—Júrame, júrame antes una cosa: que jamás conducirás aquí a nadie".

Finalmente improvisa un discurso definitorio:

"—Intentaré hacértelo entender. Despreciaba a Napoleón. "No era al principio más que un pobre muchacho", un adolescente famoso, decía cuando empezaba la exégesis de aquel héroe. En realidad, durante toda su vida soportó el peso de este origen. De ella, por el contrario, ya conoces su fortuna y su nacimiento... Piensa en los comienzos de aquella niña que fue a los veinte años reina de Londres. Piensa en Shelley, en Burke, en Byron, en Fox, en Nelson, en Brummel, en Rommey y en aquella Lady Hamilton por la cual yo, que soy mujer, me habría dejado matar con gusto. Eso es lo que ella, deliberadamente, abandonó al dejar su país. Es decir, que no fue nunca una improvisada; y eso es lo hermoso, lo que explica su juicio sobre Bonaparte. Pero todavía es más hermoso ver aquellos dos seres de acuerdo sobre la manera de realizar sus ambiciones. En mil setecientos noventa y ocho decía el joven vencedor de Italia: "Todo se gasta en Paris. Ya no tengo gloria. Hay que ir a Oriente. Todas las cosas grandes vienen de allí...". Y reunía a sus soldados al mismo tiempo que la sobrina de Pitt reunía sus riquezas para igual aventura. ¡Pero, cuánta mayor constancia demostró ella en tan gran empeño!".

Estos arrebatos, semejantes frenesíes novelescos son propios del clima oriental. Visitar esos lugares cargados de historia y de sueños es transportarse a regiones distintas, vivir en dimensiones distintas. Tal fue la fiebre que arrebató a Lady Hester, a Lamartine, a Renán, a Lawrence y a tantos otros que igual que ellos anhelaban desentrañar los secretos de estos paises maravillosos.

VI — EL POETA

ES muy significativa la proximidad en que se encuentran las cenizas del poeta Gibrán y los sagrados cedros de Becharré. El poeta aventaja al sabio en que sus aciertos son el producto de la intuición y no del estudio teórico. Es un ser cubierto de antenas y al mismo tiempo rebosante de amor. De consiguiente, ningún teórico podrá expresar la virtud de su pueblo como el poeta lo hace. Este es el caso de Gibrán Jalil Gibrán en el Líbano nuevo.

Para alcanzar la gruta en la que se conservan las reliquias del bardo hay que desviarse de la calzada a través de un sendero pegado al espinazo de la montaña y a cuyo lado corre un riachuelo. En esa gruta moró quizá alguno de los santones de la *Kadisha*. Gibrán, en su adolescencia, solía ir allí y pasar horas de meditabunda contemplación. Era un místico y, para hacer más dramática la simbología de su vida, abandonó un día su país y se puso a ambular por distintas naciones para ir finalmente a morir, a los treinta y ocho años de edad, en medio de las estridencias de Nueva York.

¿Qué fué a buscar aquel bíblico espíritu en la más estrepitosa, en la más mecánica y egoísta de las ciudades de nuestro tiempo? Seguramente el contraste, la pugna como un elemento de aprendizaje y depuración. En el interior de la gruta, rodeados de un fresco y silencioso crepúsculo, están sus recuerdos y sus retratos. Su rostro es turgente, con suaves depresiones bajo los pómulos. Sus ojos miran de frente con dulce melancolía pero con una penetrante fijeza. Un arqueado bigote negro enmarca su boca sensual.

Uno de los más minuciosos biógrafos de Gibrán es el arquitecto Leonardo S. Kaim quien ha traducido casi toda su obra al idioma español. Posiblemente de origen druso, Kaim ofrece también una faceta de notorio interés cuando, al mencionar las perturbaciones que conmovieron al Líbano en el siglo pasado, hace acerca del carácter de aquella comunidad una apreciación que no habíamos hallado hasta ahora en ningún otro autor: . . . "las intrigas —escribe— siguieron creciendo, hasta culminar en la sangrienta lucha intestina de 1860, cuando los drusos, armados por la Sublime Puerta, mataron a miles de católicos maronitas. Aclaremos —añade— que entre los libaneses quizá los más patriotas sean los drusos, cuya religión nadie ha logrado escla-

recer. Sus costumbres son bellísimas, constituyen la quintaesencia de lo libanés en sus dones de hospitalidad, elevación moral, valor y fortaleza. Si cometieron el error que señalamos, no hay que culparlos del todo, porque cabría preguntar qué hubierán hecho las otras sectas en el caso de haber tenido la suerte de ser armadas contra los drusos".

Gibrán nació en Becharré el 6 de diciembre de 1883. El nombre de esta población significa, según Kaim, *"Templo donde mora Astarté"*. Fue un importante centro religioso de los fenicios; hoy es un lugar en el que confinan la reverencia al pasado y una estética expectativa hacia el porvenir. El poeta, con su sentido profético, tipifica lo uno y lo otro.

La madre de Gibrán, Kamile Rahmé, fue una bella y sensitiva mujer que tocaba el laud y cantaba con dulce voz. Joven aún, enviudó en el Brasil y vuelta al Líbano contrajo segundas nupcias con Jalil Gibrán, hombre simpático, bohemio y extravagante, que tuvo la idea de poner a su primogénito el apelativo de su propia familia y seguidamente su nombre de pila, de donde se originó esa curiosa repetición que Gibrán Jalil Gibrán usaría para firmar sus producciones arábigas más no así las que escribiría en idioma inglés. El nombre Gibrán, explica Kaim, significa *"El Soñador o Consolador de Almas"*, y Jalil *"El Escogido o Amigo Amado"*.

Ya desde su niñez el poeta iba a hacerse notar por su amor a la soledad, por su carácter meditabundo y por su dedicación al estudio. No fue, sin embargo, un niño triste o misántropo. Mucho de su mundo interior y de su inclinación a la poesía lo debió a su madre Kamile —*La Perfecta*— quien lo arrullaba con viejas canciones, páginas de la Biblia y leyendas del mundo árabe. Por su parte su padre, que era pastor, solía llevarlo a los lugares en que pastaba el ganado contribuyendo así a formar su mentalidad con rústicas charlas de sabor panteista. "Jalil niño —escribió José Juan Tablada, a quien cita Kaim— fue extraordinariamente precoz y versátil, dedicándose al dibujo, a la escultura, a la música y a la literatura, con avidez y absorción tales, que para atemperarlo tenían sus padres que recurrir al castigo. Cuando el niño tenía ocho años los poderosos númenes de Miguel Angel y Leonardo, entrevistos en los libros ilustrados, se habían estampado en su conciencia tierna como la cera para impresionarse y como el mármol fuerte para retener". Fue, pues, la suya una fantasía precoz, poderosa. "Sus primeros poemas —evoca otro de sus biógrafos, la norteamericana Bárbara Young— no fueron escritos en palabras sino modelados en nieve y esculpidos en piedra. Figuras

GIBRAN JALIL GIBRAN
El gran poeta del Líbano nuevo.

de extraña belleza crecían bajo sus manos en el jardín de su casa, a todo lo largo del invierno, y el pueblo pasaba y decía: veamos lo que Gibrán hizo ahora".

De este modo pasaron los años. Los inviernos sucedieron a los veranos y como la situación del Líbano no mejoraba, la familia Gibrán decidió emigrar marchándose a Norteamérica e instalándose en Boston. Solo el padre quedó en su país porque también de él querían emigrar los suyos. Era la época crítica de la diáspora libanesa bajo el azote otomano. Años más tarde, en 1925, Gibrán dirigía un mensaje a los jóvenes americanos de lengua

árabe, a los que entre otras cosas decía: "Así como vuestros padres vinieron a esta tierra a producir riquezas, vosotros que nacistéis aquí, sabréis producir también riquezas por medio de la inteligencia y la voluntad... Estoy seguro de que de vosotros han de salir buenos ciudadanos... ¿Y qué es ser un buen ciudadano? Es reconocer los derechos de las demás personas antes que asegurar los vuestros... Es ser libre en pensamiento y en acción; pero es saber también que vuestra libertad está determinada por la libertad de los demás... Es crear lo útil y lo bello con vuestras propias manos y admirar lo que otros han creado con amor y fe... Es producir riquezas por medio del trabajo y solo del trabajo, y gastar menos de lo que produzcáis para que no queden vuestros hijos como una carga al Estado en cuanto vosotros dejéis de existir... Es pararse ante los grandes rascacielos de Nueva York, Washington, Chicago y San Francisco, diciéndoos vosotros mismos: "Yo soy un descendiente de los que han construido Damasco y Biblos, Tiro, Sidón y Antioquía, y ahora estoy aquí para edificar con vosotros y con la mejor voluntad".

Once años contaba el poeta cuando emigró por primera vez a Estados Unidos. Kamile y sus cuatro hijos fueron a vivir en el nauseabundo barrio chino de Boston, pululante de moscas, de perros y de mendigos. Conocieron allí la miseria, el aire hediondo y enrarecido, la deficiente alimentación. "Y si esta realidad bostoniana era tan contraria a sus sueños —se pregunta Kaim— ¿por qué no regresaban al Líbano? Por la sencilla razón —se responde— de que ningún libanés acepta regresar fracasado a su patria"... "Pedro —prosigue este biógrafo, refiriéndose al hermano mayor— hacía su lucha en el comercio, las hermanas cosían, la madre atendía al hogar y Gibrán estudiaba y dibujaba mucho. Casi nunca se le veía jugar, pues amaba más la compañía de los libros que la de los niños sucios del barrio. Todos estaban convencidos de que la fortuna no entraría por la puerta de este iluso, a quien todos amaban entrañablemente y al que era imposible apartar de su ingénita vocación artística".

Es un caso aleccionador el de esta familia para la que el exilio lejos de convertirse en un Eldorado iba a ser una perenne fuente de lágrimas y dolor. Esta será la escuela por excelencia del bardo a quien, ya de catorce años, su madre envía de nuevo al Líbano para que allí, en el colegio Al-Hikmat de

Gruta del poeta Gibrán.

Beirut y al cuidado de unos amigos, continúe sus estudios de humanidades y el aprendizaje de los idiomas árabe y francés. De esta época, separado de su familia, arranca el acento de fina melancolía que es característico de su poesía. Es entonces cuando produce sus primeros escritos en árabe, en los que asume una entonación moralista atacando las corrupciones del clero, las viciadas costumbres y la dureza de los dominadores de su país. Aprovecha esta vuelta a la patria para visitar Palestina y para asimilar en toda su intensa profundidad la enseñanza cristiana.

Lo que para Gibrán representa el mensaje de Cristo ha quedado plasmado en uno de sus libros fundamentales: "Jesús, el Hijo del Hombre". Es un libro transido, audaz, desbordante de imaginación y de poesía, en el que la figura del Salvador aparece casi como una invención del poeta. Creaciones suyas son las parábolas, las metáforas y las imágenes que se ven destellar en las pardas tierras y en las verdes lomas de la Escritura. La concepción de un rebelde, de un hombre ideal proyectado por encima del humano rasero hacia un mundo futuro de bondad y de justicia, es la que presenta Gibrán a través de personajes ficticios o reales, que trataron a Cristo y dialogaron con El en una dimensión poética y filosófica. De este modo la reconstrucción va desarrollándose en cada uno de los capítulos, como una sucesión de noticias que sus contemporáneos aportan acerca de su vida y de sus acciones. Ana, la madre de María, habla de su nacimiento y de sus primeros años y lo hace con estas palabras: "Y el niño creció en cuerpo y en espíritu y era distinto a Sus compañeros; era solitario y rebelde y duro para ser gobernado. Jamás logró domar sus impulsos"... "Y otras veces, cuando yo Le acompañaba a Su lecho, me decía: Mi mente estará con ellos hasta que la suya venga a mí mañana".

Y María Magdalena: "Era el mes de agosto cuando de nuevo Le ví desde mi alcoba. Estaba sentado a la sombra de un ciprés de mi huerto, inmóvil como esos alto-relieves en piedra que he visto en Antioquía y en otras ciudades del País del Norte"... "Le miré y mi alma se estremeció. ¡Era tan bello!... Su cuerpo era armonioso y Sus miembros parecían amarse entre si... Luego vestime con las mejores prendas de Damasco; dejé la casa y fuíme hacia El... ¿Qué me impulsaría a El: mi soledad o Su fragancia? ¿Era la avidez de mis ojos anhelando la gracia o sería la luz de mis pupilas buscando su belleza?... Caminé hacia El, luciendo mis perfumados vestidos y las doradas sandalias que el capitán romano habíame regalado. Y cuando llegué a El, le dije: "Muy buenos días" ...Y contestóme: "Muy buenos días, Miriam"... Y me miró; y sus negros ojos hiriéronme como nunca lo hiciera hombre alguno. Y, de súbito, me sentí como desnuda y avergonzada de mí misma.. Y de pronto Le dije: "¿No deseas honrar mi casa?"... Y El respondió: "¿No estoy ya en tu casa?"... En aquel entonces yo no adivinaba como ahora el sentido de Sus palabras... Y añadí: "¿No gustas apurar el vino y partir el pan conmigo?" ...Y me contestó: "Si, Miriam; pero no ahora"... *No ahora, no ahora,* dijo. Y en estas dos palabras sumábanse las voces del mar, del viento y de los bosques. Y cuando las pronunció parecióme que la vida había hablado de la muerte".

Y Filemón, boticario griego: "Jesús era el mejor médico de Su pueblo. Ningún hombre sabía tanto de nuestro cuerpo y de sus elementos y propiedades... Tal vez ese conocimiento le haya sido revelado directamente por los dioses y no a través de los sacerdotes. Porque lo que ha permanecido oculto para todos los hombres, puede revelársele a un hombre en un solo instante; y Apolo puede tocar con su mano el corazón del ignorante y convertirlo en sabio".

Y Caifás, Sumo Sacerdote: "Hablando de ese Jesús y de Su muerte, consideramos dos hechos sobresalientes: la ley, que hay que mantener absolutamente a salvo, y que nuestro reino sea protegido por Roma... Y ese Jesús era un violador y un corruptor. Le matamos con la conciencia limpia y tranquila. Y mataremos a todos los que adulteren la Ley de Moisés o pretendan manchar nuestra sagrada herencia".

Y Juana, mujer del Procurador Herodes: "Jesús nunca fue casado; empero era amigo de las mujeres y las conocía tal como se las conoce en la dulce intimidad... Decían que Jesús no respetaba la Ley de Moisés y que perdonaba tanto a las prostitutas de Jerusalén como a todas las que hay en el mundo... Yo misma, en ese tiempo, fui juzgada cual prostituta, por haber amado a un hombre que no era mi marido sino un saduceo... Y un día los saduceos me sorprendieron con mi amante en mi casa y me capturaron, y mi amante huyó dejándome... Luego me arrastraron a la plaza de la ciudad donde Jesús se hallaba predicando... Querían presentarme ante El como una prueba y un lazo en contra suya... Más Jesús no me juzgó. Los reprochó e hizo caer la vergüenza sobre los que me habían avergonzado".

Y un filósofo persa en Damasco: "No puedo profetizar el destino de este hombre, ni decir lo que acontecerá con sus discípulos... Más yo digo: el antiguo Dios de Israel es cruel e implacable. Israel debería tener otro Dios, uno gentil y misericordioso, que mirase a su pueblo con piedad, que descendiese con los rayos del sol y caminase por la senda de las limitaciones humanas, sin permanecer eternamente sentado en su excelso trono pesando las faltas y midiendo las malas acciones del pueblo".

Y Lucas: "Jesús tomó un espejo en Su mano y en él vio al holgazán y al inválido y a aquellos que titubean y caen en el camino antes de alcanzar la meta... Se compadeció de todos ellos: quiso elevarlos a Su altura y pedirles que apoyasen sus flaquezas en su fuerza... No condenó por completo al mentiroso, ni al ladrón, ni al asesino, pero sí al hipócrita que lleva la cara enmascarada y enguantadas las manos".

Y un joven sacerdote de Capernaum: "Jesús fue un mago; trama y urdimbre; un hechicero, un hombre que extraviaba a los simples por medio de encantamientos. Engañaba con las palabras de nuestros profetas y con la santidad de nuestros antepasados... Siempre pedía a los muertos que le sirviesen de testimonio, y tomaba a las tumbas como presagios, y como autoridad... Buscaba a las mujeres de Jerusalén y a las campesinas con la astucia de la araña que busca insectos; y así las atrapaba en su tela... Porque las mujeres son débiles y de cabeza vacía; siguen al hombre que halaga sus inexhaustas pasiones con suaves y tiernas palabras. A no ser por estas mujeres enfermizas y poseídas por Su espíritu maligno, Su nombre ya se hubiera borrado de la memoria de los hombres".

Y José de Arimatea: "Y otro día dijo: "No seréis de vosotros solos en la vida. Estaréis en los actos de otros hombres, aunque éstos ignoran que diariamente están con vosotros... No cometerán ellos un solo crimen sin que vuestras manos acompañen las suyas... Ellos no caerán sin que vosotros caigáis; y no se levantarán sin que os levantéis con ellos".

Y Nataniel: "Dicen que Jesús de Nazaret era humilde y manso.. Dicen que además de ser hombre justo y recto, era también débil y, a menudo, confundido por el fuerte y el poderoso; y que en cuanto se paraba ante hombres de autoridad, parecía un cordero entre leones... Más yo os digo que Jesús tenía autoridad sobre todos los hombres; que era consciente de Su poder, el cual pregonó entre las colinas de Galilea y en las ciudades de Israel y Fenicia... ¿Cuál humano, dócil y temeroso, podría decir: "Yo soy la vida y soy el camino de la Verdad?".

Y Salomé a una amiga: "Bien sé que Jesús hubiera perdonado mi danza, a cambio de la santa cabeza de Su amigo. Sé que hubiera visto en mi un objeto de Su propia enseñanza; porque no había valle de hambre que El no pudiese franquear, ni desierto de sed que cruzar no pudiese".

Y Raquel, una discípula: "A menudo pienso si Jesús fue un hombre de carne y sangre, o un pensamiento incorpóreo de la mente o una idea que visita la visión del hombre... A menudo paréceme que no era sino un sueño que una infinidad de hombres han soñado simultáneamente en un solo sueño más profundo que el sueño mismo y en una aurora más serena que todas las auroras... Y parece que, narrando ese sueño unos a otros, empezamos a creerlo realidad que habrá de pasar; y al darle cuerpo a nuestra fantasía y voz en el anhelo, hicimos de El substancia de nuestra propia substancia".

Y Romano, poeta griego: "Jesús fue poeta. Vio por nuestros ojos y oyó por nuestros oídos y en Sus labios leíanse nuestras ocultas palabras. Sus dedos palpaban lo que no podemos sentir".

Y Leví, un discípulo: "Babilonia no fue arruinada por sus prostitutas; Babilonia fue reducida a cenizas para que los ojos de sus hipócritas no pudieran ver más la luz del día".

Y un hombre del desierto: "Era un hombre lleno de majestad; llegó caminando con gran ligereza. En su mano portaba un látigo de piel de cabra. Empezó a volcar las mesas de los cambistas y a azotar a los vendedores de aves... Todo esto sucedió en un solo instante, y pronto el pórtico del templo se vio libre de mercaderes. Unicamente aquel hombre quedó ahí. Sus amigos se detuvieron a distancia... Luego volví el rostro y vi a otro hombre paseando en el pórtico del templo. Caminé hacia él y pregunté: "Señor, ¿quién es este hombre que está de pie, solo, semejante a otro templo?" Y me respondió: "Es Jesús de Nazaret, un profeta que apareció de poco tiempo acá en Galilea. Aquí en Jerusalén todos los hombres le odian".

Y Georgius de Beirut: "En verdad yo os digo que en mi reino no habrá extranjeros. Nuestra vida será igual a la de todos, ya que nos fue dada para conocer a todos los hombres, y en este conocimiento, amarlos".

Y Jonathan de Nazaret, a un romano: "Jesús no era un dios, fue un hombre semejante a todos nosotros; pero en El la mirra de la tierra se elevó para encontrar el incienso del cielo; y en Sus palabras nuestro balbuceo abrazó el murmurio de lo invisible; y en Su voz oimos un canto insondable".

Y Barca, un mercader de Tiro: "Pienso que ni los romanos ni los judíos comprendieron a Jesús de Nazaret, ni siquiera a Sus discípulos que ahora predican en nombre Suyo... Los romanos Le mataron y ello fue un desatino; los galileos hicieron de El un Dios, con lo cual cometieron un grave error... Jesús era del corazón del hombre".

Y Manasés, Jurisconsulto de Jerusalén: "Lástima que Sus enemigos lo hayan perseguido hasta la muerte. Ello no era necesario. Yo creo que la hostilidad de ellos Le dio mayor altura y convirtió Su suavidad en poder".

Y Poncio Pilatos: "En mi impaciencia Le pregunté en voz alta: "¿Qué es la Verdad? ¿Y qué es la verdad para el inocente, cuando la mano del verdugo ya está sobre su cabeza?"... Entonces Jesús respondió con fuerza: "Na-

die gobernará al mundo si no es con el Espíritu y la Verdad"... Y yo le pregunté: "¿Eres del Espíritu?"... El contestó: "Tu también lo eres, aunque no tengas conocimiento de ello".

Y Birbarah de Yammuni: "Jesús era paciente; sin embargo, era el más impaciente de los hombres".

Y Barrabás: "Me soltaron a mi y escogieron a Jesús. Después El se elevó y yo descendí".

Y un hombre del Líbano, diecinueve siglos después: "Maestro, Divino Cantor, Señor de palabras inefables. Siete veces he nacido y siete he muerto desde tu fugaz visita y nuestra breve acogida... Y he aquí que vivo nuevamente, recordando un día y una noche pasados entre las colinas, cuando tu flujo nos levantó... Después he recorrido muchas tierras y surcado muchos mares y doquiera me condujesen el corcel o la nave, tu nombre siempre fue oración y argumento... Los hombres se dividen: unos para bendecirte y otros para maldecirte... La maldición: una protesta contra las faltas cometidas... La bendición: un himno del cazador que vuelve de las colinas con provisiones para su consorte".

En 1901 Gibrán torna al Líbano. Esta vez visita Grecia, Italia y España y va a residir en Paris. Vive pobremente en Montmartre. Estudia a los pintores: Monet, Gauguin, Van Gogh, Degas, Renoir. También a Rodin. La literatura le avasalla con igual vehemencia: Sully Prudhomme, Lecomte de Lisle, José María Heredia, Paúl Verlaine, Rimbaud, Verhaeren, Samain. Su cultura se occidentaliza, mas en esencia sigue siendo un oriental. "En aquellos días —señala Kaim— creó los retratos imaginarios de varios gigantes del Islam: Al-Farid, Abu-Nawas, Al-Mutannabi, Avicena, Ibn-Kaldum, Averroes, Al-Jansé, hasta completar quince que más tarde aparecieron en un libro suyo intitulado "Dichos raros y bellos". El dolor lo visita entonces —1903— anunciándole la muerte de sus hermanos Pedro y Sultana. El primero era quien lo sostenía. La madre y la otra hermana, Mariana, le aconsejan que continue en Paris, en sus estudios. Leer esta biografía es asomarse a una de las facetas más interesantes del espíritu libanés: la de la solidaridad y la abnegación familiar. Aun no repuesto de estos golpes, Gibrán recibe otra catastrófica noticia: la de la muerte de Kamile. Los tres

amados seres han sido aniquilados por la tuberculosis, por el trabajo y por la pobreza. En esta ocasión él escribe: "Miro y observo todas estas cosas desde el cristal de mi ventana, olvido los veinticinco años, lo que hubo de siglos anteriores y de siglos que vendrán; y entonces se me revela mi ser y el ambiente circundante con todos sus secretos y apariencias, comparable al débil suspiro del niño temblando en el vacío insondable, ilimitado y eterno. Sin embargo, siento la formación de ese ser que se llama YO. Siento sus tempestades y sus truenos. Ese YO levanta sus alas hacia las alturas y extiende sus manos hacia todos lados; vacila tembloroso como en el día que vino al mundo; y con una voz que sale de lo más sagrado, exclama: "¡Paz, Oh Vida! ¡Paz, oh despertar! ¡Paz, oh sueño! ¡Paz, oh día, que cubres con tu luz la oscuridad de la tierra! ¡Paz, oh noche! que a pesar de tu negrura muestras la luz del firmamento! ¡Paz, oh fantasía! ¡Paz, oh estaciones!..." La vida de Gibrán es, pues, una epopeya del dolor y del sacrificio. Sin embargo, caso admirable, ello se traduce en ternura y en religiosidad.

Vuelve a Boston. Piensa que debe trabajar y se dispone a hacerlo. Mas ¿en qué? Expone sus cuadros pero nadie les presta atención. Su pintura no interesa a los bostonianos. De pronto una excepcional mujer, Mary Elizabeth Haskell, maestra de escuela, aparece ante él acompañada por un grupo de maestros. Y entre ellos se suscitan coloquios de hondas resonancias. En la casa de Mary, el poeta encuentra a una francesa, Emile Michel, y sus corazones se encienden en un vívido romance. Más adelante trabará conocimiento con otra norteamericana, Bárbara Young, escritora y poeta que escribirá su biografía.

Parece que la actividad de Gibrán como escritor arranca de 1904, después de haberse expresado como dibujante y pintor. Su primer poema se intitula "Visión". Sus escritos son apologéticos, simbólicos, salmos entretejidos alrededor de una anécdota moralizante. Algunos de ellos alcanzan la estructura del cuento. Así "El loco del Tiempo y el Fuego Eterno" y "Yuhanna el loco". Por su audacia, un libro suyo —"Espíritus Rebeldes"— es quemado en la plaza pública de Beirut en acatamiento a una orden del gobierno turco y de la Iglesia Maronita. Sobre el cantor cae el anatema de las autoridades; el exilio y la excomunión.

A Paris va nuevamente Gibrán con los gastos pagados por Miss Haskell, la Almitra de sus profecías. Pasa por Londres. Frecuenta el Museo Británico y la National Gallery. Estudia el arte griego y el oriental. La Academia Julien, por la que pasaron quince años antes dos venezolanos —Cristóbal Rojas y Arturo Michelena— es el centro de sus ansiedades en los

días de 1908. En el Barrio Latino encuentra jóvenes estudiantes procedentes de Siria, Egipto, Irak, Marruecos, Palestina, Argelia, Túnez y el Líbano: todo el mundo árabe volcado en Occidente. Escribe: "Los humanos se distribuyen en tribus y familias y se hacen originarios de naciones y continentes. Yo me sentiría extraño si fuera de una sola ciudad o perteneciera a una sola nación. Toda la tierra es mi patria y toda la familia humana mi tribu... El hombre es débil; a pesar de su pequeñez se divide a sí mismo; y por su ignorancia divide la tierra estrecha en reinos... Quiero a mi patria por su belleza y amo a sus hijos por su desgracia; empero, si se rebelasen impulsados por eso que llaman patriotismo y atacasen a la patria de mi prójimo y robasen su riqueza y matasen a sus hombres, sembrando la orfandad y la viudez, regando su tierra con la sangre de sus hijos y alimentando sus bestias con la carne de sus jóvenes, odiaría a mi patria y a sus hijos". Palabras formidables que revelan lo que hay en el fondo del libanés. Esto tiene de importante el poeta: breves frases suyas son más reveladoras de su pueblo que copiosos y eruditos ensayos.

Después de un nuevo viaje por Grecia y los Santos Lugares, Gibrán se instala nuevamente en Paris y prosigue sus estudios de pintura. Conoce esta vez a notables personajes: Rodin, Debussy, Maeterlink, Anatole France, Garibaldi, Rostand. En Italia ha entrado en contacto con Miguel Angel, Leonardo y otros genios del Renacimiento, y en Madrid ha hecho vida nocturna y visitado el Prado en donde ha trabado conocimiento con Velázquez y Goya. En Toledo estudia al Greco y en Córdoba y Granada resucita sus propias vivencias árabes. En 1910 está otra vez en Boston. Cuenta veintisiete años de edad.

La figura de Mary Elizabeth Haskell pasa por la vida de Gibrán como un espíritu del sueño, generosa y desinteresada. El crée que debe unirse a ella en matrimonio pero, con sorpresa y dolor, se ve rechazado en sus pretensiones. ¿Por qué? Simplemente porque la delicada maestra es mayor en edad que él y no quiere destruir el lazo espiritual que los ha juntado. Entonces el poeta decide abandonar Boston e irse a vivir en Nueva York, donde una nueva lucha despiadada le espera. Pero en Nueva York, donde expone sus pinturas, comienza a sonreirle el éxito. Pinta retratos de encargo mientras Mary continúa enviándole su pensión de setenta y cinco dólares. Para esta época el mundo occidental solo le conoce como dibujante

y pintor mientras que en el mundo árabe se le estima como un escritor revolucionario. Colabora en revistas árabes de Estados Unidos. Se relaciona. Hace amigos y con algunos de éstos funda la *Ar-rabitatul-Kalamiat* que en inglés se llamará *Arrabitah.* Su propósito: romper los viejos moldes literarios arábigos.

Y es en Nueva York en donde comienza a escribir en inglés. Un paso decisivo en su historia. Rápidamente sus producciones se difunden. "El Loco" —1918— recibe una excelente acogida y es traducido al francés, al italiano y al alemán. Aunque parezca extraño, se expresa mejor en inglés que en árabe. Su estilo es agil y matizado. También el pensamiento ha cobrado elevación y audacia. A partir de estos momentos sus publicaciones se multiplican. La correspondencia entre su producción literaria y la plástica es absoluta. El mismo simbolismo, igual idealismo, idéntico misticismo. En 1919 aparece su libro gráfico "Veinte dibujos" y un año después un poemario, "El Precursor", escrito en parábolas. "Satiriza todo lo que es falso, enmarañado, dañino y oropelesco", advierte Kaim. En estos artistas orientales resuenan muy cercanas las voces de los profetas y de los bardos. Aman el contacto con las esencias: el Amor, la Sabiduría, la Locura creadora y justiciera.

Pero todo este trabajar, todo este soñar y todo este padecer tienen que pagar su precio y en 1920 el corazón de Gibrán comienza a desfallecer. "Cuando pasaba una puerta y entraba al cuarto donde lo esperaba alguien —escribe Bárbara Young—, la eternidad flotaba en la atmósfera y todo el mundo se prendía de sus palabras. Su corazón era como el de un inmenso pájaro, se podía oir el aleteo de sus alas. Sus labios podían reir, pero sus ojos eran tristes, con la tristeza de todo el mundo en ellos"... "En su cerebro —dijo a su vez Gabriela Mistral, quien lo visitó dos meses antes de su muerte— llevaba todos los sueños de Oriente. Inteligencia penetrante, dulzura infinita, delicadeza y finura indescriptibles. Mientras le hablaba, percibía en sus ojos el brillo del genio y el resplandor del talento. A través de su conversación se asoma nítidamente el espíritu persa. A veces en su rostro se dibuja una energía judaica, transmitida como herencia de Salomón. Es escéptico y duda de todo; esto se manifiesta en algunos de sus poemas. En sus palabras hay el sabor de la nuez verde y amarga, que a la vez fructifica y vigoriza. Disputó a Tagore su celebridad, y en la opinión de muchos el libanés es superior. Ama mucho a Oriente, cuyas bellezas tantas veces ha cantado. Se sentía orgulloso de pertenecer a esa tierra".

A Laila Neffá el poeta le escribió por esos días: "Mi salud está hoy algo peor que al principio del verano... Los médicos y las medicinas son

para mi enfermedad lo que el aceite para la lámpara. No, yo no necesito médicos ni medicinas y tampoco necesito descanso ni tranquilidad. Yo necesito dolorosamente dar algo de mi a alguno y que esto me aliviane; yo necesito una sangría virtual; una mano que tome lo que se aglomeró en mi alma; un fuerte vendaval que arroje mis frutos y mis hojas. Yo soy, ¡Oh May!, un pequeño volcán cuyo cráter se ha cerrado".

Acababa de escribir su libro "El Profeta", traducido después a diez idiomas, y mientras la muerte lo cortejaba seguía produciendo en inglés obras como "El Loco", "El Precursor", "Arena y Espuma", "Jesús, el Hijo del Hombre". Bebía, fumaba, tomaba café con exceso.

"El Profeta" alcanzó tal resonancia que en el otoño de 1923, Mister Butler Davenport, notable actor norteamericano, leyó capítulos enteros en la iglesia anglicana de Saint Mark's In-the-Bowery, en New York. Es su obra más famosa. Ilustrada por el propio poeta con una serie de dibujos en los que ondula, pura, la desnudez de la mujer con un naturalismo a la vez pudoroso y reflexivo, la meditación se resuelve en alusiones metafóricas y de toda ella trasciende una filosofía edificante, una filosofía de creyente que identifica el Amor, la Creación y la Belleza. Junto al Profeta —esto es, al poeta— está Almitra, la Sibila, y desfilando por delante de ellos, los diversos representantes de las instituciones de Orfalís quienes formulan preguntas:

"Almustafá, el elegido y el amado, que era un amanecer en su propio día, esperó durante doce años, en la ciudad de Orfalís, el arribo de su nave para regresar a su isla natal...

"Entonces Almitra dijo: "Háblanos del amor"... Y él levantó la cabeza y mitó al pueblo. Dejóse sentir un silencio absoluto y, con voz imponente, comenzó: "Cuando el amor os llame, seguidlo, aunque sus veredas sean tortuosas y escarpadas.. Y cuando sus alas os envuelvan, entregáos a él, aunque la espada oculta bajo su plumaje pueda heriros... Cuando el amor os hable, creed ciegamente en él, aunque su voz devaste vuestros sueños como el viento del norte destroza los jardines...".

Este poema es, en realidad, además de un velado reproche a Almitra (Mary Elizabeth Haskell, que rechazó su mano), un manifiesto a su pueblo, al que el poeta da lecciones para un largo porvenir. Seguramente lo más significativo de este mensaje está en el Adios Final. Diríase que el Profeta presintiese su temprana muerte, de tal manera son precisos sus conceptos.

"Nosotros, errantes, buscando siempre el camino más solitario, no comenzamos un día en donde hemos terminado otro; y ninguna aurora nos halla donde el ocaso nos deja... Breves fueron mis días entre vosotros, y más breves aun las palabras que os dije... Pero mi voz podría morir en vuestros oidos, y mi amor borrarse de vuestra memoria; entonces vendré otra vez".

Gibrán dejó una estela imborrable en el Líbano, en donde se le venera y glorifica como el poeta nacional moderno. En su vida fue objeto de críticas y de torpes ataques políticos, porque la política no se resigna a ver algo que pueda escapar a su hálito venenoso. En cierta oportunidad se le invitó a hacerse líder de un movimiento político y él se negó a ello indignado: "Piedad —escribió entonces— por la nación que está llena de creencias, y vacía de religión... Piedad por la nación que viste telas que no teje, come el pan que no amasa y bebe el vino que no fluye de su propio lagar... Piedad por la nación que aclama al vanidoso como héroe y juzga al oropelesco conquistador como hombre de bien... Piedad por la nación que en el sueño desprecia el ideal, y en el despertar busca la esclavitud... Piedad por la nación que no levanta su voz sino cuando camina en un funeral, que no se vanagloria más que entre sus ruinas y que no se rebela sino cuando su cuello ya está entre la cuchilla y la piedra... Piedad por la nación cuyo jefe es un zorro, cuyo filósofo es un impostor y cuyo arte es el de remendar y remedar... Piedad por la nación que da la bienvenida a su nuevo gobernante con toda pompa y lo despide a gritos, tan solo para dar la bienvenida a otro con todos los honores... Piedad por la nación cuyos sabios están mudos por los años y cuyos hombres fuertes están aún en la cuna... Piedad por la nación dividida en fragmentos, y donde cada fragmento se cree a si mismo una nación...". Anatemas terribles que han labrado una huella sangrante en la conciencia del Líbano, abriendo un horizonte nuevo en las generaciones actuales. En efecto ese país, cual si quisieraa reivindicar al poeta, se afana hoy en tejer las telas que le abrigan, en amasar el pan que le alimenta y en defender su libertad a toda costa.

El último de sus libros publicado en vida de Gibrán es el que se intitula "Los Dioses de la Tierra". Antes había dado a la estampa "El Errante", centón de parábolas. Después de su muerte se publica "El Jardín del Profeta" que es una continuación de "El Profeta". Acariciaba la idea de completar una

trilogía con un tercer libro en el que hablaría de las relaciones del hombre con Dios, más no alcanzó a coronar su propósito.

Hemos dicho que en los últimos años vio su obra coronada por el éxito y esto es cierto. Dibujos y pinturas suyos existen en el Museo Metropolitano de Nueva York, en el Fogg Museum de Cambridge, Massachuset, en el Brooklyn Museum y en otros institutos. Muere el 10 de abril de 1931, en el Hospital de San Vicente, en Nueva York, a consecuencia de una cirrosis hepática complicada con tuberculosis pulmonar, y se le da sepultura en Boston. En su testamento deja 50.000 dólares a su hermana y a Mary Elizabeth Haskell, con un apartado para los pobres. Meses después, por voluntad de su hermana Mariana, sus despojos son trasladados al Líbano. Esta es su apoteosis entre los hombres. El Presidente de la República, sus ministros y numerosas personas asisten a su traslado de Beirut a Becharré y sobre su último refugio caen a torrentes las ofrendas verbales. Allí, frente a la *Kadisha* poblada de recuerdos y de secretos, reposan sus restos junto con muchas de sus obras y bajo esta inscripción que expresa el sentimiento de las gentes sencillas: "Aquí yace entre nosotros Gibrán".

Sobre los inmigrantes orientales, en nuestros países, ha flotado un polvillo de prejuicios que solo pueden explicarse por la ignorancia en que permanecen nuestros pueblos acerca de sus verdaderas tradiciones, de su historia y de sus ideales. Este polvillo no desaparecerá hasta que conozcamos a sus artistas, a sus poetas. Si les examinamos al mismo nivel que a los hombres de otras razas llegados a nuestras playas, advertiremos que su afán por la riqueza material no es mayor que el de aquellos. Descubriremos, empero, el gran tesoro de ternura, de solidaridad y de lealtad que hay en sus corazones. Gibrán es un representativo del emigrante libanés, de su liberalismo y de sus ideas de justicia.